

ARMANDO GUALANDI

Santa Rita de Casia



ARMANDO GUALANDI

SANTA RITA DE CASIA

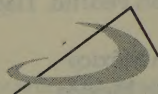
XXXI

UNIVERSITY

ARMANDO GUALANDI

SANTA RITA DE CASIA

XIX Edición



SAN PABLO

Título original italiano:

Santa Rita da Cascia

© 1792 by Edizione Paoline-Poma, Italia

Traducción: Juan Jaramillo Arango

Puede imprimirse

Felipe Hernández F.

Vicario Provincial

México, D. F., 8-III-1976

Nada Obsta

Francisco Siritto, Censor

México, D. F., 20-III-1976

Primera Edición, 1976

19ª edición, 2002

Todos los derechos de esta obra están protegidos. Se prohíbe su producción o transmisión total o parcial, incluido el diseño tipográfico y de portada, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopiado, grabación o cualquier otro medio de almacenaje o base de datos, sin el previo permiso por escrito de Editorial Alba S. A. de C. V.

D. R. © 1985 by EDITORIAL ALBA, S. A DE C. V.

Calle Alba 1914 - San Pedrito, Tlaquepaque, Jal.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ISBN: 970-685-021-X

*A la venerada y santa memoria
del inolvidable
Maestro TIMOTEO GIACCARDO ¹
Primer Vicario General
de la Sociedad de San Pablo, quien animó,
bendijo y vio terminado este trabajo
sin haberlo podido leer
ya que inesperadamente
fue transportado a los jardines
de los apóstoles de la prensa
su más fervoroso y agradecido hijo en
el día de su cristiana y santa muerte.*

P. ARMANDO GUALANDI

Roma, 24 de enero de 1948.

1. El padre Timoteo Giaccardo, fue Beatificado el 22 de octubre de 1989 en Roma, por su Santidad Juan Pablo II.

PRIMERA PARTE

CAMPANAS DE FIESTA

Era media noche. En el cielo negro como manto de terciopelo no brillaba ni una estrella y la luna, desde que un sol pálido y enfermo se había puesto detrás de los montes, no daba esperanzas de aparecer por ninguna parte.

Terminado ya el rezo del oficio las monjas se habían ido retirando como apariciones de ultratumba iluminadas apenas sus siluetas por la llama mortecina de las lámparas mientras allá en la pobre celda de la difunta cuatro cirios ardían al vaivén de una luz opaca que llenaba el recinto de humo e inficionaba el ambiente. . .

Dale, Señor, el descanso eterno. . .

¿Qué pasa?. . . y la hermana enfermera se quedó como petrificada mientras las otras monjas que acababan de retirarse a sus celdas después de una noche de in-

somnio volvían a asomarse a la puerta llenas de ansiedad y con miradas de interrogación.

¿Qué pasaba en realidad? Que las campanas del monasterio habían sido echadas a vuelo. A poco la silueta de la madre abadesa se destacaba en el fondo del corredor quien preocupada y severa preguntaba:

—¿Quién mandó tocar la campana?

—Nadie, reverenda madre abadesa. . .

—¿Y ésto cómo se explica entonces?

—Ninguna de nosotras se ha movido de aquí.

Y así era en realidad. Se miraron las unas a las otras, se pasó lista y no faltaba ninguna, ni siquiera las sirvientas y lo curioso era que la campana continuaba más alegre que nunca repicando como en día de fiesta.

—¿Qué está pasando, hermanas? Preguntaban las gentes del vecindario que se habían ido acercando al convento.

—Nada especial hermanos, les dijo la abadesa; solamente que. . . bueno. . . ha muerto la Hermana Rita.

Y monjas y vecinos acudieron a la celda para contemplarla de nuevo. Allí aparecía la santa tendida en su lecho de muerte, con el

rostro un poco pálido pero al parecer dormida, con una suave sonrisa dibujada en los labios y los ojos entreabiertos como mirando al cielo, aquel cielo que había contemplado sin descanso por espacio de 76 años, por el cual tanto había sufrido, por el cual había llorado, y tanto, orado y trabajado.

Se fueron colocando alrededor del féretro murmurando oraciones y entonces todos se dieron cuenta que de aquel cuerpo inmóvil se desprendía un exquisito olor a rosas deshojadas, como el que se desprende cuando el sol del verano las hace caer de sus corolas medio marchitas. Era un efluvio misterioso que abandonando la celda de la muerta, salía a los corredores, penetraba en las celdas de las demás monjas, bajaba por las escaleras penetrando todo el ambiente del claustro de su suave aroma. Era algo así como las hondas de una arcana melodía que se extienden por doquiera entre dos silencios y que hoy mismo ni siempre, ni a todos es dado percibir.

¡Es una Santa! ¡Es una Santa! Cantaba armoniosa la dulce canción que de los corazones de todos se desprendía. . .

Y cuando las mujeres se asomaban a las ventanas de sus casas preguntando a sus maridos que volvían de aquella peregrinación

nocturna tan fuera de programa, la causa de tanto movimiento, ellos contestaban:

—Murió la Hermana Rita, murió la Santa...

Era la noche del viernes santo, 21 - 22 de mayo de 1439.

LA MAS BELLA FLOR DE ROCAPORENA

El 22 de mayo de 1363 Antonio Mancini, el serio y pacífico montañez de Rocaporena, habitualmente tan grave y taciturno como lo son tantos hombres del campo, andaba como fuera de sí: algo extraordinario le había acontecido a juzgar entre otras cosas por las idas y venidas de las vecinas y comadres que se dirigían a su humilde casa.

Los hombres reunidos en la cocina, lo felicitaban, al paso que las mujeres preferían subir directamente a las habitaciones de arriba por la vieja escalera, que a ellas conducía.

—Vayan, véanla, les decía Antonio: es como un botón de rosa, es un ángel, un verdadero regalo del cielo! . . .

Habían pedido tanto que al fin el cielo había escuchado sus votos y les había enviado aquella flor de carne para que trajera la alegría a su hogar antes tan silencioso y

desierto. Pero la niña que no contaba sino con unas horas de vida llenaba la casa, como hacía rebosar de alegría los corazones de sus amados padres.

Aquella tarde se cerró con felicitaciones de todos y cuando ya nadie quedaba en la casa, Antonio volvía al lado de su esposa amada para contemplar una vez más aquella linda criatura que era sangre de su sangre. Y allí pasó la noche, sentado sobre un escaño al lado de su hijita que era su mayor tesoro y encerraba todo su corazón. Ni siquiera se daba cuenta del cansancio y de la fatiga. Así se quedó dormido y cuando despertó le pareció soñar con el paraíso . . . era un sueño dulce que al despertar, lejos de decepcionarlo, le ponía frente a la más viva y palpitante realidad.

MARGARITA

En las horas de la mañana la casa de Antonio volvía a llenarse de gente. Había que pensar en el bautismo, mas como en aquel caserío no había párroco, se pensó en llevar a la recién nacida a Casia y la alegre caravana se puso en camino llevando el pequeño tesoro de Amada, dirigiéndose a la iglesia parroquial de Santa María de la Plebe, donde se le impuso por nombre Margarita ya que como decía la madre “ha de ser una margarita para el trono de Dios”.

—Que vuestra Margarita sea una flor de paz para la Iglesia y para el mundo, fueron las palabras de augurio que les dijo el buen párroco que había celebrado el santo rito del bautismo.

Amada, desde su lecho, seguía paso a paso el viaje de la comitiva y el de su hijita que lo era todo para ella. “Haz, Señor, de ella una santa, decía; yo te la ofrezco: haz que se

cumpla en ella tu voluntad. . .” Y cuando oyó en el patio y luego en las escaleras la voz de los que volvían, su rostro se iluminó mientras con los brazos abiertos recibía su tesoro, la hija de Dios, a la que cubría de besos. La niña que no había llorado en todo el camino al ser ya recibida en los brazos de su madre empezó a buscar con la boquita abierta el alimento y luego se quedaba como todo niño recién nacido, dormidita. Señor, seguía orando Amada, haz en realidad que esta hijita sea para la Iglesia y el mundo una flor de paz.

¡El mundo y la Iglesia necesitan en realidad de paz! El período histórico de la vida de Santa Rita, encierra uno de los más interesantes de la humanidad, ya que nos encontramos en los últimos años del cisma de occidente cuando los papas se aprestaban para regresar a Roma reafirmando el dominio y la pacificación del patrimonio de San Pedro mientras la guerra entre las Señorías, Principados y Comunas llegaba a su máximo juntamente con la lucha del humanismo en pro y en contra del papado y si algunas herejías como la de Hus ya habían aparecido, una floración de santos perfumaba el jardín de la Iglesia de Dios.

Los hombres de esta época eran hombres “complejos, singulares, llenos de virtudes y de vicios los más nefandos, crueles y generosos, viles y magnánimos al mismo tiempo”. “Eran hombres que nacieron, vivieron y murieron siempre en lucha”.

Eran aquellos también tiempos curiosos: “una mezcla de piedad y de ferocidad, tiempos estos en los que la conquista de una ciudad y su saqueo se celebraba con fiestas y procesiones”. Después de la batalla de Rovañate, por ejemplo, (7 de abril de 1409) de éxito dudoso, “se determinó que el día siguiente, que era la fiesta de la Pascua, se obligase a las gentes a cumplir con el precepto pascual por medio de las armas. ¡Tan preparados para ello se hallarían!” ¹

1. Ignacio CANTU: *Le vicende della Brianza*; vol. I, página 186.

UN VUELO SOBRE ITALIA

La sede pontificia estaba en Aviñón. Espantada por el grado de anarquía a que habían llegado los Estados Pontificios se había establecido desde el año 1305 en Francia y desde aquí los Papas continuaron gobernando a la Iglesia por medio de Legados o de Señores elegidos por los municipios que recibían del Papa el título de Vicarios pontificios. Los Legados, empero, no eran siempre “vistos con buenos ojos de manera especial cuando se entrometían demasiado en los negocios puramente humanos”. Lo más de las veces no servían sino de arma para los revoltosos ya que lo que aquellos Señores pretendían no era otra cosa que asentar definitivamente su propio dominio en aquellas tierras independizándolas lo más posible del dominio del Papa. Las cortes de aquellos Señores “se convirtieron así prontamente en el apogeo de la gentileza y del lujo, pero se hicieron sospechosos, desalmados y

ambiciosos" y otras "no eran sino una oscura cueva inundada de sangre al mando de hombres de guerra"; trágicas figuras aquellas de esos hombres que en ocasiones espantaban por lo sombrío de sus almas o se destacaban en otras inundadas de luz. La ausencia del Papa de sus estados lejos de disminuir había aumentado la confusión y la anarquía que reinaba antes.

Italia era un verdadero mosaico de pequeños estados y una colcha de retazos dividida por los partidos: blancos, negros, güelfos y gibelinos; unos estaban a favor del Papa y de la Iglesia, los otros a favor de la nobleza y del emperador y todos eran causa de desorden y de destrucción.

Es claro que la ausencia del Papa y su permanencia en Aviñón no había hecho otra cosa que acrecentar la prepotencia de los gibelinos que atacaban lo mismo el poder temporal que el espiritual del Pontífice. La misma Roma no se escapó de ser el centro de desórdenes y de la guerra civil ya que los Colonna y los Orsini se aprovechaban de la ausencia del Papa para adueñarse de la ciudad sin que las bulas y decretos enviados desde Francia produjeran en ellos otra cosa que el desprecio: "hemos sido excomulgados

pero por ello no va a ser menos bueno el pan ni menos generoso nuestro vino” decía Orderlaffi a sus comensales al oír la campana que anunciaba al pueblo su excomunión.

Fanatismo y violencia, exagerados muchas veces con las más degradantes pasiones encendían odios inextinguibles que conducían a conjuraciones, delitos desenfrenados, barbarie y destrucción. Destrozadas las ciudades por la discordia, no pensaban sino en combatir mutuamente y una vez arrasadas volvían a levantarse con más odio y más sed de exterminio. Los viejos cronistas escriben “que las familias mismas divididas entre sí violaron todas las leyes de la sangre y que ni siquiera las mujeres se horrorizaban en medio de la lucha de secundar el furor de padres y maridos”. Se llegó hasta el punto de arrancar del pecho el corazón de los enemigos moribundos para ir luego a clavarlos calientes todavía en las puertas de la ciudad”.

Cada partido tenía sus propias banderas y estandartes: “Los gibelinos, —escribe Symond— llevaban las plumas de su sombrero de una parte, los güelfos de la otra; los gibelinos cortaban las frutas a la mitad, los güelfos a lo largo; los gibelinos tomaban en tazas lisas, los güelfos, en tazas acanaladas y todo

para distinguirse los unos de los otros". Se llegó inclusive al absurdo y al sacrilegio: "En pleno siglo XV los gibelinos de Milán arrancaron del altar mayor de la catedral de Crema la imagen de Cristo y la quemaron porque volvía la cabeza hacia los güelfos".

Pero hay más. "Güelfos y gibelinos se alternaban en el poder entre ríos de sangre y mientras una ciudad se hacía gibelina, la otra se hacía güelfa y al acercarse la hora de la victoria para los unos o los otros las lágrimas volvían a correr y a aumentarse el número de los desterrados y de los míseros".

Ni se crea que combatían siempre por el Papa o por el Emperador. Rambagliati escribe: "Los güelfos peleaban contra los güelfos y los gibelinos contra los gibelinos persiguiéndose y arruinándose mutuamente ya que la soberbia, la envidia, la avaricia de los bienes terrenos, tan contrarios a la caridad y a la paz, no les permitía permanecer en la concordia y la tranquilidad".

Cuando Facino Cane, un gibelino, ocupó a Pavía, hizo saquear todas las casas de los güelfos y luego ordenó que se hiciera lo mismo con las de los gibelinos sus copartidarios y cuando éstos vinieron a él para quejarse les

respondió: “Tienen razón, son gibelinos pero sus bienes son güelfos”.

Se comprende claramente cómo en semejante ambiente cargado de odio una insignificancia bastaba para provocar la tragedia. Oigamos si no a un cronista anónimo que cuenta este hecho bien significativo por cierto: “En cierta ocasión venía un asno rebuznando detrás de una asna y lo hacía con tales aspavientos que las gentes corrieron a armarse pensando que se trataba de la llegada de los señores. Un tal Ludovico, entonces, empezó a gritar: ¡Vivan los güelfos! Llegaron poco después los gibelinos quienes asesinaron allí mismo al dicho Meser Ludovico y la ira estalló en los dos partidos. Se armaron los cabecillas de las dos facciones que llevaban consigo a sus copartidarios y el encuentro fue terrible: se lanzaron los unos contra los otros combatiendo varios días hasta que se firmó un armisticio provisional; pero volviendo a estallar la lucha los gibelinos fueron vencidos pereciendo en la refriega los cabecillas de éstos y sus familias, otros cayeron prisioneros y fueron masacrados en la cárcel y los más expulsados de la ciudad y del Estado”.

Desde el refugio de sus guaridas, en lo alto

de las rocas, tiranuelos innumerables maquinaban toda clase de miserables empresas y los viejos castillos que todavía se mantienen en pie, grises por el pasar del tiempo y de severo aspecto, parece que todavía estuviesen desafiando a un combate: en sus torres imponentes y altísimas se nos imagina ver las insignias de güelfos y de gibelinos. . . cada piedra es testigo de un episodio pasado que nos habla de lugares tenebrosos, feroces combates, tenaces resistencias, destrucciones y reconstrucciones.

Enjambres de aventureros se ponían al lado de los tiranos proveyéndolos de hombres que se lanzaban luego a su mando sobre las libres y florecientes comunas. Estos aventureros se conocían con el nombre de “compañías” y estaban compuestas de soldados extranjeros de toda clase: alemanes, españoles, húngaros, ingleses, italianos, verdaderas huestes de bandidos, gente bestial sin Dios y sin ley . . . digna la mayor parte de sus señores. Cada uno ofrecía su espada en pública subasta al mejor postor y así atravesaban a Italia dejando detrás de sí el incendio, ruinas y sangre. Pero cuando no había guerras que sostener se dedicaban al noble oficio de salteadores de caminos cayendo sobre terri-

torios ricos y cercanos aunque estuviesen en manos de sus amigos. Alguno de aquellos a quien se le condenaba tal modo de obrar respondía: “¡de algo tenemos que vivir!” Y Maquiavelo explica ésto diciendo: “se trataba de gentes pobres que vivían como ricos y ésto los obligaba a tales rapiñas y a su modo de obrar...” Las cartas que narran la historia de sus gestas destilan sangre como decía Litta. Y en esa forma Italia, llamada el jardín de Europa, era asolada, por las facciones y convertida en una tierra de desolación.

La Iglesia se quejaba y lloraba en compañía de sus mejores hijos de este mísero estado de cosas: santos, jefes de estado, y poetas hacían cuanto estaba de su parte para que el trono pontificio regresara a su sede natural, Roma, convencidos como estaban de que la presencia del Papa en la ciudad eterna habría de traer no sólo la paz y el orden sino el bienestar de todos. Petrarca resumía en esta forma el sentimiento de todo el orbe católico: “Maestro de la fe ortodoxa y jefe supremo de la religión puedes fijar tu residencia donde te plazca; pero la antigua, la verdadera, la propia sede tuya es la misma que conviene a ti, a nosotros y al mundo entero, o sea Roma. Piénsalo seriamente y

medítalo si sería más conveniente para ti, el permanecer en ese lodazal de Aviñón en el poco tiempo que aún te queda, o más bien venirte a Roma empapada con la sangre de los mártires y rica con las reliquias de sus huesos; ¿qué será mejor para ti si el ser enterrado en ese escollo, patria de vientos y de huracanes más bien que en el Vaticano, lugar santísimo y con el cual ningún otro lugar se podría comparar en el mundo? Y finalmente qué te convendría más en el día del último juicio si resucitar en compañía de todos los criminales de Aviñón o en la de Pedro y Pablo . . .”

SOMBRAS DE INFIERNO Y LUCES DE AURORA

Pero las lágrimas y las oraciones de tantas personas buenas debían ser oídas finalmente allá arriba donde se escuchan siempre los gemidos de los humildes y donde la voz de los atribulados no deja de conmover a Dios.

Roma vio finalmente a Urbano V en el año de 1367, pero atemorizado por tanta anarquía y con el pretexto de poner en paz a Francia e Inglaterra se volvió a Aviñón. Su sucesor Gregorio XI había hecho el voto secreto de restablecer la Santa Sede en la ciudad eterna pero a pesar de todo no se habría resuelto a dar este paso si Santa Catalina de Siena no hubiese ido personalmente a Aviñón. "Unía ella la franqueza de ánimo con la intrepidez; las más nobles ideas con los frutos; mujer de consolación y de lágrimas, niña y heroína; era la Clorinda y la Herminia del poema que volvía a traer a Dios para Italia". (Tomaseo).

En el mes de septiembre del año de 1376 Gregorio abandona a Aviñón y se embarca en el Ródano y llega a Corneto después de una feliz navegación donde es recibido por el pueblo con ramos de olivo; finalmente el 17 de Enero de 1377 entra en Roma, en medio de un pueblo que llora de júbilo y danza y se postra en el suelo y abre los brazos”.

Las lágrimas de los buenos y de la Iglesia no cesarían todavía: al año siguiente moría el Papa Gregorio, el 27 de marzo de 1378 y el fruto de la esclavitud de Aviñón y de las ambiciones de Francia habrían de tener su fin en el gran cisma de occidente, la más larga, dura y funesta herida sufrida por la Iglesia.

El 8 de abril los cardenales se reunieron en conclave. El pueblo gritaba afuera: “Que sea romano o por lo menos italiano”. Se le dio cuenta a los cardenales de lo que estaba pasando entre el pueblo pero ellos contestaron que la elección debía ser libre y que ellos como libres elegirían de acuerdo con su propia conciencia. Así fue que eligieron el día 9 a Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, hombre de una vida santa y también de santas intenciones pero de un celo indiscreto. Si le hubiese por lo menos escuchado un poquito a

santa Catalina de Siena le habría tal vez evitado a la cristiandad grandes sufrimientos.¹

El 18 de abril, Domingo de Pascua, fue solamente coronado el Pontífice quien recibió los honores del cuerpo cardenalicio y de las autoridades civiles y el 8 del mes siguiente se anunciaba oficialmente la elección y coronación del nuevo Pontífice. De inmediato quiso el Papa corregir los abusos que se habían introducido en el alto y bajo clero y que él conocía perfectamente pues había ocupado el puesto de vicescanciller de Gregorio XI, pero lo hizo con poca mansedumbre y poca caridad llegando hasta corregir en público y ásperamente a los cardenales mismos por lo que éstos, con el pretexto de los grandes calores que estaban haciendo en Roma se alejaron de allí y se dirigieron primero a Anagni y luego a Fondi donde se pusieron bajo la protección de Juana I de Nápoles; una vez allí declararon inválida la elección de Urbano y eligieron

1. La santa escribía al Papa: "La justicia sin la misericordia es más bien injusticia".— "Obre con prudencia (que sin la prudencia más bien se desbaratan las cosas que arreglarlas) y con corazón tranquilo. Por amor a Jesús Crucificado mitigue un poco sus sentimientos y esos movimientos intemperantes a que lo lleva su natural modo de obrar". (Citado por Pastor, **Historia de los Papas**).

en su lugar a otro Papa o anti-papa que fue Clemente VII, desgarrando en esa forma la túnica de la Iglesia. La abominación de la desolación había entrado en el lugar santo. “Desde ese momento los dos papas trataron de aniquilarse el uno al otro en la forma que pudiesen”. Fueron tales los perjuicios que para la Iglesia resultaron de estos dos papas que si ella no hubiese sido una institución divina, seguramente habría perecido y la revolución estallado por todas partes: las ciudades, las provincias, las naciones se dividieron; por todas partes surgían nuevas discusiones, los partidos del uno llamaban a los otros cismáticos y viceversa; en las diócesis los obispos se disputaban igualmente el puesto y la división penetró a los monasterios, ciudades, familias, universidades, parroquias, y ni los mejores sabían exactamente a cuál de los dos papas había que obedecer.

Clemente VII después de visitar a Nápoles, se trasladó a Aviñón haciendo entrega de casi todo el estado papal a Luis de Angiou con tal que le ayudase a arrojar del trono papal a Urbano. El rey envió contra el papa de Roma a un verdadero bandido y jefe de bandidos, Juan Hawkood, quien a la cabeza de un ejército de soldados extranjeros se

lanzó sobre Faenza destruyendo la ciudad y saqueándola, continuó luego con el saqueo de todo lo que se ponía a su paso: las cosechas eran devastadas y las casas incendiadas dejando por doquiera desolación y muerte. En la sola Cesena perecieron 50,000 personas. “¡Hay de mí! —escribe Benvenuto de Imola— para desventura mía me ha tocado ver y vivir estos tiempos en los que Italia es el objeto de la más cruda barbarie: astutos ingleses, alemanes furiosos y húngaros que llevan por doquiera la ruina no tanto por medio de la fuerza cuanto por el fraude y la traición arrasando provincias y destruyendo ciudades nobilísimas”.

Santa Catalina de Siena, quedó aterrada y la santa virgen dirigió sus súplicas a todas aquellas personas que pudiesen en alguna forma ayudar a la causa del Papa y de Roma. “Este es el tiempo del martirio. . . y del servicio del diablo” le escribía a Acuto. Alberico del Barbiano comprendió bien las súplicas de la santa y como un intrépido hijo de la Romagna y perito en el arte de la guerra reunió la “Compañía de San Jorge” preparándola para la guerra y el 29 de junio de 1379 se enfrentó a Acuto no sin antes dirigir a sus soldados esta proclama: “¡Amigos míos: ha

llegado el momento de vengar las ofensas de estos miserables extranjeros! Yo marcharé a la cabeza y mi penacho rojo lo podrán ver en lo más duro de la refriega". Catalina le había escrito: "Haremos lo de Moisés: mientras el pueblo combatía él oraba y mientras él oraba el pueblo vencía". La terrible amenaza de Acuto fue totalmente destruida; la mayor parte se quedó en el campo, otros lograron huir y muchos cayeron prisioneros y fueron a pagar sus crímenes a las cárceles del estado.

Era una victoria pero no la paz; la guerra invadió el mismo reino de Nápoles donde Juana, sostenedora del antipapa de Aviñón, perdió por obra de Carlos de Durazo el reino y la vida y por todo el principado se vieron escenas de violencia, lucha contra los mismos ciudadanos, ásperas contiendas comunales y actos de venganza".

Fue, entonces, cuando se pensó, con el fin de terminar este estado de cosas en reunir un concilio en Pisa, pero en lugar de remediar tantos males, de aquí salió otro peor: la elección de otro papa. En Constanza se reunió otro concilio y finalmente el 11 de noviembre de 1417 después de tres años de interminables discusiones entre los cardena-

les de las tres obediencias se procedió a elegir un papa en la persona de Odone de Colonia que tomó el nombre de Martín V. El reino pontificio hubiera debido perecer pero la sociedad espiritual estaba de tal manera compacta y tan vigorosa la idea del papado que la más profunda de las divisiones no hizo otra cosa que demostrar su indisolubilidad, como escribe Gregorovius.

LAS ABEJAS AMIGAS DE MARGARITA

Cuando llegó la estación de la vendimia, Amada se fue al campo para ayudar a su marido en las rudas fatigas campestres. Pero a Margarita que ya iba creciendo no podía abandonársela sola en la casa y por esto su madre la llevaba consigo dentro de una cuna de juncos y la colocaba no lejos de ella a la sombra de un árbol y siempre pronta a acudir a los reclamos de su hijita.

La cosa sucedió un día de julio cuando la niña no tenía sino unos pocos meses. La buena mujer trabajaba al lado de su marido y de los otros comerciantes, mas sin dejar de estar a cada momento volviendo las miradas a la niña que dormía beatamente. De pronto se dio cuenta de que uno de los hombres se había cortado la mano con la hoz abriéndose una herida profunda y corría en busca de algún remedio o de alguien que le vendase la herida. Al pasar cerca de la cuna

de la niña apretándose la mano para tratar de contener la hemorragia notó que alrededor de la cuna había un enjambre de abejas que revoloteaban en torno suyo y fue entonces cuando empezó a llamar a los padres para que acudiesen a defenderla, lo que los padres trataron de hacer más sin ningún resultado, ya que las abejas no se daban por entendidas. Acudieron los otros trabajadores y se dieron cuenta que se trataba de unas abejas blancas, sin antenas y sin aguijón y nadie era capaz de alejarlas ni con ruidos, ni con los pañuelos que se agitaban para espantarlas. Más aún: algunas de ellas se posaban sobre los labios de la niña y dejaban en ellos gotas de dulcísimo néctar entre las sonrisas de Margarita. Una de las abejas se posó entonces sobre la mano herida del viñador y aquella sanó inmediatamente. La noticia corrió de boca en boca y los comentarios no fueron siempre muy honrosos. Lo cierto es que aquellas abejas no volvieron a desamparar a la santa pues la siguieron hasta el monasterio mismo donde todavía existen y los peregrinos pueden verlas hoy mismo: son las abejas de Santa Rita. Son 12, un poco oscuras, medio grisáceas, sin aguijón y sin antenas y un poco más grandes que

las abejas comunes. No se reproducen, viven metidas en su cueva y no salen sino una vez al año, durante la Semana Santa permaneciendo visibles hasta la fiesta de su santa Patrona. Esto se viene sucediendo desde el año de 1363. El Papa Urbano VIII que fue informado del hecho quiso que se le llevase una. Le ató una hebrita de seda y la soltó de nuevo y poco tiempo después se la volvió a ver en su colmena de Casia.

¿Coincidencias?. . . Puede ser, lo más curioso es que hay coincidencias que no les suceden sino a los predilectos de Dios.

LA EDAD FELIZ

La niña, pues, iba creciendo. Desde que empezó a despertarse en ella el uso de la razón, su madre le enseñó los santos nombres de Jesús y de María, y en aquella familia ejemplar se rezaba todos los días el Santo Rosario en honor de la Virgen, mañana y tarde; a la Virgen se acudía en medio de todas las necesidades, se le confiaba el éxito de las cosechas, las alegrías y las tristezas y la pequeña Margarita aprendió en ese Inmaculado Corazón a depositar sus penas y sus pequeños goces en él. Cuando se le exigía a la niña un servicio, un sacrificio aunque fuese mínimo se le repetía siempre: "Hazlo por Jesús que ha sufrido tanto por ti". Jesús en la gloria. . . Jesús en el dolor . . . y siempre Jesús. Durante aquellas largas noches de invierno, cerca del fuego del hogar, y mientras los hombres se entretenían jugando a las cartas y contándose mutuamente los acontecimientos del día, Amada

le iba narrando a su hija la pasión del Salvador como la había oído predicar a los más ilustres oradores de Casia o como se la oyera a su párroco. A veces se inspiraba más bien en las pinturas de su época y la pequeña se entusiasmaba ante aquella historia de amor y de dolor. La madre se admiraba ciertamente ante las preguntas de su hija y en ocasiones tenía que suspender la narración ante los suspiros y las lágrimas de la niña.

—¡Pobre Jesús! exclamaba. ¡Cuánto ha sufrido!

—Mamita: ¿sufrió, también por mí?

—¿Yo también he pecado?

—¿Estará Jesús contento de mí?

Sí, Jesús estaba muy contento de ella. Oraba mucho; siempre obediente, pronta siempre a todo, alegre y vivaz, era la alegría de la casa. En todos sus pequeños menesteres era siempre exactísima. Y de ello se daban cuenta todos, inclusive el párroco, que un día le decía a los padres de la niña: "El Señor les ha regalado un verdadero tesoro. Estoy seguro de que ella va a recibir una gracia especial".

LA NIÑA

Los Mancini no eran ricos, pero tampoco eran gente pobre; poseían una huerta suficiente para darles la vida y vivir decorosamente con aquella pequeña herencia; la casa era modesta como casi todas las del lugar, mas siempre limpia y decente. Poseían igualmente un pequeño rebaño de ovejas y la pequeña Margarita, cuando pudo hacerlo fue enviada a pastorear estas humildes creaturas de Dios. Al empezar a amanecer y una vez recitadas las oraciones de la mañana, la madre la abrigaba lo más posible con el fin de que no fuese a enfermar dados los vientos y corrientes de aquellas montañas, le hacía tomar una taza de leche caliente y poniéndole en la mano el cayado la despedía para que saliese por aquellos bosques. En un cestito de mimbre lleva pan, queso, la comida y además algún trabajo de aguja que su madre le encargaba. Al regresar a la casa por la tarde la madre examinaba

siempre el trabajo hecho porque decía: “jamás debe permanecer ociosa; la ociosidad es la madre de todos los vicios y Jesús fue siempre un gran trabajador”. Así, pues, con el fin de ayudar a la madre e imitar a Jesús, la niña oraba y trabajaba mientras estaba custodiando las ovejas. Desde lo alto de la montaña alcanzaba a divisar allá en el valle una gran cruz y toda conmovida exclamaba. “Pobre Jesús, cuánto ha sufrido, mientras yo estoy aquí tan tranquila. . . Y con todas estas espinas en la cabeza. . . Y quién sabe si con mucho frío. ¡Si al menos yo pudiese darte mi caperuza y mis medias de lana o siquiera esta malla que estoy tejiendo! pero yo lo hago todo por ti”. Y seguía tejiendo, tejiendo de tal suerte que cuando volvía a la casa por la tarde la madre no podía menos de alegrarse al ver cómo el trabajo había sido ininterrumpido. Otra niña como Rita no la había en el mundo.¹ En su cestito iban siempre los más exquisitos alimentos que la madre podía aderezar para su hija, pero no se crea que ellos iban a parar en todas las ocasiones a las manos para las cuales se aderezaban, pues en

1. Rita, en Italia, es diminutivo de Margarita. Por eso a Santa Margarita de Casia se le dice siempre Rita. (N. del T.).

el camino no habría de faltar algún limosnero, una infeliz viejecita, un pobre niño con hambre y antes de que se le pidiera algo todo iba a parar a aquellas manos suplicantes: entonces su comida o su merienda eran moras o frutos campestres, si los encontraba por acaso y si no. . . pues ayunaba.

—Mamá: hoy me volví a encontrar con aquella pobre viejecita de Casia. . .

—¡Está bien, pero primero debes comer tú. . . y no darlo todo!

—Pero como ya había tomado la leche esta mañana. . . y no tenía hambre. Y había que verla por la noche cómo se comía lo que la madre le preparaba para la cena.

Nunca regresó del campo sin traer flores campestres, cuando las había en la primavera, para el grande crucifijo que se encontraba en la entrada del pueblo lo mismo que para la imagen de la Virgen que tenía encima de su cama.

—Buenas noches Jesús, éstas son para ti. . .

Antes de irse a la cama el padre la sentaba sobre sus rodillas y con ella y con la esposa conversaban largamente. Le contaba historias, que versaban casi siempre sobre los ejemplos que habían oído en la iglesia parroquial y sobre la vida de Jesús. Otras veces

repetía leyendas escuchadas igualmente en la iglesia pues ni él ni su esposa sabían leer.

Nunca le narraban cosas fantásticas ni comentaban delante de ella nada de lo que sucedía en la calle con el fin de que no escuchara algo que la impresionara malamente, pues cuando esto sucedía se ponía toda a temblar, y a veces terminaba llorando. Habitualmente era muy alegre y animada. Había que verla los días de fiesta jugando con sus amigas, elegantemente vestida, después de las vísperas, ora cantando, ora bailando hasta que llegaba a la casa. . . a esa casa que no habrá de olvidar nunca y que merced a las manos de hada de su madre aparecía siempre linda y desde donde podía contemplar los montes vecinos que le traían siempre el eco de sus inocentes canciones populares.

EL PRIMER ENCUENTRO CON JESUS

Todos los domingos la madre participaba a la misa llevando de la mano a su hija y con frecuencia se acercaba a la Sagrada Comunión. Rita manifestaba ya el deseo de recibir el Pan de los ángeles, pero se tuvo que atener a la costumbre de la época y esperar hasta los doce años.

—¿Cuándo voy yo a hacer mi Primera Comunión? le preguntaba a su madre.

—Hija mía, hay que hacer la voluntad de Dios.

—Pero yo quiero hacerla ya.

—¿Tú? Si no sabes todavía el catecismo.

—¿Y por qué no me lo enseñas?

Y de los labios maternos lo aprendió de memoria.

—¿Ya puedo hacer la Primera Comunión?

—Hay que hablar con el Señor Cura.

Y el día feliz llegó por fin. Acompañada de su padre y su madre que comulgaron

también recibió su primera Comunión. No lo sabemos, ya que la santa no lo dijo nunca, pero algo podríamos adivinar.

¿Qué se dijeron aquellos dos corazones?

—Rita: ¿qué vas a hacer cuando seas grande?

—Me haré monja.

—¿Monja? ¿Pero no te da tristeza abandonar a tus padres? ¿No sabes que nosotros no vivimos sino por ti? Si te separases de nosotros moriríamos ciertamente.

Qué cosas las que tiene ahora nuestra hijita, —le decía Amada a Antonio—, antes de conciliar el sueño.

—Ba. . . respondía el marido. No pensemos en eso por ahora. Cuando eso vaya a suceder debe primero pasar mucha agua debajo de los puentes. ¡Cuántas cosas sucederán antes que ella esté grande!

Sin embargo él no dejaba de preocuparse. Su hija era muy devota, muy callada, muy obediente, pero al fin y al cabo ¡monja no! No sabía con todo, que el día de su Primera Comunión, Rita le había dicho a su Divino Huésped:

—Jesús mío: yo quiero ser tu esposa. . . en la más completa castidad. Es verdad que ella no sabía exactamente qué significaba eso de

“castidad” pues aunque la madre le había hablado de ello de una manera vaga y el párroco había dejado escapar algunas consideraciones sobre el tema, muy superficiales con todo, en el retiro de su preparación para la Primera Comunión, algo sin embargo de bello y heroico se presentaba a su imaginación al pronunciar u oír pronunciar esta palabra. “Si Jesús se apacienta entre los lirios yo quiero ser un lirio”, era la conclusión a que había llegado. Era entonces cuando se imaginaba una figura cándida, envuelta en un velo blanco, con un manojo de lirios en las manos que va andando recta y con la mirada en alto como la había visto en una tumba de Casia. Pensando, justamente, estaba en ésto cuando terminó la ceremonia de su Primera Comunión. Ella no tuvo, quizás tiempo de escuchar la respuesta de su Divino Huésped, que le habría dicho: “Sí, serás mi esposa, pero por ahora. . . Antes beberás el cáliz de la obediencia a tus padres que por lo demás te aman tanto. . .”

Pero como decía, Rita no tuvo tiempo de escuchar la respuesta de Jesús. Terminada la ceremonia los niños se van poniendo en fila, para ir a la sacristía, sólo Rita permanece inmóvil, habla con Dios. Ya le manifestó su

deseo y espera la respuesta. Mas la madre, tomándola de la mano la hace volver en sí.

—Rita ¿no ves que ya se acabó todo? Ven, ven con nosotros. . .

—¿Pero. . . ?

—Más tarde tendrás tiempo de volver a la iglesia y de rezar, pero ahora vamos a saludar al Señor Cura que va a darte un regalo y pasar al desayuno.

—Tengo tanto que decirle todavía a Jesús. . .

—¿Pediste por mí? le pregunta la madre. ¿Y por los abuelitos? ¿Y a Jesús qué le pediste por ti?

Sí. . . he pedido por todos y por mí pedí una cosa.

VIDA ANGELICA

El padre la observaba y callaba. Se daba cuenta de que la niña se había vuelto sumamente pródiga con los pobres. No solamente daba lo que tenía cuando veía alguno, sino que en ocasiones sacaba de la despensa lo que podía. . . ¿Pero quién le iba a decir algo por eso? El que da a los pobres le presta a Dios.

En cierta ocasión llegaron a casa de la familia Mancini dos monjas de Casia que andaban pidiendo limosna; eran las esposas de Jesús que pedían algún socorro por amor suyo y en esa casa se les recibía siempre con gran gentileza ya que eran los ángeles de la tierra. . . pero la alegría de Rita les pareció un poco exagerada a sus mismos padres.

Las oía como encantada y parecía que iba a devorárselas con los ojos.

—No se vayan todavía. . . Quédense a

comer con nosotros. . . un poco de penitencia no les vendrá mal.

—¡Ay! ¡quién fuera como ellas! —Suspiraba Rita. Quién pudiese estar como ellas siempre con Jesús, y darle la vida gota a gota. . .

—Vuelvan, les decía cuando estaban para partir. Sí, yo voy a hacerles una visita y a conversar con la madre superiora. . . Pidan por mí, ustedes que están tan cerca de Jesús. . .

Eran monjas de san Agustín.

¿Pero quién iba a imaginarse el futuro? La misma Rita lo veía todo de color de rosa, como no iba a ser en realidad. Esa tarde, quizás se vería a sí misma dirigiéndose ya al convento, lugar de su refugio y hacia su sueño adorado. . .

—Papá, qué cosa tan bella es ser esposa de Jesús y poder pasar toda la vida a los pies suyos; ser toda para El; ser todas tuyas.

—Pero ésto se puede hacer también en el mundo. ¡Fíjate en tu madre que es una santa!

Sí, es una santa, pero ser monja es otra cosa!

Desde ese día era más obediente, más devota, más tranquila. “Es una mujer hecha y derecha” decía la madre.

No volvió a jugar con sus compañeritas, parecía como ensimismada y vivía en oración.

—Rita vente a jugar con nosotras.

—. . .Ahora no puedo.

Cuando salía por el campo, y se encontraba con alguna amiguita se ponía a jugar con ella y levantaban montañas, construían puentes, casas con leña, piedras y barro y con frecuencia levantaban una montaña más alta plantando en seguida sobre ella una cruz, poniéndose luego a orar con su compañera por ella, por la madre, por los pecadores. . . Nunca, sin embargo, participó en juegos donde hubiesen niños ya que su madre le había dicho: “No juegues nunca con los pastores: las niñas con las niñas”. Y ella sin darse cuenta de la orden de su madre se contentaba con obedecer. Después de la Primera Comunión ya no jugaba ni siquiera con sus compañeras.

¡Cómo eres de orgullosa! ¿Qué te crees tú? le decían ellas.

Pero ella soportaba aquellas frases y hasta insultos contentándose con no ir.

Por este tiempo se levantó en la parte más alta de su vecindario un calvario semejante al que había en la entrada de Casia y ante esta

cruz de tan humilde estructura, Margarita iba todos los días a depositar sus flores y sus plegarias arrodillada sobre los palos y las piedras "para sufrir algo por Jesús". ¡Cómo suspiraba aquel pequeño corazón por el Mártir del amor! Parece igualmente que por esta época comenzaron sus mortificaciones corporales aunque nada sepamos de cierto. Sus más antiguos biógrafos sólo dicen que "desde el día de su Primera Comunión Rita se entregó a una vida casi eremítica, toda de oración y de penitencia".

Al caer la tarde y al verla acercarse al calvario cargada de flores para Jesús y la Virgen de los Dolores, su rostro parecía más pálido; ¿era que había pasado el día entero sin haber comido nada o que se había flagelado? Puede ser; en todo caso allá arriba sólo Dios y sus ángeles sabían su secreto.

Cuando regresaba a la casa, en lugar de irse a comer y a dormir luego, como lo hacía cuando era más niña, ahora se entregaba a los oficios domésticos ayudando a preparar la cena y si la madre no se empeñaba en hacerla sentar a la mesa para comer a ella se le habría olvidado.

¡SACRIFICADA!

Rita era ya una jovencita y las crónicas de su tiempo hablan de que era bastante bonita. Cuando salía a la calle en compañía de su madre los jóvenes de su edad no podían menos de lanzarle algunos piropos que a Amada, precisamente no le disgustaban del todo; Rita, en cambio, se ponía roja, bajaba los ojos al suelo y se prendía más fuertemente del brazo de su madre. Nunca salía sola y como la única ocasión de verla era cuando iba a misa, por eso la flor y nata de la juventud masculina de Rocaporena no llegaba a faltar.

De las poblaciones vecinas parece que más de uno llegó a hablar de una conquista al cual se le hizo saber discretamente, que le era mejor que se estuviera tranquilo en su casa y moderara sus ímpetus ya que los tiempos no eran de los más oportunos para tales intrigas pues si los vecinos de Rocaporena se daban cuenta de sus intenciones no faltarían más de

uno que en pocos segundos le hiciera cambiar de temperamento. . .

El párroco le decía al obispo de Espoleto: "es la oveja más preciosa de mi rebaño" y sus padres: "es una perla; tiene un carácter de oro; sería capaz de arrojarse al fuego por nosotros". "Es una niña sin vanidad, a todos los quiere; ni con tenazas se le podría arrancar una mentira", era lo que decían las vecinas y comadres; "es un modelo de bondad y de mansedumbre" decían todos.

Rita era todo ésto, pero era además, como diríamos hoy, un buen partido ya que como dijimos arriba sus padres no eran pobres y ella era la única heredera y de ahí que a los 18 años los pretendientes eran legión y no pocas veces se retaban a duelo entre ellos mismos. . . sin que la interesada lo supiese nunca.

Entre buenos pretendientes y moscardones que giraban alrededor de la joven, se hallaba y entre los más asiduos un tal Pablo hijo de Nandone el cartero del pueblo; era aquel un medio tonto, fanfarrón y maniático, pendenciero y presuntuoso, el que para poder distinguirse y singularizarse se decía gibelino ya que todo el pueblo era güelfo, es decir que era lo que podríamos llamar

hoy un anarquista y fuera de eso, amigo de los peores elementos de Casia. Por demás está decir que contra la Iglesia había concebido un espíritu de rebelión que lo impulsaba a expresarse siempre contra ella tanto más que la rebelión al Papa estaba de moda y ello daba una cierta nota de independencia, de despreocupación y se aparentaba ser un espíritu fuerte. El Papa en Aviñón y el cisma habían creado la rebelión y las ciudades habían caído en manos de aventureros que pululaban por todos los estados pontificios. Apareció primero el valeroso y sabio Albornoz con sus soldados aventureros; luego el famoso cardenal de Ginebra con soldados españoles, vascos, suizos, alemanes, aventureros de toda especie y de todos los colores. No eran escasas las batallas, más clamorosas que sanguinarias, pero de consecuencias gravísimas como el robo, el asesinato, el saqueo, violencias morales y materiales de toda especie, asaltos de todo género con todas las consecuencias de odios, venganzas y rencores que se sigue siempre a un estado anormal y violento cuando de una parte las autoridades son incapaces y cuando la ley sólo se aplica a los débiles, a los timoratos de conciencia.

Asís, Espoleto, Foliño, Perusa, las Marcas eran los focos de donde partían estas luchas que no se detenían en ninguna parte llegando hasta las rancherías. “Ya desde octubre de 1375 se vieron envueltas en la rebelión contra el Papa, Orte y Narni; en noviembre y diciembre Montefiascone, Viterbo, Cittá di Castello y Perusa; y su ejemplo lo siguieron Asís, Espoleto, Civitavéquia, Forlí y Ravena y tres meses más tarde el incendio había prendido en la Marca de Ancona, la Romaña, todo el ducado de Espoleto, y luego íntegramente el Estado Pontificio. Florencia dirigía la revolución y aún varones que fueron antes leales al Pontífice se rebelaron igualmente contra él como por ejemplo Bertían Alidosio y Rodolfo de Verano. “Florencia fue excomulgada y fue entonces cuando el Papa Gregorio XI cometió el error de enviar como pacificador al despiadado cardenal de Ginebra en calidad de legado pontificio con un grupo de mercenarios bretones al mando de Juan Mallestroi”.

Ciudades y aldeas fueron ocupadas, violentamente mientras la soldadesca se abandonaba a las peores atrocidades. Un cronista contemporáneo dice que “cada conquista se verificaba a través de la destruc-

ción, la devastación, y la traición. . . “Ni los cadáveres se escapaban ya que eran por avaricia profanados”. “El fin de la guerra es la victoria y para alcanzarla parecía lícito o tolerado al menos faltar a la fe, usar de la crueldad y de los crímenes enormes”.¹

Circundada de montes y apartada de las vías de comunicación que más frecuentaban las tropas beligerantes, la ciudad de Casia, con su clima delicioso, rica en flores, frutos y ganados era como una isla afortunada en medio del incendio de la guerra. El gobierno pontificio y la influencia de San Francisco de Asís y de sus hijos lograron conservar en ella la paz como en ninguna otra parte y cuando tuvo que enfrentarse a la guerra halló fuerzas más que en otra cosa en su fe cristiana, como se la entendía en esa época, de suerte que se la puede considerar como el germen de la vida franciscana entendida y vivida cristianamente. No significa ésto que los rebeldes al Papa no la visitasen y Pablo era justamente uno de estos, y fue él precisamente quien puso los ojos en Rita. Las mujeres se casaban muy jóvenes. “Una joven de 20 y aún de 18 años —escribe Del Lugo— se la consi-

1. Massaglia, llamado el Meneghino, pág. 325.

deraba casi como pasada. La mayoría se casaba a los 15 años”.

Pablo venía casi todas las tardes en compañía de su padre a jugar a las cartas con Tonio ya que éste y el padre de Pablo se veían muy frecuentemente por razón de intereses comunes y fue así como Pablo se enamoró de Rita. Charlatán, insolente y violento se dio cuenta de que la fortaleza era poco menos que inexpugnable y se propuso alcanzarla. A su padre le decía que la haría suya cueste lo que cueste, aunque se le opusieran todos los santos del cielo; que si tenía que recurrir a la fuerza lo haría y que si ella se le oponía la asesinaría a ella y sus padres, lo que por lo demás era muy capaz de hacer dados los tiempos que se vivían tan de acuerdo con el pretendiente. Basta recordar el famoso Corso Donati que con tal de poder entregar a su “virgen hermana” Piccarda a aquel salteador de caminos que fue Roselino Delatosa no tuvo empacho en asaltar el convento de Santa Clara y arrancarla de allí a la fuerza “fuera del dulce claustro” no obstante que la pobrecita muriera poco después de pura pena.¹

1. DANTE, Par. Cap. III, 34-107.

Cuando Rita se dio cuenta de ésto no volvió a dejarse ver en la tarde ni siquiera para atender los oficios de la casa pero aquel infeliz se las arregló para poder entrar a ella en las horas menos pensadas y con los más extravagantes pretextos sin que las duras respuestas y la repulsa de la niña llegaran siquiera a molestarle.

Para Rita no sólo le era repugnante sino que le consideraba como un pseudo hereje y así le decía a su madre: ¿pero qué clase de cristiano es este hombre?

—Exageraciones, respondía Amada; no es sino un fanfarrón que se las da, para hacer creer que es mucha cosa.

A Rita con todo, le producía tanta repugnancia como la que puede causar el contacto con el reptil. Sin embargo en estos tiempos eran los padres los que resolvían el matrimonio de sus hijas que sólo podían encerrarse en su casa a tejer o labrar el lino y nadie las veía sino en las horas de la comida o a través de las espesas cortinas de una pequeña ventana en sus semi-oscuras habitaciones. Los padres unían lo útil con lo deleitable por lo que se servían muchas veces de las relaciones puramente comerciales para decidir del porvenir de sus hijos y no podemos

olvidar que Tonio y el padre de Pablo tenían negocios comunes, y Rita habría de ser uno de tantos ejemplos de las bárbaras costumbres de la edad media; de suerte que cuando Nandone fue a solicitar la mano de Rita para su hijo, Tonio dio el sí en nombre de la niña. Amada, por su parte ya se había dado cuenta de todo, de suerte que cuando su esposo le manifestó los deseos de Pablo no cabía en sí de alegría. Amada era muy piadosa, deseó inclusive hacerse monja. . . ¿pero qué era el mundo sin amor? Recordaba su mocedad cuando el amor vino a tocar a su puerta convirtiéndolo todo con su varita de oro en color de rosas brindándole una viveza, una serenidad y una alegría que ella no olvidaba jamás. Y a Rita, —pensaba ella— le sucedería lo mismo y desde el fondo de su corazón bendijo a la Providencia que había llevado las cosas a pedir de boca.

El amor cristiano no se tenía en cuenta. Los intereses mundanos habían obcecado y endurecido hasta ese punto, inclusive a estos buenos y rectos cristianos.

Amada fue la encargada de comunicar a la hija la decisión tomada y lo hizo con toda delicadeza de una madre que se propone hacer tragar a su dilecta criatura un trago

bien amargo. Al oír aquello Rita tuvo un vértigo y por muchos días estaba como fuera de sí. Era un sacrilegio para ella dividir el corazón para darlo a Dios y a un hombre. . . ¡y a ese hombre! Si la fe no la hubiese sostenido se habría arrojado desde el puente a las aguas del Corno o tal vez le habría bastado un poco de "agua de Perusa"¹ para terminar de una vez.

Antonio estaba impresionado. Amada, en cambio, le decía: "Esto le pasará. Ya verás que le pasará. Es natural un poco de emoción. . . No sería tal vez éste su ideal, pero se hará a su nueva vida, ya verás". Y a todas horas se le veía cerca de su hija repitiéndole que "quien obedece a sus padres obedece a Dios". Que no se le estaba pidiendo un sacrificio sino simplemente aquello que todas las niñas hacían, que no se podía vivir de ideales. . . que lo único que se pretendía era darle un apoyo y una defensa en este mísero mundo. . . que ese matrimonio era una verdadera gracia de Dios y una fortuna para ella. . . que si era para ella un sacrificio el matrimonio con aquel joven tan simpático

1. Veneno activísimo, probablemente a base de estricnina, que mata indefectiblemente en pocos minutos.

y hasta acomodado, que lo aceptara por amor a sus padres que lo único que deseaban en este mundo era poder cerrar sus ojos dejándola a ella bien acomodada y feliz.

Nada valió. Ni las lágrimas, ni las oraciones, ni las súplicas. El cielo parecía ciego, sordo y mudo ante su dolor mientras la tristeza del padre y de la madre frente a su renuncia la impresionaron tanto que al fin inclinó la cabeza "ante la voluntad de Dios" como le decía su madre y aun el mismo párroco que les hacía coro; e inclinó la frente como la víctima voluntaria ante el verdugo.

Desde ese momento no se la volvió a ver sonreír y el día de su matrimonio fue el día más amargo de su vida. Su única esperanza estaba puesta en Dios y se sacrificaba por su santa voluntad.

Animo, hijita, le dijo el párroco. Realmente quien obedece a sus padres obedece a Dios. El Señor algo deseará, nosotros no conocemos sus designios y no nos queda sino hacer su voluntad.

La ceremonia nupcial daba la impresión de ser más bien un funeral que unas alegres bodas. Estaba dando sepultura a sus más nobles aspiraciones y a duras penas podía

contener las lágrimas por consideración a su marido y a los parientes que la rodeaban.

El banquete de bodas fue muy alegre por parte de todos: se sirvieron espléndidas viandas y los más generosos vinos hasta que amigos, parientes e invitados la condujeron a su nueva casa. Hasta allí se había portado como un autómata; nada había probado de los ricos platos que se le sirvieron. Mas al despedirse de sus padres y ver que iba a quedar sola en compañía de Pablo en aquella casa en la que por lo demás entraba como una reina, no sé qué pensamiento le apretó el corazón y no pudo menos de deshacerse en lágrimas en medio de la común alegría. Pero se creyó que eran lágrimas de toda nueva esposa al momento de despedirse de la casa paterna, lágrimas que enjugarían muy pronto las caricias del marido y mientras Pablo estaba todavía adentro con algunos amigos tomándose las últimas copas, Rita cayó de rodillas al pie del crucifijo que sobre el lecho nupcial tenía y le contó toda su pena. . . todo su martirio, recomendando a este Mártir Divino, que allí abría los brazos, su debilidad y su amargura.

Las mujeres que estaban al tanto de su secreto no la vieron por varios días; le parecía

que era una leprosa y cuando volvió a ver a su madre se desahogó con ella.

—¡Animo, hija mía, cumple con valor la ley de Dios!

Desde ese día pareció tranquilizarse y aún se manifestaba contenta de las atenciones de su marido y de su suegro quienes no regresaban nunca de Casia sin traerle algún regalo.

Desde el primer momento se empeñó en darle a aquella casa, por tanto tiempo desprovista de las delicadezas de una mujer, el ambiente de un verdadero hogar. Había mucho que limpiar, acomodar, arreglar, y poner en uso y a pocos días todo brillaba: los utensilios de cocina, los muebles, el pavimento y las ropas limpiísimas olían a romero y a retama. En la misma mesa del comedor no faltaba siquiera el detalle de la feminidad, un jarro con flores que daba a aquella estancia una nota de intimidad tranquila y serena.

El suegro y el marido no cabían de gusto.

El mismo Pablo la encumbraba hasta las estrellas; ella era para él una victoria, un ídolo, un tesoro que había de conservar a toda costa; una muñeca, un juguete maravilloso y enorgullecedor.

La joven esposa no podía respirar, pensar y existir sino para él. En ocasiones se mostraba celoso de su mismo padre y hasta de Dios, y si se hubiese atrevido, le habría echado en cara hasta su amor por Dios, el abandono en sus divinas manos, su enérgica y profunda piedad.

Impetuoso y violento como que había crecido sin la influencia de su madre y entre los cuidados de su padre que no llegó jamás a contrariarlo en nada, tenía un concepto erróneo de la vida ciertamente, pero no se podría decir que él era ni del todo ni el único responsable. Y para Rita, no pasaban inadvertidas aquellas nubes de tempestad que oscurecían su hogar; ella trataba de disiparlas sin que por ello dejara de presentir que la tempestad habría de desencadenarse más o menos pronto y era entonces cuando acudía a Dios con más confianza, como a su único consuelo y al sostén de su debilidad.

Pablo no volvió a faltar a misa dominical y cuando salía de la iglesia llevando del brazo a su joven esposa un murmullo lo acompañaba salido de las gentes que los veían pasar, murmullo que no era otra cosa que la admiración que se siente al ver a un matrimonio joven, atrayente y bien vestido. Ella por su

parte bajaba modestamente los ojos, inaccesible a las frases de admiración que oía a su paso y hasta satisfecha de ver que su marido se sentía orgulloso de ella. Personalmente se portaba con una simplicidad absoluta; el único objeto de su amor era Dios y los ángeles la guardaban en la más profunda paz interior. Pero en medio de la paz de que disfrutaba no le faltaban horas de amargura ante la impetuosidad iracunda de Pablo hiriéndola profundamente con sus blasfemias que si al principio habíase moderado un tanto volvían a aparecer con el correr de los días y era su Dios a quien se ofendía. . . lo otro no importaba. Este martirio sin embargo como que purificaba más su alma pues no dejaba de darse cuenta de que el amor de Pablo por ella era más sensible que otra cosa y que lo único que a él le importaba era la victoria que había alcanzado. ¿Hasta cuándo habría de durar el amor que le manifestaba? Sólo Dios lo sabía. Cuatro meses después murió Nandone de un ataque al corazón y Pablo frente ya a los negocios de su padre se manifestó lo que era en realidad: un temperamento nervioso, violento e irascible.

Largas horas de soledad pasaba Rita

en su casa, parte por la muerte del suegro, parte también porque las ocupaciones de Pablo lo mantenían frecuentemente fuera de casa, pero ella pasaba su tiempo ora ocupada en sus trabajos domésticos, ora en la contemplación intelectual a la cual tanto se había habituado allá en los años de su infancia cuando se iba al monte con su pequeño rebaño y era en esos momentos cuando daba pábulo a las elaciones de su fe. Al regresar Pablo a la casa la distraía con las manifestaciones de su afecto, o con las noticias que le traía de afuera y en ocasiones trataba de inmiscuirla en su vida exterior no siempre muy recta. Eran en verdad un sólo espíritu unidas como estaban sus vidas por un lazo indisoluble, apareciendo él como la materia y ella como el espíritu que animaba.

Como en otros tiempos Antonio y Amada, al volver del trabajo, se dirigían a la casa de Pablo con el fin de pasar un rato en compañía de su adorada hija. Ellos la encontraban cada día más hermosa al tiempo que crecía en dignidad. Para ella su propia voluntad era la voluntad de Pablo que influía también en su vestido, así que vestía siempre con los gustos de su marido. A veces se arreglaba

muy sencillamente: un pequeño chal echado sobre los hombros, al arreglo del pelo, un adorno cualquiera hacía resaltar su belleza dentro de su grande sencillez. Cuando sus padres iban a visitarla las horas se les escapaban sin darse cuenta; tenían tantas cosas que decirse que al despedirse creían que no habían hablado nada. Al caer de la tarde y cuando se daba el toque del Ave María, era el momento de llegar Pablo a la casa y era igualmente la de que sus padres se retirasen a su vez a la suya.

A pesar de todo, Pablo empezó a concebir celos hasta de los padres de Rita. ¿Qué venían a hacer tanto a su casa esos viejos? El quería estar solo, absolutamente solo con Rita y tantas venidas de sus padres lo que hacían era separarla cada vez más de él, dividiendo su corazón entre él y sus afectos de otros días. Por otra parte; ¿qué es lo que conversan todas las tardes? Lo que a Pablo más le preocupaba era que comentasen entre ellos la conducta que él observaba afuera y que los padres de Rita fuesen a apagar el afecto que ella sentía por su marido. Al principio no dejó conocer ni transparentar semejantes ideas, pero después se atrevió a dejar escapar algunas frases, se mostró menos afectuoso con sus

suegros, en ocasiones apenas les dirigía el saludo al hallarlos en su casa y terminó por declarar a Rita que no toleraría más el que sus padres viniesen diariamente a visitarla. ¿Qué tenían que conversar tanto todos los días? Y la encargó a ella misma que se las arreglase para que les hiciese saber que no lo deseaba más, haciéndole visitas a su hija todos los días. Rita lloró en silencio ante semejante absurdo, mas obediente como era a su marido e incapaz de ir a causar semejante amargura a sus padres, a los que amaba con locura, empezó a inventar pretextos para que no la visitaran no obstante que ellos seguían siendo el único afecto de su alma, fuera de Dios.

En ocasiones se escondía y daba la impresión de que había tenido que salir fuera, pero los padres se dieron cuenta de todo y empezaron a disminuir las visitas que hacían a su hija hasta el punto de que ya la veían raramente.

Ni se crea que Pablo se tranquilizó con ésto. Quiso que se dejara de tantos subterfugios y le ordenó que les dijera claramente, que lo que se pretendía era que no volvieran más a pisar su casa. Esto fue para Antonio y Amada el más cruel de los dolores. Por la tarde se les veía al regresar del campo, llevando los ins-

trumentos de labranza, pasar de largo frente a la casa de su hija, cuyas puertas y ventanas parecían cerradas. Solo al pasar alcanzaban a ver por entre las cortinas una sombra que los saludaba desde lejos. . . El paso de los dos viejos era cada vez más pesado, y más encorvados y como dominados por la pena.

A pesar de todo, este saludo no dejaba de ser un gran consuelo. A los padres se les hacía un nudo en la garganta el verla así, de lejos, sin poderse hablar y Rita no podía menos al verlos pasar que sentarse en un rincón de su casa y deshacerse en lágrimas. Pablo con todo prohibió también el saludo, mandando a Rita que no se asomase a la ventana para saludar a sus padres que regresaban del trabajo y ello no era sino el comienzo de más grandes dolores.

A poco empezó a llegar a la casa ya muy entrada la noche y casi siempre medio borracho: blasfemaba que era un verdadero horror. . . por todo gritaba y hacía escándalo, llegando en alguna ocasión a dejarse llevar de un exceso de furia empezó a gritar, a blasfemar, a romper todo lo que encontraba. Parecía en realidad, poseso del demonio y ésto porque esa estúpida ni siquiera había sido capaz de darle un hijo. Esta era su mayor pena

como era igualmente el martirio secreto de Rita y de sus padres.

Una noche llegó completamente borracho; de un puntapié abrió la puerta y al encontrar a Rita que se hallaba en oración la arrojó al suelo de un bofetón que le dio en la cara. La pobrecita se levantó con el rostro empapado en sangre y en silencio empezó a arreglarle la comida pero el infeliz la arrojó al suelo y las escudillas las tiró contra el muro. Lo único que gritaba era vino. . . más vino. . . Ella trató de calmarlo y hacerlo entrar en razón pero de lo único que le sirvieron las palabras fue el enfurecerlo más dándole de bofetones. A poco rato se quedaba dormido con el rostro apoyado en la mesa y roncaba como un animal. Rita al verlo así dormido se lavó el rostro y se arrodilló al pie del Crucifijo donde pasó la noche en oración y al compás de aquella música diabólica. La oración le infundió fuerzas para mostrarse al día siguiente a su marido como siempre, llena de ternura y sin dejar escapar una sola palabra de reproche. Pero las escenas de esta clase se repetían con relativa frecuencia y por más que ella trató de que nadie se diese cuenta de ello, sus ojos hinchados de llorar y su rostro amoratado a bofetones denunciaron a los vecinos lo que allí

pasaba y todo llegó también a oídos de sus padres. La consternación de estos se puede más imaginar que describir. Ellos eran los responsables de todo, ellos le impidieron seguir su vocación religiosa como ella lo deseaba, ellos se la habían arrebatado a Dios para entregarla a un hombre y ya estaban cosechando el fruto de su egoísmo! Antonio quiso remediar el mal ya hecho y así le habló a Pablo. Enfurecido éste, le gritó que en su casa mandaba él, que su esposa era su esposa, que nadie tenía que meterse en su vida y que si estimaba en algo la suya propia era mejor que no se dejase ver mucho por los alrededores de su casa. . . El pobre viejo se retiró con una pena más. La de Rita era superior: la ofensa a Dios.

—Pablo querido haz de mí lo que quieras, golpéame, pisotéame, pero por caridad, no blasfemes, no ofendas más a Nuestro Señor... Y al Crucifijo le decía: "Señor, yo lo acepto todo como venido de tus manos, pero por tu amor infinito haz que Pablo no te ofenda a ti".

La oración le infundía cada vez más fuerzas para soportar a su marido. Nunca se quejaba; con las manos cruzadas sobre el pecho aceptaba de la mano de Dios el calvario a donde iba subiendo.

Lo que Pablo quería era que se rebelase, que se defendiese, que reaccionase en suma en alguna forma, pero al ver cómo ella seguía siendo siempre mansa y sometida no se atrevía a seguir golpeándola, pero entonces abandonaba la casa dando un portazo y no regresaba sino a media noche.

Cuando se hallaba en su juicio, la trataba mejor, por lo menos no le gritaba ni la golpeaba, sin embargo se hacía insufrible exigiendo ya una cosa, ya otra y ella no alcanzaba más que cumplir sus órdenes preparando el vestido, arreglando la mesa y teniendo siempre la comida lista a la hora que llegase. Le adivinaba sus pensamientos y más que la esposa parecía la esclava de aquel hombre brutal. No perdía la esperanza de que su marido se corrigiera, pero ¿cuándo? No lo sabía, mas la confianza en Dios era igualmente grande, así como era grande su fidelidad a él, lo mismo en la buena, que en la mala fortuna.

No temía a nada ni a nadie, segura como estaba de que todo se realizaba de acuerdo con la voluntad de Dios, voluntad providente, amorosa, de un Padre infinitamente bueno. Cuando Pablo se dormía, Rita pasaba en oración la mayor parte de la noche y cuando la fatiga la obligaba a descansar un poco, se

dormía confiada en la mirada de Dios segura de que no le habría de acaecer ningún mal irremediable.

Los padres y los vecinos se admiraban de verla con ese valor sola, noche y día en compañía de aquel hombre bestial, pero Rita sin mirar el rostro encolerizado de su marido, veía en su lugar el rostro del Padre Celestial que la miraba lleno de amor y que le enviaba aquellas penas y dolores solamente para su santificación.

Sus padres le propusieron que se viniera con ellos, ella en cambio, lo rehusó diciendo que la promesa que había hecho en el altar era su cruz. . .

—Dios es Padre, decía, ¿y cuál es el padre que desea la desgracia de su hijo? O ¿es que creen que este Padre es un desnaturalizado?

Así es como se entiende la fidelidad cristiana al matrimonio.

Esposas heroicas las hubo igualmente en aquella edad de hierro. La historia nos cuenta por ejemplo de Marzia de Ubaldini, señora de Cesena, quien estando sitiada en la ciudad le respondía a su padre que la exhortaba a que se entregase, pues ya no había salvación y ella misma iría a perecer, a lo que la gran dama contestaba:

—Cuando tú, padre mío, me entregaste a mi marido y señor, me dijiste que le fuese obediente en todo lo que me mandase; hasta hoy he cumplido mi promesa y la cumpliré mientras viva. El me mandó que no entregase la ciudad sino cuando él me lo hiciese saber. Así pues le obedeceré aunque me cueste la vida”.

Rita por amor de Dios tenía la misma devoción. El párroco, su único confidente, le decía: “¡Paciencia y oración! Santa Mónica convirtió a su marido pagano y maniqueo y a su hijo hereje y disoluto. . . Ella convertirá igualmente a tu marido, pídeselo a Santa Mónica”.

Y Rita oraba sin descanso por la conversión de Pablo, no tanto para no tener que sufrir ese martirio sino para que bajo su techo no hubiese un enemigo de Dios. . .

LA MADRE

¿Cuánto tiempo había pasado? Ni ella misma lo sabía. Paciente y resignada lo esperaba todo de la mano de Dios; sus propias penas no las tenía en cuenta.

Pero una mañana al llegar el alba y mientras despierta oraba y meditaba en la Pasión de Cristo, completamente inmóvil para no importunar a su marido, le pareció que allá muy cerca de su corazón algo vivo le palpitaba. Si no dio un grito no fue por despertar a Pablo, mas porque le faltaron las fuerzas y se deshizo en acciones de gracias al dador de todos los bienes, y al Autor de la vida.

Sí, cerca de su corazón palpitaba imperceptible pero de una manera inconfundible otro corazón y desde ese momento lo consagró con todas sus fuerzas a Dios para que fuese únicamente suyo.

Esa mañana estuvo como estática. Su primer deseo habría sido el correr a la casa de su madre para participarle a ella su felicidad,

mas en esto ni siquiera pensar y así pasó el día únicamente con su Dios al que habló de la manera más tierna que pudo.

Por la tarde esperaba a su marido mientras de su corazón salía esta oración: "Señor, Señor, ayúdame porque me parece que la alegría va a hacer estallar mi corazón. . ."

Pablo, sin embargo, tardaba, y ella sabía perfectamente por qué. Cuando avanzada la noche llegó por fin, la escena habitual estaba ya para estallar pero Pablo se dio cuenta al punto de que su esposa, habitualmente tan servicial y tan abnegada estaba en esta ocasión a la defensiva contra las brutalidades de que solía hacerla víctima. No se defendía a ella, defendía un tesoro que Dios le había dado.

—No es por mí, Pablo, es por tu hijo. . .

Ante aquella inesperada revelación el puño ya alzado para golpearla, se desarmó y se convirtió en un abrazo y esa misma tarde de rodillas, al lado de su esposa, él mismo dio gracias, a Dios.

Esa noche fue Pablo el que no pudo conciliar el sueño. Tal vez un momento se había quedado dormido y en sueños había aumentado su buen humor. ¿Cuánto faltará para que amanezca? Encendió una lámpara de

aceite y vio a su esposa que dormía plácidamente a su lado, con el candor de un niño. Apagó inmediatamente la pequeña llama para no despertarla y siguió con los ojos abiertos extasiado en dulces pensamientos.

Cuando se dio cuenta de que Rita se hallaba despierta le dijo:

—Rita, ¿tus padres lo saben?

—No, Pablo, el primero en gozar de la felicidad que el Señor nos ha concedido debías ser tú. . .

—Está bien, pero hoy voy a hacer un convite y tus padres, deben venir.

—Sí, contestó Rita, hoy es domingo y voy a ir a la primera misa. . .

—Ya tendrás tiempo de ir a misa, primero es necesario hacer los preparativos.

Se levanta, sale a la calle y luego se dirige a la casa de sus suegros y como se trata de algo improvisado, Rita se pone a prepararlo todo.

Esas manos purísimas habituadas a levantarse noche y día al cielo saben también preparar algunos platos los más exquisitos. Eran las comidas más usadas en su tiempo: jamón, ensalada de vinagre, succulentas lasagne, salsa picante, chuletas asadas, pastelitos, ensalada perfumada, frutas, postre y claro un buen vino espumoso.

Antes que los invitados empiecen a llegar comienza ella a arreglar la mesa con los mejores utensilios que no ha estrenado aún; de la alacena saca los platos de porcelana y del baúl un mantel con sus servilletas blanquísimas para que cuando lleguen los huéspedes todo esté en su puesto y no falte nada.

Generosa como es, ha olvidado todo lo que Pablo le ha hecho sufrir pero ahora está contenta, él va a cambiar y llegará a ser finalmente un buen cristiano. . . y ésto es lo único que le importa: trabaja y ora. Cuando Amada llega se admira de que no haya ido todavía a misa, ella tan habituada a madrugar.

Sí, responde Rita, cuando se trata de cumplir el deber las obras de piedad tienen que quedar atrás. . . Voy a la última misa. Y al dar el último toque se viste a toda prisa, y se dirige a la iglesia llegando justamente cuando sale el señor Cura a celebrarla y va a comulgar. Sale la primera y solícita se dirige a su casa pasando directamente a la cocina.

Su alegría es incontenible, le parece que el Señor le está pagando todas sus amarguras. El mismo Pablo está alegre y se muestra gentilísimo con esos pobres viejos que tan mal ha tratado tantas veces. La comida transcurre en la más amplia alegría. Rita ni siquiera se

ha sentado a la mesa y apenas ha probado los platos que ella misma ha preparado. El corazón canta la eterna canción del amor por la nueva vida que aletea en su seno y por la paz que parece ha retornado finalmente al hogar doméstico, pero algo le dice en su interior que esta será la última fiesta. . . Cómo están de envejecidos. . . da lástima mirarlos. Sin embargo, no deja transparentar su filial preocupación.

Durante la comida alguien toca a la puerta.

—Perdón, no quisiera molestarlos, sólo pido una limosna por amor de Dios.

Rita se queda mirando a los comensales y Pablo es el primero en hablar:

—Que entre, es el huésped de Dios, nos traerá fortuna.

Y en ese día el huésped de Dios tímido y atendido por el mismo Pablo era sentado a la mesa de los hijos de Dios.

Desde ese día cambió totalmente. Era más tierno y afectuoso con su esposa; se manifestaba contento cuando sus suegros venían a la casa y les pedía que no abandonasen a su hija y la aconsejasen en lo que debía de hacer y a los que en Casia lo felicitaban los invitaba a tomarse una copa con él.

La expectativa tenía a todos nerviosos; la joven madre en compañía de Amada preparó el ajuarcito para el recién nacido, la cuna, los pañales y Pablo no escatimó gasto alguno, quería que fuese el príncipe de su casa y si nosotros podemos carecer de algo, que él no, aunque tuviese que vender la camisa.

Rara vez se le oye una blasfemia; no se emborracha, a la casa llega temprano y si veía a Rita haciendo muchos trabajos, con las más tiernas palabras la regaña ayudándola en todo lo que más puede.

La alegría de Rita no puede estar desprovista de dolor. El viejo y amado padre cayó enfermo gravemente. . . Rita no podía contener las lágrimas: "Señor, perdóname, pero soy una hija y tengo un corazón; pero que se haga tu voluntad".

Pasó las horas cerca de la cabecera del moribundo y sus coloquios se parecían a los de Mónica y Agustín, olvidados del pasado y no pensando sino en lo que tenían más cerca. Era un adiós, un "hasta luego", no una despedida definitiva.

El viejo quiere hablar, una pena lleva consigo e inclinando la cabeza no puede ocultar sus lágrimas que se desprenden de sus ojos.

—Me remuerde la conciencia haberte negado a Dios para darte a un hombre. . .

—No te preocupes papá; era la voluntad de Dios. . . El lo ha dispuesto todo.

La separación por dolorosa que fuese no podía ser para Rita un acontecimiento puramente humano; no lloró mucho a su padre y sólo pensó en ofrecer en sufragio de su alma más penitencias, más comuniones, más misas.

De un tiempo para acá, gozaba de una paz interior indescriptible, una serenidad profunda y completa; se la guardaba en lo más íntimo de su alma después de haberla saboreado en la mañana al pie del Tabernáculo allá en su humilde iglesia rural.

Poco después de la muerte de Antonio, la madre se enfermó también gravemente pareciendo que no se levantaría ya. Se repuso, sin embargo, aunque se mantenía tan achacosa que no volvió a sentirse bien del todo. Seguía viniendo a su antigua casa y Rita iba a verla, pero una nube se interponía entre ella y la hija adorada; el hecho de haberle impedido hacerse monja para darle posición, era una cosa que causaba a la madre una espina que la atormentaba y luego tener que dejarla en aquellas condiciones. Rita acudía lo más frecuentemente que podía a su lado pero tenía

que luchar para hacer pensar a su madre en otra cosa que no fuese lo del motivo de su preocupación. Nunca mentaba estas cosas y si la madre quería llevar la conversación por ese lado, ella cambiaba el tema, diciéndole que estaba cumpliendo la voluntad de Dios.

Una tarde Rita tuvo un presentimiento:

—Pablo, me parece mi madre muy grave.

—¿Pero qué le has notado? Yo le vi esta mañana y me pareció que estaba como de costumbre.

—Y sin embargo.

—Ve a darle una vueltecita.

Y llena de angustia llegó al lecho de su madre.

—Rita. . . ¿te viniste? . . . Cómo deseaba verte ahora, me voy. . . perdóname. . . sí, perdóname. . . voy a pedir mucho por ti en compañía de tu padre. . . pide por mí cuando haya partido de este mundo. . .

Rita anegada en lágrimas, acercaba el Santo Crucifijo hasta los labios secos de la madre y recitaba las oraciones de los moribundos. Amada iba respondiendo y repetía sin cesar: "Jesús mío, misericordia". Poco después la respiración se hizo más rápida y comenzó a hacerse también más imperceptible hasta que cesó completamente.

Rita le cerró los ojos y besando aquel rostro tan amado, derramó sobre él el tributo de sus lágrimas filiales.

La única pena de la difunta como la de su marido era ésta: Dios nos ha castigado porque le rehusamos nuestra única hija. Piedad, piedad, Señor, repetían ellos cuando aún estaban en este mundo, acepta por lo menos nuestro arrepentimiento y nuestro dolor y vuelve tus ojos de misericordia hacia ella y hacia su hijo.

Y Dios escuchó aquella plegaria. Llegado el tiempo, Rita dio a luz un bello y sano hijo a quien se le impuso el nombre de Santiago. La madre había pasado la noche en crueles dolores; pero al amanecer, el hijo traía a aquella casa la bendición de Dios. Rita miraba a su lado aquella pequeña florecita que había brotado de un árbol de dolores, pero a su vista todas las angustias pasadas habían desaparecido.

Cuando quedó unos momentos sola para que reposase, oyó cerca de su estancia unos pasos muy conocidos, por cierto, y una voz que parecía una caricia, preguntando:

—¿Se puede?

¡Adelante! contesta la joven madre y muestra al punto a Pablo el hijo que Dios les ha dado mientras los dos lloran de alegría. Pen-

saba tal vez en esas largas horas de la noche, en que Pablo entraba, gritaba, mandaba como un déspota... en las veces en que tuvo que recibir de él bofetones y puntapiés en lugar de una caricia, pero no puede hablar, llora... Pablo se sienta a su lado y no sólo ese día sino los siguientes parece que algo lo atormenta: ¿compasión, remordimiento, dolor? El mismo no podría definirlo, lo único de que se da cuenta es de que ese lecho tiene para él un imán desconocido que lo atrae y no se cansa de conversar con Rita. Ella habla de todo: del hijo, de la casa, de los campos, de los negocios, sin preocuparse por su estado presente pues de esos labios no se desprende sino un soplo de amor: en ese corazón no vibra otra cosa que un impulso de caridad sobrenatural por el hombre que la quiso para sí y que luego la había maltratado tanto.

Su primera preocupación fue que el niño fuese bautizado cuanto antes, y al traérselo de nuevo, quería comerse a besos aquel hijo de Dios, y Pablo, por su parte, parecía transfigurado: siempre en casa, siempre alegre, siempre servicial al lado de aquellas dos criaturas que lo eran todo para él. De lo único que se quejaba era de que Rita trabajaba demasiado.

Desde que el niño medio pudo balbucir algunas palabras, su madre le enseñaba a pronunciar el nombre de Jesús y de María; le enseñaba a besar el crucifijo y el día en que pudo pronunciar el Santo nombre, no cabía de gozo.

Su casa se veía inundada de luz inefable y ahora se daba cuenta de por qué el Señor le había mandado aquel sacrificio. . .

Pasados unos meses, Rita se dio cuenta de que volvería a ser madre y preparó la cuna para recibir el nuevo retoño del amor que Dios iba a enviarle; volvió a abrir los armarios olorosos a nardo, oreó las camisitas del primogénito, las fajas y los pañales. Era otro soplo caliente de vida que entraba en su casa. . . y la oración se multiplicó en sus labios. A los 18 meses después del primero daba a luz otro hijo a quien puso el nombre de Pablo María.

HAMBRE DE DIOS

Todas las semanas, el día domingo, se acercaba ella a los santos sacramentos lo que hacía tempranísimo para poder estar de nuevo en su casa lo más pronto posible, pues no quería que Pablo fuese a molestarse por causa de su piedad y de su devoción. Cada comunión le encendía en deseos de acercarse más frecuentemente al divino banquete y si fuese posible todos los días. En este tiempo, la comunión frecuente estaba reservada solamente a los religiosos y a muy pocos más, y la comunión diaria nadie podía hacerla pues ello constituía un privilegio singular. Al reflejo de la lámpara del sagrario, ¡Jesús ha debido esperar mucho tiempo la multitud de fieles que se acercan diariamente al banquete cristiano! La balaustrada de mármoles de las grandes catedrales como las más humildes de las más modestas iglesias parroquiales eran no una mesa tendida para todos sino más bien una barrera que impedía el acercarse más; un muro que divi-

día dos campos en lugar de un banquete de amor.

Delante de Jesús, Rita parecía en éxtasis; y tal vez aquella barrera la hubiera podido franquear arrebatada de amor, si no se hubiera agarrado a la misma balaustrada que le impedía unirse más con su único bien. Para ir a la iglesia gozaba de más libertad pero no quería abusar. En ocasiones madrugaba tanto que hubo veces en las que el templo no había sido abierto todavía, arrodillada entonces al pie de la puerta oraba a su Dios, que prisionero allá dentro, esperaba para regalarla con todas las gracias de que había menester. Antes de partir de su casa para la iglesia, da una vuelta a sus hijos para ver si duermen y luego como un fantasma sale de la casa sin que nadie la sienta. Derrama en el templo su corazón delante de Dios y antes de que el sol haya salido ya está de regreso en su hogar. Cuántas veces el párroco madrugaba más que ella para tenerle abierta la iglesia a esta ovejuela la más madrugadora de su rebaño. Cuando regresa, con nuevas fuerzas sacadas del corazón de Dios, la casa está todavía en profundo silencio. Pablo duerme pesadamente los trasnochos de la hostería y los niños reposan tranquilos en el dulce abandono de la inocencia y

de la edad, reposando con las cabecitas sobre la misma almohada.

Cuando los niños despiertan ella corre a su lado para darles el desayuno, pero ya la casa está limpia y arreglada y en muchas ocasiones ha encendido el horno y cocido el pan. Lo primero que hace al despertar los niños es, haciéndoles juntar las manecitas, ofrecer las obras del día y a veces ellos mismos le ayudan en los oficios domésticos, pero si están haciendo mucha bulla:

— Casi en secreto, les dice, que se despierta papá, que se acostó muy tarde porque tuvo que trabajar mucho y estaba muy cansado.

Luego se va al corral: hay que darle el desayuno a las gallinas, y el marranito gruñe satisfecho porque ya ha comido bastante, el burrito ha recibido igualmente su parte y está listo para las faenas del día. Acompaña a su marido en el desayuno y si la tarde anterior estuvo duro o blasfemó, ahora que se halla más fresco, ella lo corrige dulcemente, le recuerda los mandamientos de Dios, el buen ejemplo que debe dar a sus hijos y hasta los castigos eternos con que Dios amenaza a los pecadores. Pablo no responde. En ocasiones se muestra impaciente y en otras le promete que va a corregirse aunque él sabe que no lo hará, por

ello no deja de darse cuenta de que su santa esposa, tan suave, tan delicada tenía la razón por lo que allá en el fondo de su conciencia sentía el remordimiento. Se despedía de ella lleno de ternura y volvía a sus quehaceres.

En muchas otras cosas tenía igualmente que pensar Rita, como en el rebaño que había que enviar al campo, el huerto, el mercado y la recolección de la mies y en ocasiones, muy pocas, por cierto, ya que lo que tenían les daba muy bien para vivir, hasta en los gastos que había que hacer. Preparaba cada comida, recogía la leña, barría la casa y el patio y así vivía la vida de una madre de familia que vive para Dios y para los suyos.

Cuando por la tarde regresaba el marido, ella corría a su encuentro con sus hijos, le recibía el jumento, lo llevaba al pesebre, y la cena estaba siempre lista al paso que nunca dejaba de tener en el invierno encendido el hogar para que Pablo se calentase o secase al fuego los vestidos muchas veces empapados por la lluvia.

En la mesa conversaban de los acontecimientos del día, y ella le contaba todas las gracias de los niños, sus inocentes travesuras, habiendo procurado de antemano que los alimentos fuesen del gusto de Pablo.

El vino no faltaba en la mesa para que no fuese a buscarlo a otra parte y al acostar a sus hijos hacía que primero dijese de rodillas las oraciones de la noche. Cuando los dejaba ya en su camita, regresaba al lado del esposo y al calor del fuego, conversaban interesándose ella por todo lo que él le contaba, mientras sobre su regazo tenía la ropa para zurcir, o coser o mientras daba vueltas a la rueca. Un rato más y luego todos dormían en la casa.

Si Pablo se iba para la calle ella lo esperaba cosiendo y orando hasta que regresaba y cuántas veces la sorprendió medio dormida con el rosario en la mano. Enojado, entonces, más con él mismo que con la esposa, subía las escaleras del dormitorio silencioso y malhumorado.

Y así, fielmente, con un amor inalterable, años y años.

ENFERMEDAD DE PABLO

Cierto día Pablo regresó de Casia más temprano que de costumbre; de un puntapié abrió la puerta, pasó frente a Rita sin saludarla y fue directamente a tirarse vestido como estaba en la cama. Estaba palidísimo y temblaba como si estuviese convulso. Rita acudió al punto y viéndolo en ese estado empezó a ayudarlo a desvestirse haciéndolo acostar bajo las cobijas. Realmente estaba enfermo, pero él mismo no sabía explicar qué era lo que tenía, por lo que se llamó al punto un médico que de acuerdo con las costumbres de su tiempo, lo primero que hizo fue una sangría que pareció mejorarlo un poco.

Por espacio de varias semanas estuvo como entre la vida y la muerte; una fiebre altísima lo consumía, la pasaba delirando, llamando a su esposa y a sus hijos y hasta se quejaba sin decir qué tenía o qué le dolía. Rita no se mueve de su lado día y noche, atendiéndolo con gran solicitud y suma delicadeza y sin

dar muestra de cansancio o de fatiga. Su única preocupación es que Pablo pueda presentarse al tribunal de Dios sin haberse reconciliado con El por lo que imploraba con toda su alma la salud, convencida de que si escapaba de la muerte se convertiría a Dios. La vida ella misma le parece inútil si su esposo llega a morir en la desgracia del Padre Celestial.

Pablo parecía en verdad, conmovido ante aquella generosidad de su esposa que parecía haber olvidado todas las brutalidades de que había sido objeto por parte de él. Siempre a la cabecera de su cama, sonriente, tranquila y sin dar el más mínimo signo de desdén o resentimiento, Rita seguía la convalecencia de su esposo asidua y vigilante. En esos días Pablo, se juraría a sí mismo, muchas veces no hacerla sufrir más y volver a ser el esposo amable y cariñoso de los primeros días y el sostén de su santa compañera.

Cuando el convaleciente entró en un período de franca recuperación, no permitía que de su lado se separasen sus hijos y se la pasaba jugando con ellos celebrándoles siempre sus gracias y su ingenuidad infantil. Desgraciadamente Rita se daba cuenta de que si Pablo había logrado sobreponerse a la enfermedad, no lo había hecho tanto por lo que a sus

instintos bestiales se refería. A sus hijos los incitaba constantemente a la violencia, les decía que sólo los débiles fracasan en la vida, que no permitieran jamás la más pequeña injuria de nadie, que a quien llegase a pegarles con la mano le respondieran con la puñalada. ¡Que aprendieran de él que siempre había hecho así y que por eso todo el mundo le respetaba! “Lo más hermoso es vencer aunque para ello tengamos que echar mano del engaño”. Esto causaba a Rita un inmenso dolor.

— Pablo por el amor de Dios... acuérdate de que lo que se nos manda es hacer el bien. . .

—¡Qué cuentos! Esto va bien para los frailes y las monjas o para los predicadores. Hay que ser fuertes. . . Hay que hacernos respetar y temer. . . Sólo de esta suerte nos podemos abrir camino en la vida y yo quiero que mis hijos aprendan a defenderse. . . ¡El mundo es de los violentos!

Rara vez corregía a sus hijos y lo hacía cuando las cosas habían llegado ya al extremo y en estas rarísimas ocasiones lo hacía con tal brutalidad y descontrol que lo que parecía era un loco hasta el punto de que Rita tenía que intervenir tratando de quitarle al niño de las manos, recibiendo en no pocas veces ella misma su porción de golpes.

Rita continuaba callando, sufriendo y orando mientras se afanaba por inculcar a sus hijos las máximas del Evangelio. "Hijitos míos: hay que ser buenos, hay que perdonar, no hagamos a otro lo que no queramos que nos hagan a nosotros mismos". Pero ésto era como predicar en el desierto ya que los instintos violentos del padre parece como que revivían en los hijos que se divertían haciendo mal al que podían no excluyendo a los pobres animales: al gato, al perro, a los pajaritos que pelaban vivos y andando siempre con los peores muchachos del pueblo y siempre listos a hacer mal a los más débiles por lo que el padre estaba radiante de gozo.

—¡Cómo se ve que son hijos míos! ¡La herencia no miente!

La pobre Rita sufría lo indecible. Era ya como una extraña en su propia casa a la que se toleraba por misericordia... y un complejo de inferioridad se fue apoderando de ella hasta el punto de que ya no se atrevía a hablar, por más que en ocasiones, aunque tímidamente, trataba de hacer oír su propia voz, y sus palabras eran aquellas máximas eternas como salidas de unos labios eternos, pero en aquella casa y con aquella gente sus palabras no tenían eco alguno.

Insistía entonces más en la oración, segura de que en el cielo sus plegarias sí tenían resonancia; "Señor, por qué no te los llevas antes de que te ofendan. . . Sí, Señor, los prefiero muertos ahora que son inocentes antes que se pierdan eternamente" y su corazón sangraba mientras la convalecencia de su marido iba en aumento.

De pronto Pablo pareció que empezaba a retroceder. La fiebre volvió a aparecer violenta como antes y volvió el médico, volvieron los amigos, volvieron los parientes. . .

"Es una fiebre pútrida" diagnosticó el médico y la enfermedad va a seguir su largo proceso haciendo crisis cada siete días. Cuando la fiebre bajaba un poco, el enfermo abría los ojos, y reconocía aquellos rostros amados cerca de él en medio de la oscuridad de la estancia. Sollozos interrumpidos a veces, conversaciones truncadas del médico, personas amigas que manifestaban cuán poca esperanza queda, le van haciendo comprender cómo el mal lejos de ceder se va agravando, mientras la debilidad creciente no le deja duda a sus presentimientos. Así permaneció 19 días entre la vida y la muerte y sólo las oraciones de Rita pudieron salvarlo.

—No es por mí, Señor, sino para que se convierta y sea un buen cristiano. “Señor, que dijiste: yo no quiero la muerte del pecador sino que se convierta y viva, sálvalo; que se vuelva a Ti; dale vida terrena, preparación a la vida eterna”. Y estas plegarias las sellaba con lágrimas y penitencias y pedía misericordia y perdón para él, para ella, para sus criaturas...

Una tarde se agravó tanto que Rita llamó al confesor, pero Pablo no quiso ni siquiera verlo. . . No, no. Lo que yo quiero es vivir, vivir todavía para mis hijos... A la mañana siguiente, mientras el enfermo dormía Rita llamó a una vecina para que se estuviese a su lado y en vez de buscar un poco de descanso que hartó lo necesitaba, se dirigió a la iglesia a llorar y orar. El Dios de los fuertes habría de darle las fuerzas que necesitaba mientras las vecinas al verla pasar se condolían con ella averiguando por el estado del enfermo sin ignorar cuál era la más grande pena de Rita ya que en una localidad pequeña todo se comenta entre las vecinas y comadres.

— Pobrecita, decían las gentes, y preocuparse tanto por semejante hombre que la trata como la trata. . .

— Sí, pero hay que pensar en que deja dos niños inocentes. . .

— Según dicen como que se ha compuesto un poco. . .

El médico hace todo cuanto puede dados los pocos recursos de que se disponía en aquel tiempo mientras el enfermo se desespera de ver que ha tenido que abandonar sus negocios, de que la pobre esposa ya no aguanta más insomnios y fatigas, de que las economías se van agotando y delira. Al entrar la primavera parece que haya un ligero alivio, la fiebre ha disminuido y los dolores de cabeza y de estómago ya no son tan frecuentes. Poco a poco empieza a mejorar, se levanta a ratitos, y hasta puede dar algunos pasos en la alcoba. Está lleno de alegría, y de optimismo, va a poder trabajar de nuevo, y a ganar dinero, mucho dinero que es lo que importa para la vejez y para sus hijos. Pablo no morirá a pesar del diagnóstico de los médicos, mientras Rita al ver cómo iba mejorando, no cesaba de hablarle de mejorar su vida moral:

— Pablo querido: el Señor que te ha dado de nuevo la salud te pide ser un buen cristiano para que dediques tu vida a El.

— ¿Y es que no he sido siempre un buen cristiano?, respondía. Es verdad que en ocasiones se me escapa alguna blasfemia, pero créeme, Rita, no lo hago por mal, es un vicio

del cual me estoy corrigiendo. Y voy a ser más bueno contigo. . . perdóname. . . Y a los niños los voy a educar mejor. . . no voy a volver a beber vino, sí, no volveré a entrar a la hostería, seguía repitiendo como para convencerse a sí mismo de que debía cambiar de vida.

Y recobró en realidad la salud, pero no era el mismo. Sentíase siempre muy débil y experimentaba como corrientes que le recorrían por toda la espina dorsal.

— Ya no soy el que era. . .

Volvió al trabajo, pero había cambiado. Dios había finalmente ablandado el duro hierro.

PIDAN Y RECIBIRAN

Pablo seguía siendo el primero en las oraciones y penitencias de Rita siempre tan caritativa con todos los demás, y no dejaba de hablarle y de aconsejarlo.

Temeroso de que las gentes notaran en él el cambio debido a la enfermedad, seguía frecuentando la hostería y empinaba el codo más de lo conveniente. “A ti te agrada ir a la iglesia, puedes ir cuantas veces quieras, no te lo prohíbo; pero déjame a mí que vaya un rato a conversar con mis amigos a la hostería, al fin y al cabo no hago nada de malo y has visto que ya no tomo tanto como antes”.

— Sí, pero tú me prometiste que no volverías a pisar el pavimento de la hostería. . .

— ¿No te das cuenta de que casi no voy nunca. . . ?

Y no se podía decir que estaba mintiendo y aún estaba lleno de buenos propósitos; había cenado con sus hijos y en ese instante se en-

tretenía tranquilo con Rita cerca al fuego de la chimenea cuando alguien lo llamó. Estaba resuelto a no salir pero temía las críticas de sus amigos que irían a burlarse de él y contra su voluntad salió de la casa.

Pero la alegría, los amigos, el vino no lograron apagar aquella especie de nostalgia que experimentaba a pesar de todo. Yo mismo no sé qué es lo que me pasa... pero no soy el mismo. . .

Muy avanzada la noche regresó a la casa y allí encontró como siempre a Rita trabajando y orando. Al levantarse para recibirlo se le cayó el rosario que tenía en la mano y Pablo corrió a recogerlo. Se quedó mirándolo, volvió las miradas a la esposa pero no dijo nada.

— ¿Vamos a recogernos?

— Vamos a recogernos.

Mas Pablo no podía conciliar el sueño. Pensaba en su santa compañera, en sus hijos, en su vida y dándose vuelta en el lecho se quedó por fin medio dormido.

A poco sintió que algo se movía. Se quedó inmóvil y vio cómo Rita se levantaba sin hacer ruido y se dirigía al parecer a la cocina. Eran como las dos de la madrugada.

— ¿Qué diablos va a hacer ésta a la cocina a estas horas?

Pablo la siguió sin dejarse notar, mas al llegar a la cocina tampoco la halló. Notó entonces, que de la bodega salía una luz y se puso a mirar por el ojo de la cerradura y fue allí cuando vio lo que no esperaba: vio a su esposa arrodillada en el frío pavimento, vestida apenas con una camisa de dormir y flagelándose las espaldas desnudas. La vio llorando y escuchó sus plegarias: "¡Dios mío, te lo ruego, te lo suplico, conviértelo! No por mí, sino por tu gloria. Señor que dijiste: ¡Pidan y recibirán, yo te suplico esta gracia, yo la quiero, yo la quiero. . . !"

Pablo quedó como estupefacto al ver esas espaldas inmaculadas bañadas en sangre. . . por él, sólo por él. . .

A toda prisa se retiró a su cuarto sin hacer ruido como había venido. . . Cuando mucho rato después la esposa volvió a acostarse para dormir un poco lo encontró levantado y bañado en lágrimas. . . Rita fue a hablar como para excusarse cuando él se lanzó a ella y la estrechó en un abrazo tiernísimo sin permitirle decir una palabra.

— ¡Perdóname, Rita! ¡Perdóname por caridad! Yo me convertiré a Dios y me haré digno de ti. . .

Dulcemente, entonces, amorosamente,

como no lo había hecho nunca, la ayudó a acostarse, él mismo la cubrió con las mantas como se hace con un niño y le pedía que se durmiese. Pero ya no pudieron dormir. Palabras de perdón y de arrepentimiento salían de los labios de los dos esposos y Rita a duras penas pudo contenerse para no estallar de alegría.

Al llegar la mañana, ambos abandonaron el lecho y Pablo se dirigió inmediatamente a Casia donde fue a caer a los pies de un confesor para depositar en él todas sus culpas ni leves ni pocas y recibir luego en su corazón arrepentido, al Dios del amor y del perdón.

Aquella mañana fue para Rita como un sueño, un sueño suave, largamente esperado e invocado, y cuando al caer de la tarde lo vio llegar, las palabras se le anudaron en la garganta.

— ¡Ya estoy en paz con Dios! Ya me encuentro tranquilo. ¡Perdóname Rita, yo te lo pido, perdóname. . .! Y no cabía en sí de alegría, no sabía qué hacer para manifestarla; la besaba, besaba a los niños, hablaba, cantaba. . . Y por la tarde cuando la esposa iba a acostar a sus hijos y se preparaba a hacerles recitar las oraciones de la noche, él quiso rezarlas con ellos, pero con tanta humildad como si se

juzgase un indigno y un intruso. Dios le había dado un abrazo que era el abrazo de la eternidad.

Rompió definitivamente con sus amigos de taberna y fue desde ese mismo momento un modelo de padre y de cristiano. Diariamente acompañaba a su esposa a la iglesia y cuando podía hacerlo de acuerdo con los tiempos, se acercaba con ella al banquete eucarístico.

Era otro hombre.

El gozo de Rita se hacía indescriptible, aquella casa se había convertido en verdadero nido de felicidad. Sí, la felicidad era tanta, que ella se daba cuenta que aquello no duraría mucho, que no podía durar.

LA MUERTE ATROZ

Tanta era la felicidad que Rita elevaba a Dios esta oración: "¡Es demasiado, Señor, yo no merezco tanto. . .!" Y agregaba: "Que no sea para mí Señor, sino para tu gloria". Cada día estaba más cerca de Dios, más alto era su don de oración y cada vez se la veía más retirada del mundo, tanto más que a su lado estaba Pablo, un verdadero convertido que con ella frecuentaba la iglesia, los sacramentos y hacía más obras de caridad. Para su esposa y sus hijos era todo corazón y si el viejo demonio de la cólera lo venía a tentar, buscaba una distracción, visitaba a un amigo bueno y cuando regresaba se hallaba completamente sereno. No más hostería, no más blasfemias, no más vino, no más malos amigos.

Los negocios no podían marchar mejor. Todos los días se iba a Casia y regresaba antes de caer el sol. Rita atravesaba una época de grande tranquilidad pero ello, no obstante, algo le decía allí en el fondo del alma que

se preparara para una gran pena. . . ¿qué podría ser?

Aquella tarde todo estaba listo para la cena. Los niños se acercaban a su madre y le decían:

— Mamita: ¿vamos ya a cenar?

— Sí, mis hijitos, ya casi; no espero sino que venga papá que no demora. Las horas, sin embargo pasan y el papá no regresa.

Al ver que no llegaba se sentó a la mesa con sus hijos y les sirvió la cena; a ella, sin embargo, no le pasaba bocado. Una tristeza profunda la embargaba y sin poderlo evitar las lágrimas se le saltaban a los ojos.

— ¿Qué tienes, mamita, que estás llorando?

— Nada hijitos, ¡qué voy a tener!

— ¿Qué me estará pasando? pensaba.

— Mamita, ¿cuándo viene papá?

Esperó un rato más, y por distraer la angustia que tenía, se fue a acostar a sus hijos a los que como de costumbre, hizo primero recitar las oraciones de la noche y pedir por su padre: “Por los abuelitos: Padre nuestro, que estás en el cielo. . . Por papá: Dios te salve María, llena eres de gracia. . . ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. . .”

— Hasta mañana mamita.

— Hasta mañana, mis palomitas y los besó con tanta ternura que las lágrimas cayeron sobre las mejillas de los dos niños ya casi dormidos. . .

El mayorcito, sin embargo, le dijo: “Mamá, yo ya estoy grande, ¿por qué no dejas que te acompañe hasta que venga papá?”

— No hijo mío, duérmete, él ya no demora. Yo lo voy a esperar un ratito. . .

Bajó y atizó el fuego del hogar y no podía contener las lágrimas. Una espada de hielo le atravesaba el corazón.

Volvió a comenzar por la centésima vez. “Padre nuestro, que estás en el cielo... hágase tu voluntad. . .”

En ese instante se le vino a la mente, sin saber por qué, la enemistad que había entre Pablo y no se quienes de Rocaporena por razón de intereses y partido y se acordó de que Pablo, hablándole de ésto le había dicho:

— ¿Qué se estarán pensando esos? ¿Que yo me voy a dejar manejar por ellos?... “Hágase, Señor tu voluntad. . .”

— ¡Rita!. . . ¡Rita!. . . Vente corriendo. . .

Era una comadre que le llamaba de afuera.

La pobrecita se asoma a la puerta, toda temblorosa y pregunta: ¿qué pasa?

— Vente que en el molino está Pablo, parece que ha tenido un accidente.

Al salir a la calle ve como en una pesadilla a otras mujeres, luego un grupo de hombres... una camilla. . . unas luces y los rostros que apenas se distinguen en la penumbra.

— ¡Jesús mío, misericordia! Es lo único que puede exclamar.

Las mujeres callan, y los hombres se van moviendo en medio de la oscuridad, temerosos de caer.

Los niños que habían oído algo se levantaron y envolviéndose en las mantas corren a ver qué sucede. A poco las linternas se detienen frente a la casa de Rita, los hombres se descubren y las mujeres empiezan a sollozar y a rezar. Rita no ha podido darse cabal cuenta de lo que está pasando; de pronto da un grito y se precipita sobre aquel cuerpo inmóvil en media calle cubriéndolo de lágrimas y de besos. . . Lo estrecha contra su corazón, lo llama, le toca el pulso, pero Pablo no responde... Los niños se dan cuenta de la tragedia y lloran al lado de su madre en medio de la conmoción de todos los presentes. ¡Papá! . . . Papacito. . . ¡Pobre papacito! . . .

Humildes mujeres se acercan a Rita y se empeñan a apartarla de aquella escena de

dolor mientras otras se encargan de los niños. Los hombres vuelven a levantar la camilla y entran a la casa con el muerto. ¿Qué había pasado? Oigamos a un párroco de Rocaporena cómo nos describe el terrible hecho:

“Pablo había ido ese día a Casia y ya por la tarde se dirigía a su casa recorriendo el camino de siempre. Su conversión había sido sincera y definitiva, merced a las oraciones de su santa esposa, así que era un ejemplo para todos los habitantes del pueblo y por lo mismo ya no andaba como en otros tiempos armado, así que sus enemigos de otro tiempo aprovecharon esta ocasión para asaltarlo bárbaramente cosiéndolo a cuchilladas”.

¿Odios personales, cuestión de intereses, antiguas ofensas hechas por ellos por Pablo? y quizás todo ésto junto, fue lo que armó el brazo de los asesinos que privaron a un hombre de la vida y a una esposa y a unos hijos de su esposo y padre.

Las gentes una vez que hubieron depositado el cadáver sobre el lecho se retiraron, algunas piadosas vecinas se llevaron a los niños con ellas y así pasó Rita toda la noche sola con el cadáver de su esposo. Al amanecer, ayudada de algunas mujeres arregló el cadáver, lo amortajó y lo colocó en la caja mor-

tuoria. Había sido asesinado con tal furia que su cuerpo estaba convertido en un cedazo. Quizás Pablo trató de defenderse, pero se veía claramente que lo habían atacado a traición, pues no era fácil atacar a un hombre tan valiente y de tanta fuerza y energía como era Pablo para inmolarlo como un cordero.

Más tarde vinieron las autoridades. . . se hicieron interrogatorios. . . nada, sin embargo se hizo, ni se puso en claro. Los que sabían algo no se atrevían a hablar. Por otra parte, el muerto no había sido un santo; quien más, quien menos tenía algo que sentir contra él y sus antiguas ideas revolucionarias eran de todos bien conocidas, así que tampoco la cosa era para preocuparse tanto.

La infeliz viuda a todos había perdonado, a nadie quiso acusar, contra nadie quería tener sospechas, ¿entonces? . . .

Poco tiempo después, no se volvió a hablar del caso y fue esto uno de tantos delitos que el hombre es incapaz de castigar pero que claman venganza delante de Dios.

LA MUJER PRUDENTE

Una vez que cayó sobre Pablo la loza del sepulcro, su viuda se dio cuenta de la responsabilidad que le incumbía, por lo que a los hijos no muy crecidos, concernía. Los vecinos se interrogaban más con los ojos que con las palabras acerca de la situación de Rita. ¿Qué va a hacer esta pobre ahora? Parecía la preocupación de los que algo tenían que ver con ellos. Sin recriminaciones, sin lamentos inútiles, sin proferir una sola palabra amarga contra los autores del crimen, que la dejaron a ella viuda y sin amparo y a sus hijos huérfanos, Rita afrontó la situación del hecho, y empezó a velar por sus propios intereses.

Habituados sus paisanos y sus parientes a ver a Rita siempre como absorta en Dios, sometida siempre, sin voluntad propia, habían terminado por pensar que ella no fuese hecha para las cosas prácticas de acá abajo, sino para las del cielo; pero ahora se hallan desconcertados al ver cómo administra su casa

y sus negocios de una manera tan racional y cómo va educando a sus hijos dentro de un ambiente de tanta honorabilidad. No alcanzan a imaginarse de dónde saca aquella santa mujer tanto espíritu práctico, lleno de sabiduría y buen sentido, un criterio tan recto y tanta confianza en sí misma. Lo que pasa, es que los santos cuando desde el cielo descienden a la tierra traen consigo el sentido de la justicia y de la verdad de que se hallan embebidas sus almas y saben que por ese camino alcanzan más prontamente su fin de lo que lo solemos hacer nosotros engolfados en todas las intrigas del mundo.

Rita no sabe leer ni escribir y sin embargo suma, resta y conoce perfectamente todos los recursos de un buen administrador de bienes y los negocios más complicados y espinosos los resuelve en un momento. A pesar de todo, el tiempo lo dedica casi exclusivamente a la educación de sus hijos a quienes va infiltrando de las máximas del Evangelio sobre todo para que en esos tiempos de sangre y de odios mortales, dejen a un lado toda idea de venganza, poniendo exclusivamente su confianza en Dios, justísimo y soberano Señor que da a todos lo que es suyo a su debido tiempo.

A medida que el tiempo iba pasando, por una palabra de un amigo, por la indiscreción de una vecina, por lo que éste vio, por lo que aquella oyó fue atando como se dice los cabos y así los autores de aquel crimen llegaron a ser perfectamente conocidos de ella, pero a todos había perdonado y dejó a Dios solo, él que impartiera su justicia, ya que los hombres no la conocían y no se preocupó por denunciar a los culpables; a sus hijos les ocultó en cuanto pudo las noticias que había ido adquiriendo y así continuó su vida cargando con su cruz. Pero no pudo evitar que sus hijos llegasen a saberlo todo y así, hijos de su tiempo y de aquel hombre, juraron vengar un día la sangre de su padre. La madre les repetía entonces las máximas del Evangelio pero ellos respondían:

— Ojo por ojo y diente por diente... el que a cuchillo mata a cuchillo muere... era su única respuesta. Más aún: con el fin de mantener encendido el fuego del odio y de la venganza lograron apoderarse de los vestidos ensangrentados de su padre los que mantenían ocultos y diariamente iban a verlos para que su odio no fuese a apagarse. Cuando Rita se dio cuenta de aquello, les quitó aquel triste recuerdo y castigó severamente a sus hijos.

El menor recibió llorando el castigo y al menos con los labios prometió la enmienda, pero Santiago si lloró, no fue por el castigo, sino de rabia y no prometió nada. Este castigo lo cargó inmediatamente a la cuenta de los asesinos, y desde ese día se tornó melancólico. Era el retrato del padre que revivía en aquella criatura voluntariosa y apasionada y para quien la dura disciplina de una educación férreamente cristiana, se convertía en cadenas insoportables que había que romper a toda costa, y bajo su influencia el hermano menor volvió a dar entrada en su corazón al espíritu de odio. El eterno contraste volvió a aparecer en aquella casa en la que a pesar de la santidad de Rita, parecía que nunca iba a reinar la paz cristiana. De una parte ella, una verdadera criatura de excepción que esparcía en torno suyo el perfume de la santidad y cuyas virtudes realmente heroicas brillaban con la luz propia y que para sus hijos seguía siendo lo que fue para su marido; una pobre mujer exaltada por un cristianismo de moda pasada.

— ¿Y es que estará pensando que la sangre de nuestro padre va a quedarse sin quien la venga para convertirnos en el hazmerreír de toda Casia? La santa se da cuenta del juicio que sus hijos se han formado de ella, pero

el concepto particular que ellos puedan tener de su madre, la tiene sin cuidado. . . sin embargo el día en que se dio cuenta de los propósitos homicidas de su hijo mayor, el día en que vio y palpó la ofensa a Dios que de una manera clara, conciente, esperada, cultivada, concertada en su misma casa, ese día sí, le pareció que el mundo se desplomaba a sus pies. Toda su obra entonces le pareció que se iba a pique y volvió a dirigirse a Dios que siempre la había consolado y escuchado:

— Yo te los ofrecí antes de venir ellos a este mundo para que fuesen solamente tuyos; más bien que pecadores los quiero muertos; todavía es tiempo, todavía son inocentes, llévatelos, Señor, pero que no vayan a manchar sus manos con la sangre de sus propios hermanos. . . Dios, por caridad, por tus llagas santísimas, que no se derrame más sangre fraterna, que no hayan más esposas y madres que sufran lo que yo he sufrido. Yo confío en Ti. Era una oración que le salía del corazón pero que a ella, pobre madre, le costaba lágrimas de sangre.

En medio de estas angustias otra espina la atormentaba en lo más profundo de sus entrañas: su pobre Pablo asesinado en la encrucijada de un camino, ¿estaría siquiera prepara-

do para comparecer ante el tribunal de Dios? ¿Se salvaría esa pobre alma? Ella confiaba en Dios primeramente y luego en el último período de la vida de Pablo, pero a pesar de todo, certeza no podía tener y mientras no se tiene certeza, se vive en la duda. "Dios mío, sólo Tú me puedes quitar esta espina tan cruel..."

Estando una mañana en oración oyó allá en el fondo de su alma la voz de Dios que le quitaba toda duda a ese respecto. Era una voz que ella no podía explicar, pero Dios le había hablado y desde ese instante una paz inalterable inundó su alma. Corrió en seguida a buscar a sus hijos y les decía: "El papá se salvó... el papá se salvó. Vamos a darle gracias a Dios".

No había transcurrido mucho tiempo después de la muerte del marido cuando se extendió por Casia y sus alrededores una peste o especie de epidemia que se ensañaba especialmente en los niños, entre los que hacía sus principales víctimas.

Rita no pudo menos de aterrorizarse pensando en sus hijos y por ellos oraba: "Consérvamelos, Dios mío, presérvalos del mal eterno, primeramente, y después del mal de esta epidemia... pero si se han de perder es preferible que se mueran".

Sin embargo se salió con sus hijos al campo para apartarlos del contagio rodeándolos de todos los cuidados que en aquella época se acostumbraba tener; al comenzar empero el año, el primogénito cayó enfermo. Gran debilidad, anemia, una gran excitación nerviosa, fiebre intermitente y muy alta. Rita se había propuesto separar su corazón de todas las criaturas, pero hay algo que no puede evitar: ¡es ante todo madre! Todos los cuidados son inútiles y el niño pierde a ojos vistas: está transparente y las ojeras hacen resaltar más la brillantez de los ojos y lo dilatado de las pupilas. El médico luego de haber ensayado todas las medicinas dio finalmente el diagnóstico: ¡se ha contagiado! Vamos a hacer lo que se pueda.

Rita está como fuera de sí. Al amanecer se va a la iglesia y regresa para no volver a moverse del lado del niño. Los pocos ratos de descanso en la noche, los pasa durmiendo tirada en un colchón a los pies de la cama del enfermo. A cada rato se endereza, se levanta, mira a su hijo y vuelve a su oración: "Señor, que se haga tu voluntad, pero la carne se rebela contra ésto. . ."

Las gentes murmuran: "esa madre criminal ha indigestado a su pobre hijo de rosarios

y prohibiciones y es eso lo que lo está matando. . . Claro: Santiago es un muchacho inteligente, un temperamento sensible y vivaracho y la desesperación es lo que lo tiene en ese estado”.

La pobre madre, ora, suplica, recurre a todos los medios humanos y cuando el médico le dice: “pobre mujer, aquí ya no hay nada que hacer”, Rita ya no piensa sino en su alma y ya todas sus exhortaciones no van dirigidas sino a prepararlo para la muerte, incitándolo al perdón. Pero el niño se manifestaba cada vez más desdeñoso ante las solicitudes de su madre.

— Si Dios te llamara ahora para pedirte cuenta y te preguntara sobre tus deseos de venganza, ¿qué le responderías?

— Mamá no hablemos de ésto. Ellos mataron a mi padre. ¿Por qué no los castigó Dios? Pues entonces lo haré yo mismo. . .

— Sí, pero Jesús nos manda perdonar y perdonó a los que lo crucificaron.

— Yo no pretendo hacer otra cosa que lo que ellos hicieron conmigo.

— ¿Y si Dios te quitase la vida por tu obstinación? ¿No sabes que los vengativos se van al infierno?

El niño no respondió.

Señor, Señor, llévatelo si quieres, pero que sea tuyo. ¿No vas a oírme? Yo confío en ti.

Y Dios no la dejó en la desesperanza como no deja a nadie que confíe en El. Una mañana Rita fue llamada por el enfermo hallándose ella en la otra pieza.

— Qué quieres, hijito, le dice, mientras le acariciaba la frente amorosamente.

— Mamita: yo también quiero hacer la voluntad de Dios y les perdono a los que mataron a papá.

Rita se conmueve y se dice a sí misma: ésto es la muerte. “Gracias Dios mío, pero esta es la muerte de mi hijito”. En realidad el niño murió pocos días después, cerrando los ojos a este mundo, y abriéndolos en aquel reino “cuyos confines son luz y amor”.

A Santiago siguió Pablo, el menor, el predilecto, la única esperanza de su vejez.

¡Con qué angustia escuchaba los lamentos de aquel inocente y veía esas pupilas implorantes que se iban apagando poco a poco! Si con sangre de sus venas pudiera darle la vida. Al principio se queja, se lamenta, pero aquellos lamentos que llenaban la casa de dolor y de angustia se van haciendo cada vez más lentos y más imperceptibles. Otra vez el médico, pero la ciencia no puede nada. Hay que

acudir de nuevo a la oración y a los sacramentos y día y noche Rita oraba al pie de la cama del enfermo, que recibió los últimos sacramentos devotamente, perdonó a los asesinos de su padre y se inclinó ante la voluntad de Dios. Dos días después, Pablo moría también, dejando destrozado el corazón de la madre. Nada hay comparable a la pena de una madre para quien la muerte de sus hijos carece de edad. Rita queda anonadada en su inmenso dolor. Sólo una cosa la consolaba: que éste había también muerto santamente y era eso lo único que importaba ya que la vida es para la eternidad y la eternidad depende de la muerte.

— Señor, exclamaba bañada en lágrimas... perdóname este inmenso dolor, pero soy madre. . . hágase tu voluntad.

La pobre madre no se habituaba a la falta de sus hijos a los que le parecía a cada paso verlos cerca de ella; volvía, entonces, las miradas al cielo, y le parecía que allá, entre los ángeles la esperaban.

Rita derramó sus últimas lágrimas sobre aquellas tumbas tan amadas. "Señor, si me quieres a mí también, estoy pronta". Pero Dios tenía sobre ella muy diversos designios de lo que ella esperaba.

VIUDA Y SOLA

Vestida de riguroso luto continuó viviendo en su casa ahora solitaria. Su única compañía era la imagen de Jesús crucificado que abría sus brazos como para ampararla. Todos los días iba a la iglesia y allá permanecía horas enteras; al fin y al cabo nada tenía que hacer en ese hogar de donde habían desaparecido todos los seres queridos. Al cementerio iba igualmente todos los días y mientras iba arreglando las tumbas amadas con flores frescas, sus plegarias y sus lágrimas eran ininterrumpidas. No volvió a usar ni el más ligero adorno que pudiese dar la impresión de una vanidad aunque fuese aparente y continuamente se examinaba a ver si por allí escondido en un rincón de su alma pudiese quedar una sombra siquiera de vida mundana y que pudiese germinar cuando ella menos lo pensase. Tampoco le importaba ya lo que se pudiese decir de ella. Se vestía sencillamente, con su traje de viuda y el cabello se lo soste-

nía en dos trenzas bien recogidas atrás, mientras se cubría la cabeza con un chal negro de hilo.

Su cuerpo lo mortificaba diariamente con disciplinas y los pocos alimentos que tomaba los rociaba con ajeno y ceniza. . . hacía oración llevando sobre sus espaldas una pesada cruz de madera y postrada en tierra con el rostro cubierto con el polvo, humillándose así y adorando a su divina Majestad. En la pequeña iglesia parroquial pasaba a veces horas y horas, inmóvil, de rodillas y con las manos juntas y no fueron pocas las ocasiones en las que una mano caritativa se posaba sobre su hombro para anunciarle que se iba a cerrar la iglesia, pero ni por ésto, se interrumpía su oración, pues salía al campo, y en un lugar desierto donde había construido una pequeña capilla, seguía orando, hasta que le faltaban las fuerzas y caía al suelo muchas veces vencida por el sueño.

Durante la Cuaresma las penitencias eran más rígidas aún, siendo su único alimento un poco de hierba y en ocasiones no pasaba ni siquiera un trago de agua. Desabrigada en medio del frío invierno, durmiendo sobre el duro pavimento los pocos ratos que robaba a la oración.

Las gentes continuaban murmurando de ella. Amigos y parientes le criticaban su conducta y de mil maneras le hacían entender que no había razón para llevar la vida que estaba llevando; que bien podía llevar una vida honesta sin necesidad de tanta penitencia, que todavía podía abrirse camino en el mundo sin peligro de ofender a Dios. A veces en la calle tuvo que sufrir burlas y desprecios, pero ella todo lo ofrecía a Dios en reparación por las duras palabras que tuvo que escuchar de Pablo durante los años de su vida matrimonial.

Fuera de las penitencias que voluntariamente se había impuesto, el demonio afligía su alma con toda clase de tentaciones: dudas, debilidad física. . . visitas extrañas. ¿Cómo iba ella a resistir este género de vida, siendo como era todavía muy atrayente? Volverme a casar no sería un pecado, pensaba en esas horas, y delante de su fantasía aparecían unos ojos que la miraban lánguidamente. Se acordaba de sus pecados veniales y se le presentaban como faltas enormes que no merecían perdón y su misma vida, conyugal, siempre tan casta, era para ella motivo continuo de tentaciones y tormentos. Acudía, entonces a la oración y multiplicaba sus penitencias hasta el punto de que las tentaciones y la peni-

tencia fueron acabando con sus fuerzas, y la redujeron casi a un esqueleto viviente.

— Y ni se la conoce.

— Tiene que estar enferma de la cabeza, decían otros. Las penas que ha tenido probablemente la desequilibraron.

— Parte por la penitencia y parte por el dolor de la pérdida de sus seres queridos, se ha descontrolado. Otros pensaban en crisis hísticas, en ideas fijas, y no faltaría quien se condoliese de su marido que tuvo que aguantarla tanto tiempo, ese pobre mártir. . .

Una vecina que recibió la visita del médico le pidió que pasase a la casa de Rita, ya que ella le parecía muy mal y el médico entró a su casa, sometiéndola a un examen rigurosísimo. Pero la encontró perfectamente normal, sólo que le aconsejó que se alimentase y durmiese mejor.

INSTANTANEAS

No obstante los dolores, y el acabamiento en que se hallaba, y los cilicios, y penitencias, y falta de sueño y de alimento, Rita, lejos de desmejorarse parecía cada vez más bella con esa palidez de cera, con la delicadeza de sus facciones. . .

No ignora que es hermosa y los comentarios que le llegan todavía de las gentes que la ven pasar en dirección a la iglesia la llenan de confusión y de temor. Para la mayoría de la gente, sin embargo, lo que había hecho por Pablo y por sus hijos, lo mismo que su vida presente, la hacían aparecer como aureolada de martirio y de santidad, sin que para muchos, ésto mismo fuese motivo en ocasiones de críticas, a veces de burlas y hasta de risas que sueltan a su paso y simplemente de manifestaciones de lástima y de conmiseración. Rita hallaba la virtud de su paciencia en sus coloquios divinos todas las mañanas, bajo las rústicas arcadas de su pobre iglesia parro-

quial. El párroco no se cansaba de decirle: "ánimo hija mía, sigue tu camino y que el mundo siga el suyo diciendo y haciendo lo que le venga en gana. . ."

Poco a poco, lo que antes provocaba risa, burla, desprecio, se fue convirtiendo en una verdadera estimación y ella empezó a vivir en un ambiente de recogimiento y de paz. Una duda, con todo, no la dejaba completamente tranquila y venía a turbarla con la oración llenando muchas veces sus ojos de lágrimas: ¿sería esta vida que estaba llevando la voluntad de Dios? ¿Estaría engañada? ¿Dios la querrá para sí? Y las penitencias y la oración se aumentaban para que Dios le diera la respuesta. No volvió siquiera a preparar alimentos para ella; ahora se contentaba con un pedazo de pan o de queso duro y de algunas frutas y a los pobres no volvió a dejar simplemente las sobras sino que compartía con ellos lo que tenía para comer.

En cierta ocasión había colocado sobre la mesa su comida habitual y se iba a sentar para comer cuando un peregrino tocó a la puerta de su casa y cuando abrió se encontró con un joven hermosamente vestido y despidiendo luz de su rostro iluminado que le dijo al punto:

— ¿Podría darme algo de comer?

Rita se quedó sin aliento, un nombre afluía a sus labios, pero no se atrevía a pronunciarlo. Se siente como arrebatada a otro mundo; no entiende nada y sólo su vista no se sacia de mirar aquella aparición. Señor mío y Dios mío cantaba entonces su corazón.

Se vuelve para colocar otra escudilla sobre la mesa pero al dar la vuelta el peregrino ya había desaparecido... Desde ese día no volvió a faltar otra escudilla sobre su mesa y ya de alimentos mucho mejor preparados, no para ella sino por si acaso el huésped divino quisiera retornar.

En aquella otra tarde el alimento estaba listo para su huésped. . . o para el que Dios quisiese enviarle; llovía a cántaros y el frío arreciaba. Los pobres eran recibidos en aquella casa como príncipes aunque por ello se tuviese que quedar sin comer y esa tarde Dios le envió un mísero anciano, todo lleno de lodo y calado hasta los huesos.

Siga, siga señor, decía la viuda.

Le presentó un manto para que se abrigase y lo colocó cerca del fuego para que se calentase. La cena estuvo pronta en pocos momentos, le limpió los zapatos, le arregló los vestidos rotos y acordándose de que todavía

conservaba algunos de su marido fue a traérselos al punto.

— Dios se lo pague, mi buena señora, decía el pobre. Ahora puedo continuar mi camino.

— Pero no, ¿con esta tarde? Quédese un poco más, el frío está tremendo y todavía llueve. Y agachándose para poner otro poco de leña sobre el fuego le volvió la espalda, cuando se enderezó no volvió a verlo. . . Era El que desapareció al punto y a su vista. ¡Jesús!. . . ¡Jesús! Cuando volvió en sí todavía estaba de rodillas.

SEÑOR, ¿QUE QUIERES QUE HAGA?

La vida presente de nuestra santa se podría escribir así: caridad para con todos, visita a los enfermos, darlo todo a los pobres, en quienes ve a Jesucristo.

— ¡Yo voy cantando paz para quien no la tiene y para quien no la busca! En medio de tanto trabajo, de tanto fervor y caridad su alma se hallaba sumergida en una profunda desolación. La oración ya no es para ella un consuelo, su alma está como aridecida, y con terribles visiones que la llenan de terror y de angustia que agitan su espíritu. Al mundo lo ve cada día más separado de Dios; los hombres se destrozan los unos a los otros; la soberbia, la altanería, la avaricia, la sensualidad triunfan en todas las categorías de personas; riñas, asesinatos, miserias, destrucción, profanaciones, sacrilegios, blasfemias. . . y ni siquiera el clero, el trigo elegido del jardín de Dios, parece contagiado del ambiente en que vive e indignos ministros de Dios pasean por

el santuario. . . la Iglesia se halla dividida por el cisma.

— ¿Qué haré, Señor, para que venga a nosotros tu reino? ¡Mi vida no vale nada, pero te la ofrezco como reparación por tantas ofensas! ¡Que sea santificado tu nombre! Que la Iglesia sea realmente lo que debe ser, tu Esposa inmaculada, ya que por ella derramaste tu sangre divina.

Rita se abandona en las manos de Dios sabedora de que el dolor purifica las almas y de que un alma santificada por el dolor es capaz de purificar el mundo y por ello se ofrece toda entera en expiación, pronta a padecer y morir en reparación de las ofensas que se hacen a Dios en el mundo entero.

— ¿Dónde está, Señor mío, el sueño de mi virginal juventud? ¿No me querías para tí en el claustro? Me pongo en tus manos, estoy pronta a todo.

Después de orar mucho y multiplicar sus penitencias, fue a ver a su viejo párroco que nada ignoraba de lo que con esa alma bendita se relacionaba.

— Sí, hija mía. Vete a Casia. Yo también creo que el Señor te quiere entre sus esposas.

A la mañana siguiente, muy temprano y sin decir nada a nadie, tomó la vuelta del monas-

terio de las agustinas de Casia y cuando le pareció que no era una hora inoportuna entró al recibidor e hizo llamar a la madre abadesa.

— ¿Qué desea hija mía?

— ¿Monja? . . . ¿Cuántos años tiene? . . .

— ¿Soltera? . . .

Viuda. . . ¡pero si a nuestro monasterio no entran sino las vírgenes! . . .

Bueno. . . propiamente no. . . No es que lo prohíban nuestran constituciones pero las santas madres que nos han precedido han seguido siempre esa costumbre: aceptar únicamente las jóvenes y no hay ejemplo de que se haya recibido jamás una viuda.

No lo dudo, seguramente que Dios le llama a la vida religiosa, pero a este monasterio es muy difícil, vaya a ver si en otra parte. . .

La amarga palabra del rechazo, endulzada un poco con las expresiones más tiernas y compasivas y con las palabras más delicadas, no cambiaba su naturaleza: se trataba de un rechazo claro y cierto.

— Señor, ¿pero es vuestra voluntad? Y Rita volvió a su casa como embobada. ¿Me habré engañado? Mostradme el camino, Dios mío. Y volvió a la oración, y a la penitencia y no dejó de hablar con su párroco, el único que conocía todos sus secretos.

No, a Rita no le parece en absoluto que se había engañado y Dios seguía haciéndole oír en el fondo de su alma que la quería monja y justamente a donde había ido a llamar. ¿Y si Dios lo quiere quién podrá impedirlo?

Cuando estuvo plenamente cierta de que Dios la llamaba, volvió una vez más a llamar a esa puerta cerrada, que parecía no querer abrirse delante de ella. Al otro lado estaba el Divino Esposo que irresistiblemente la atraía a su lado. “Abreme Señor, la puerta. Yo no quiero otra cosa que ser eternamente tuya...”

La abadesa no la recibió mal, pero. . . Hija mía, ya te lo dije; créeme que me cuesta mucho ésto, pero créeme, es que no se puede. . . No depende de mí siquiera. Es que se crearía un precédente. . . Las costumbres no las inventé yo. . . Eso no está en mis manos.

— Pero madre abadesa: yo estoy segura de que es la voluntad de Dios.

— No te hagas ilusiones, la voluntad de Dios es que cumplamos las constituciones de la orden y las costumbres aprobadas por los superiores. . . Y en el pequeño recibidor, con las manos metidas dentro de las amplias mangas de su hábito, la madre abadesa y su primera asistente tratan de hacer comprender a Rita las razones... Pero la pobrecita que

hasta ese momento había tenido los ojos empañados, no pudo resistir más y rompió a llorar.

— ¿Por qué se aflige usted así de esa manera? Si la voluntad de Dios es esa, cuando se cierra una puerta, otra se abre. Tenga un poco de confianza; pídale al Señor que El la oirá; El es omnipotente. . .

— Gracias madre, dijo la pobrecita, aceptando aquel nuevo golpe que se le daba con un mazo forrado en terciopelo. ¡Oraré!

— Así me gusta. . . Que nuestro Señor la proteja.

Y Rita regresó a su pueblo con su pena más intensificada aún.

Aquella tarde no pudo dormir. No probó bocado, no se tomó siquiera un poco de agua y se entregó a la oración y oró como no había orado nunca. Estaba segura de que Dios la llamaba al convento y de que El sabría cómo la haría entrar y postrada en tierra, con los nombres de Jesús y de María en los labios, con el Rosario todavía en la mano se quedó como adormecida. Vio entonces o le pareció ver que se hallaba entre los espacios infinitos de lo creado y le pareció verse como en un campo de Dios y allí vio tres venerables figuras de hombres. . .

— Sí, los reconozco: son mis protectores: San Juan Bautista, San Agustín y San Nicolás de Tolentino. . . Los he invocado tanto ¿No pueden hacer algo por mí?

“El más venerable de estos tres personajes, que a ella le pareció ser San Agustín, tenía en sus manos un manojo de llaves, mientras San Juan Bautista parecía extático en la oración y San Nicolás de Tolentino aprisionaba una bellísima paloma que soltó luego y emprendió el vuelo. Rita siguió con la vista a la paloma que se dirigía hacia el cielo llevando los clavos de la Pasión de Cristo de un color rojo pero tan lúcidos que brillaban como el sol, mientras la paloma despedía rayos de fuego y aquel fuego vino a hierirla en lo más íntimo del corazón y así toda encendida, sintió como una fuerza que la impulsaba a seguir a los tres santos personajes. ¿Aquel dardo amoroso era lo que la movía a caminar? . . . ¿Hacia dónde la llevaban?”

No se atrevía a creerlo, pero a juzgar por la dirección que habían tomado no le quedaba duda.

— ¿Cómo? ¡Ya me dijo la abadesa que no puedo estar allí!

— Es Dios quien lo quiere, le respondía una voz allá en el fondo del corazón.

Y así siguió a los tres personajes caminando hacia el convento, sin sentir fatiga, ni encontrar obstáculo ni siquiera una sola persona en el camino. En medio de las tinieblas se dirigía a la luz.

LA RELIGIOSA DE SAN AGUSTIN

Una gran mole grisácea circundada de árboles y jardines parecía concertar en sí toda la obscuridad de aquella noche, la que a pesar de lo avanzado no dejaba ver aun por parte alguna los primeros resplandores de la aurora. El silencio rodeaba el convento y la ciudad estaba sumergida todavía en el sueño antes del amanecer. La tierra mojada y las plantas del campo exalaban el aroma característico de un amanecer de invierno. Ya no le cabía duda alguna: estaba frente a la puerta del monasterio al cual había ido inútilmente por última vez, a llamar la mañana anterior. Pero la puerta, cosa extraña, aparecía abierta delante de la humilde postulante. ¿Estaría soñando? Los santos protectores habían desaparecido y si las tinieblas no le dejaban ver claramente en dónde se hallaba en realidad, la lámpara que ardía allí cerca, no le

dejaba duda de que estaba en la capilla del convento. Se fue habituando poco a poco a las tinieblas y reconoció luego el lugar claramente: el altar, el coro de las monjas, las imágenes sagradas. . . Sin haberse repuesto del todo se entregó inmediatamente a la oración, pero lo único que pedía a su Señor era que acudiera en su socorro. . . De pronto el sonido de la campana del monasterio que llamaba a las monjas a la oración de la mañana vino a sacarla de su turbación y vinieron claramente a su oído, primero, ventanas que se abrían, puertas que se abrían y cerraban y a poco sintió una llave que penetraba por la cerradura de la puerta de la capilla y pasos en seguida. La pobrecita contenía la respiración. . . Unos momentos después la comunidad entraba a la capilla, precedida de la madre abadesa en tanto silencio que sólo se escuchaba el roce de las sandalias y el movimiento de los hábitos. La hermana sacristana atravesó el presbiterio, hizo una genuflexión delante del Santísimo Sacramento y al volverse a un lado, se quedó como estupefacta: allí muy cerca de ella, había una aparición; la lámpara se le cayó al suelo y salió corriendo hacia el coro donde se hallaban ya las monjas. Rita sentía el corazón como si fuese a salirse del pecho,

mas a pesar de todo, una tranquilidad inusitada la envolvía por entero.

— ¿Qué hay una mujer en el altar?

— ¿¡Pero es posible!?

— ¿Alguna ánima del Purgatorio?

— ¡No hermana Cenobia! usted todavía está soñando. . . Rita se quedó sin movimiento al ver que nuevas lámparas se van acercando y la primera en darse cuenta de todo es la abadesa.

— Ya entiendo, dice. Es persona muy conocida. Se trata justamente de esta pobre e inoportuna viuda de Rocaporena. ¿Cómo pudo entrar aquí? ¿Qué hace usted aquí? Venga conmigo, vamos afuera. Y Rita se sentía, a pesar de todo, como en su propia casa y delante de la abadesa y en su propia celda le contó lo que le había pasado y la extraña aventura fue saliendo de sus labios sin vacilaciones ni titubeos.

— Pero, ¿es posible?

Se examinaron todas las puertas las cuales se encontraron perfectamente cerradas, se recorrieron los patios y jardines. . .

— No, Madre abadesa, no parece por parte alguna ni escaleras ni lazos que le hayan permitido llegar hasta aquí.

El rezo se retrasó un poco, las religiosas padecieron unos momentos de distracción, por culpa de aquella mujer... que en realidad oraba como un serafín y se hallaba tan tranquila. ¿Será cosa del enemigo malo? La Hermana Angela estaba convencida de que era cosa del diablo. . .

El señor capellán no puede demorar y se le dará cuenta a él de todo mientras algunas de las religiosas proponían que como primera medida se le hiciera a la intrusa un exorcismo, ya que nunca se había oído decir que sean los santos los que vengan a violar la clausura del convento y a pasar por encima de constituciones y tradiciones venerabilísimas como las del monasterio de San Agustín.

Aquella mañana el capellán tuvo que oír las opiniones de todas las monjas y cada una tenía algo que decir al propósito. . .

— ¿Qué opina, usted Hermana Angela? . . .

— Bueno, si han sido realmente los santos los que nos han traído aquí a esta mujer, pues démosle gracias a Dios.

— El árbol se conoce por los frutos, —decía la Hermana Hermenegilda— no se puede negar que esa mujer ora como una santa... — Lo principal es ver cómo anda de humildad y de obediencia.

— Está bien, dijo el capellán. Para mí, lo primero que se ha de hacer es dar cuenta del hecho al señor obispo y atenernos a lo que él diga.

Entre tanto déjenla aquí. . .

El obispo una vez informado del hecho hizo llamar al capellán para hablar directamente con él y se resolvió que se admitiera a Rita como postulante durante seis meses; luego que hiciera el noviciado. Imposible que en un año y medio no se aclarasen las cosas un poco más. . .

Cuando se le comunicó a Rita la decisión del obispo no cabía en sí de alegría, sin que esto quitase para que no fuese una novedad para ella ya que Dios era el único Señor de las voluntades y de las mentes y bien sabía que la voluntad de Dios se haría por encima de todo.

“La viuda” como se la llamaba en el convento se despojó entonces de sus hábitos de viuda y se vistió el de las postulantes.

Al imponerle su nuevo hábito el capellán pronunció la fórmula: “Que el Señor te revista así, del hombre nuevo creado según Dios, en la justicia, la santidad y la verdad”.

— Amén, contestó la postulante y desde el fondo de su corazón agregó: “¡Gracias, Dios mío! ¡Que seas bendecido para siempre!”

Aquella viuda que les cayó del cielo, fue el objeto de todas las conversaciones del convento.

— Si Dios nos la envió, realmente, que El nos la conserve y si el diablo fue el que la envió aquí, a ti, San Miguel, que por experiencia sabes cómo se vence al demonio, confiamos este asunto.

Desde el primer día vivió la Hermana Rita en el convento mostrando a todas cómo se vive en el claustro con alegría. Nunca usó calzado alguno, llevaba un cilicio de hierro en la cintura, dormía sólo cuatro horas y eso en un mísero jergón de paja y sin abandonar un momento la oración.

En la soledad de su pobre celda, humilde y oscura, un Crucifijo abría sus brazos como para estrecharla contra la herida de su costado abierto y a sus pies oraba Rita todas las horas en que la obediencia no la mantenía ocupada en otros menesteres.

Los oficios más humildes de la casa eran para ella lavar la ropa, plancharla, coser, barrer y limpiar el pavimento y los corredores, mantener limpias y listas las lámparas de aceite, arreglar el refectorio; la comida pobre y la oración en la capilla tan frecuente cuanto

podía, y aun trabajaba en el huerto de la comunidad.

Nada de esto ni la humillaba ni la cansaba y ¿qué la iba a cansar o a humillar si en su casa todo lo había hecho? ¿Que el trabajo era en ocasiones muy pesado? Pero en su casa lo fue igualmente ¿Que la comida era ordinaria y parca? Así lo había sido la suya desde que enviudó. Ultimamente ya ni preparaba para ella alimento alguno y si lo hacía era para los pobres. Ella vivía con pan, queso y alguna fruta. Rezo, adoración... ¡eso había sido su única dicha! ¡Por ella habría pasado todo el tiempo en la iglesia a los pies de Jesús! No sabía leer pero su buena voluntad, la gracia de Dios y la paciencia de la hermana encargada de enseñarle hicieron el milagro y pudo así cantar ella también las divinas alabanzas. ¿Que no entendía aquellos latines? Pero le bastaba saber que esa era la oración del Papa, de los Obispos, de la Iglesia, de todos los Santos y esa era la oración que el mismo Dios había inspirado al hombre para que lo alabara. Caminando por aquellos corredores, estancias, celdas, huertos, jardines, Rita parecía siempre endiosada. Su mayor alegría era el silencio, pero durante el recreo tomaba parte en los juegos de las otras monjas como si fuese una

niña y por lo que a los hábitos se refiere eran para ella demasiado ricos, demasiado bellos, ella en verdad no merecía tanto.

Poco tiempo después la abadesa y las monjas tuvieron que reconocer que Dios les había enviado un verdadero tesoro y no se cansaban de dar gracias a Dios por aquel don con que había querido regalar al convento. Así pasó el año de noviciado cada vez más humilde, cada vez más perfecta. Por provocarla la superiora y las otras monjas le reprocharon todo lo que hacía y aun por faltas imaginarias, pero ella permanecía en la humildad, la obediencia, la sumisión a todas. Y no eran estas las únicas pruebas ya que se vio sometida a tentaciones gravísimas contra la pureza, ella siempre tan casta... pero todo lo superó y venció como una heroína con ayunos, penitencias, vigiliass, oraciones... La tradición nos habla de que el mismo demonio se le aparecía para atormentarla y ella le decía:

— Desde que Dios te lo permita haz conmigo lo que quieras. Yo sé que nada podrás hacer que El no quiera. Y alcanzó así la pobreza, la castidad, la humildad, la obediencia, la caridad perfectas.

Nunca respondió a las injurias, padeció violencias, perdonó las injusticias, soportó

dolores, mortificó su carne, con todas las concupiscencias, fue humilde servidora de todos, asidua en la vigilia, en la oración, y un ángel en el ejercicio de la caridad.

¡TUYA PARA SIEMPRE!

Las madres se habían reunido en capítulo. Las notas graves y solemnes del “Veni Creator Spiritus” les habían infundido solemnidad para la decisión que estaban para tomar.

— Hermanas: —dijo la abadesa— se trata de decidir la admisión de la viuda de Rocaporena, Rita Mancini.

— Hermana Agustina, tienes la palabra. . .

Y la hermana interrogada fue breve y clara. Jamás tuvo una novicia más humilde, más obediente, más amante de la pobreza, más solícita en el cumplimiento de todas sus obligaciones, francamente era desde todos los aspectos intachable.

— Pero, agrega otra monja, ¿no le parece a su merced, Reverendísima Madre abadesa, que esta novicia lo que pretende es hacerse singular? En ocasiones nuestro común enemigo tienta en esa forma a las almas. . . La discusión se hizo fraternalmente animada, pero la conclusión fue unánime: se le puede aceptar

definitivamente a la profesión religiosa. El domingo siguiente en medio de todas las luces, las flores, el brillo de los ornamentos, Rita de Rocaporena hizo sus votos: "Madre, prometo a Dios Omnipotente, Señor nuestro, a la bienaventurada Virgen María, nuestra Madre, a nuestro Santo Padre San Agustín y a usted, observar los votos de pobreza, castidad y obediencia. . ."

— Si así lo hicieréis, yo, en el nombre del Señor Dios Omnipotente, te aseguro la bienaventuranza. . ." contestó la abadesa.

Amén. Y Rita inclinó su alma ante Dios en un acto de agradecimiento eterno.

Las monjas cantaban el Te Deum y Dios cantaba en el corazón de Rita un cántico nuevo: ¡Ven, esposa de Cristo y serás coronada!

Las campanas del convento fueron echadas a vuelo mientras Rita daba a todas las monjas el beso de la paz; desde ese momento Dios sería su única herencia.

Un notario legalizó la posesión de todos sus bienes presentes y posibles que pasaron a manos de los pobres y ahora no había lazo alguno que la pudiera retener atada al mundo.

Hermanas, parientes, amigos, se congratulaban con ella, pero ella sólo les pedía que la

encomendasen a Dios para que le fuese siempre fiel, para no ir a ser ingrata a los beneficios recibidos, para que fuese una esposa fiel o por lo menos no muy indigna de tan soberano Esposo.

Ese día hubo banquete en el convento y las mesas fueron adornadas con flores. Por la tarde el predicador trazó el ideal de la vida religiosa e invitó a todos los presentes para reunirse un día en las Bodas Eternas.

Rita no pudo esa noche conciliar el sueño: "Dios mío, decía, ¿por qué me amas tanto? ¿Qué he podido hacer por ti para merecer tantos beneficios? ¡Oh caridad inmensa de mi Dios! ¡Oh amor infinito!. . . ¡Y lágrimas de reconocimiento y de amor bañaban sus mejillas y la pobre almohada de su lecho durante la noche!

VIDA DE FERVOR

Pasados los días de su profesión, Rita continuaba su vida anterior, pero no como anteriormente; si al principio fue siempre tan fervorosa parecía ahora que anduviese más aprisa. ¿Cosas extraordinarias? No, propiamente. No hacía nada que pudiese singularizar, pero de nada se quejaba, de todas hablaba bien y se creía la más indigna de la comunidad. A todas las hermanas de comunidad quería servir y aquellos oficios que las otras hubiesen emprendido con desagrado creyéndose disminuidas en su propia dignidad, eran para ella los preferidos. Nunca se quejaba del vestido, de la comida, de la celda, de los menesteres que se le encargaban y todo era para ella bello, santo, era lo que más había deseado. : . Su única alegría era de poder hacer algo por Jesús. Se dice que su hábito lo mantenía limpiísimo, siempre arreglado y planchado pero no tuvo más que el que se le dio el día de la profesión que lo llevó hasta la

tumba. No podía evitar, sin embargo, que se rompiese de tanto uso, y de ahí que parecía una colcha de remiendos. Siempre compuesta, modesta, alegre, siempre pronta a todo y para todo y con el rostro iluminado por esa luz interior que tomaba de sus frecuentes visitas a Jesús Sacramentado, el único objeto de su amor y por quien lo hacía todo.

— Hermana, le decía a ésta, déjeme que le ayude un poquito a lavar... permítame, le decía a la otra, yo le arreglo esa leña... y así siempre lo mismo en el huerto, que en el establo. Yo sé muy bien de estos oficios, nosotros fuimos siempre pobres campesinos. . .

¿Que una se tiene que levantar más temprano para encender el horno y cocer el pan? Pues allí está Rita. . . La abadesa trataba en ocasiones de contener su celo. “No hermana Rita, le decía la abadesa: ayer tuvo que levantarse muy temprano, deje a la otra”. “No madre, este burrito que soy yo, respondía, está más que habituado a todos estos menesteres. . .”

Cuando venía al huerto de la comunidad andaba pidiendo un azadón para ella también. “¿No habrá por allí, un azadón? Me divierte tanto este trabajo en el campo”, y era de verla cómo iba desyerbando los sembra-

dos, removiendo la tierra con la fuerza y el entusiasmo de un presidiario que quisiese abrirse una salida para huir de la cárcel y que no contase sino con unos pocos momentos.

— ¡Más despacio, Hermana Rita, que así se cansa muy pronto!

— Qué va, debo aprovechar el tiempo que el Señor me concede y quiero no perder ni un instante, porque este tiempo no volverá. Ahora sembramos, y llegará el día en que vayamos al cielo a recoger la cosecha. La tierra es un campo para sembrar y debemos sembrar sin descanso. . .

Obedientísima como era, no había cosa realmente para la cual no hubiese estado pronta con tal de obedecer. Daba la impresión que no sólo había renunciado a su propia voluntad, pero hasta a su misma razón; ya estaba resuelta a hacer lo que se le mandaba por absurdo que pareciese. Era este el juicio que la hermana asistente daba a la madre abadesa.

— Me parece, Reverenda Madre, decía aquella, que su reverencia exagera un poco las virtudes de la Hermana Rita!. . .

Se lo voy a probar.

La Hermana Rita se hallaba en ese instante trabajando en el huerto con entusiasmo:

— Hermana, le dijo la superiora, tome ésto y me lo riega todos los días mañana y tarde, durante un año.

— ¡Cómo no Madre! repuso la santa y recibió de manos de la superiora lo que ella le entregaba. Se trataba de un pequeño instrumento de hierro que servía en el convento para transplantar las hortalizas. Y sin que las otras hermanas pudiesen contener la risa vieron cómo Rita se iba al jardín y sembraba aquello lo que regaba diariamente mañana y tarde, lo mismo si estaba lloviendo que si el sol calentara las piedras, sin que ello dejase de producir mucha risa a las religiosas.

— ¿Pero Hermana Rita, piensa en verdad que eso vaya a crecer?

— No sé, eso fue lo que se me ordenó y yo lo hago sin importarme el resultado. A mí no me toca sino obedecer.

Alguna de las religiosas más lenguaraz decía a sus compañeras: esta pobrecita se debió haber dado un golpe cuando era chica o por lo menos sufrió de meningitis, raro que se hubiese escapado.

Y otra agregaba: para mí y que esa está más loca que una cabra, y no faltaba ni siquiera la caritativa que le decía:

— Pero Hermana Rita, por los clavos de Cristo, ¿pero no se da cuenta que la Madre abadesa le mandó eso por broma? Dígale que le dispense de ese disparate si es que le da escrúpulos no obedecer.

Rita se contentaba con no responder y seguir cumpliendo con lo que le habían mandado; su voluntad no le pertenecía, su entendimiento tampoco y no ponía objeciones a nada, no juzgaba de lo que se le ordenaba ni replicaba cosa alguna.

Pasó el verano, vino la primavera y Rita seguía regando su pequeño instrumento mañana y tarde. Pero una mañana ella misma no podía creer lo que estaba viendo: el aparato aquel parecía retoñaba.

— Jesús mío, cómo eres tan bueno, pero que nadie se dé cuenta de esto. Sin embargo los retoños siguieron creciendo y todo el convento se dio cuenta del prodigio sin excluir a la madre abadesa, y llamando a la comunidad les dijo: “¡Miren el premio de la obediencia!” Y a Rita:

— No crea hermana, que esto ha hecho Dios por usted, ha sido simplemente el instrumento como lo hubieran podido ser una pala o un pico.

— Sí, Madre, tiene razón, yo no soy más que una pobre tonta.

Los retoños siguieron creciendo y se convirtieron en ramas y las ramas eran de vid y esta vid sigue en pie y produce uvas dulcísimas que se conocen en la región con el nombre de “uvas de Santa Rita” y con las cuales regalan cada año las monjas del convento al Papa, a los cardenales de Umbría y a los obispos de Casia. Los devotos piden aun de las hojas de la vid y las conservan secas y con ellas se han verificado en ocasiones hechos realmente extraordinarios.

EN LA LUZ DE DIOS

Pasados unos días después de su profesión, Rita pidió y obtuvo permiso para pasar de cuando en cuando entregada a la soledad; no se conocían todavía los ejercicios espirituales de San Ignacio pero algo había que trataba de asemejárseles. No faltaban religiosos y religiosas que se retiraban a la soledad en épocas determinadas y allí lo pasaban examinando su alma a la luz de la eternidad. Las montañas de Umbría se veían llenas de estos cenobitas. Rita no se retiró a ninguna cueva del monte pero sí hizo de su celda su propio desierto permaneciendo allí en absoluto silencio durante varios días colocando su alma frente al juicio de Dios. La pequeña capilla del monasterio fue testigo de los éxtasis, lágrimas y santas reflexiones de la santa. Cuántos remordimientos por los que llamaba sus pecados y cuántas caricias por parte de Dios. ¡El hecho sólo de poder acercarse diariamente a la Sagrada Comunión era para ella un

motivo más que suficiente para su continua acción de gracias! El último día de su retiro apenas se fue a acercarse a la barandilla del cumplatorio cayó en éxtasis. Su rostro despedía rayos de luz sobrenatural y sus ojos desmesuradamente abiertos no miraban nada de lo de acá abajo. Las monjas que se hallaban a su lado pensando que le había dado algún vértigo la colocaron sobre un escaño y a poco Rita volvía en sí. Tenía a su lado a la abadesa quien le decía:

— No es nada, Hermana Rita. . . sólo que parece que le pasó algo.

— Sí, Madre, perdóneme. Y empezó a llorar y a lamentarse a su Señor que la había dejado ver así delante de todos. Al terminar su retiro volvió a sus oficios comunes pero se vio que había avanzado todavía más en el camino de la perfección: más sometida, más paciente, más servicial. . .

— Quiero ser más dócil a la gracia, más insensible a todas las sensaciones exteriores, seré como un cadáver que le sirve a Dios en todos sus miembros. Quiero ejercitarme en la virtud de la mansedumbre, de la paciencia, sin quejarme nunca por injuria o por ofensas, recibiendo todos los males que me puedan acaecer como venidos de la mano de Dios.

Propongo no desear absolutamente nada ni siquiera bienes espirituales deseando únicamente que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

Propongo ejercitarme en la virtud de la mortificación y de la penitencia privándome de todo aquello que pueda ser de mi gusto y hacer soportar a mi cuerpo todo lo que se me permita y que mi cuerpo pueda aguantar.

Propongo no tener en cuenta nada ni del cielo ni de la tierra para poder vivir de la luz de Dios y no pondré jamás mis ojos en objeto, rostro o persona que puedan dar pábulo a mi curiosidad, mover mis afectos o estimular mis deseos.

Era esto lo que había prometido y esto lo observará con toda fidelidad.

Observando la abadesa el fervor de la nueva religiosa y teniendo en cuenta su experiencia del mundo lo mismo que sus inclinaciones particulares resolvió dedicar a la Hermana Rita los menesteres de caridad que tenía entre manos en el convento y para Rita esto fue como echar un pez en el agua, pues su amor inextinguible por los miembros del cuerpo místico de Cristo sumidos en la desgracia o el dolor encontraba ahora su desahogo comple-

to. Sus predilectos eran los más desheredados y el objeto de sus constantes preocupaciones.

Entraba a todas las casas, a los tugurios, a las chozas de paja de la montaña y enfrentándose con miserias que sólo la caridad es capaz de conocer, que en ocasiones producen horror pero que a pesar de todo es donde más cerca se está en Cristo cuando se hace por El.

La abadesa la había autorizado para que hiciese lo que pudiese por remediar en algo tantas miserias y ella lo hacía sin fijarse en las incomodidades y fatigas que le pudiesen acarrear. De la despensa de las hermanas tomaba lo que podía servirle para remediar las necesidades de sus pobres: pan, vino, leña, ropa vieja, un poco de carne, y con todo esto al hombro se la veía andar llena de alegría desafiando todas las fatigas por amor de Dios.

— Hermana Rita, ¿qué nos trae ahora? y la Hermana Rita iba sacando de su bolsa todo lo imaginable: comestibles de todas clases y en ocasiones tela, hilo, zapatos viejos y si los que le pedían eran niños para ellos había también dulces, pasteles. . . , casi siempre regalo al monasterio por parte de los benefactores.

Al llegar a la casa de un enfermo lo primero que se ponía a hacer era a asear la estancia barriendo, componiendo la cama, lavando

los utensilios domésticos, peinando a los niños y arreglando el cabello a la enferma, cargando agua del pozo vecino y luego poniéndose a preparar la comida, y a alistar las medicinas. En ocasiones llegaba a sacrificios más difíciles todavía, pero el recuerdo del monte santo de Dios la sostenía y la impulsaba a seguir adelante, en busca de aquellos bienes inmortales que un día iría a encontrar en el cielo.

A medio día salía de nuevo llevando sopa caliente para tantos infelices que en los tugurios se mueren de hambre, para tantos niños que en invierno no prueban nada caliente, para tantas madres o futuras madres que en la soledad y el abandono esperaban el nacimiento de su hijo, para ese miserable escombros humano, que en el más completo olvido la esperaba a ella como a un ángel del cielo. ¡Para todos era un consuelo, un remedio, una medicina su presencia y no sólo se preocupaba por las miserias del cuerpo, sino que a lo que ella tendía era a socorrer las miserias morales, y lo hacía hablando claramente con esa franqueza propia del campesino y con todo su celo apostólico!

En ocasiones la caridad la ejercía más comúnmente con aquellas personas que no

habrían de salir a pregonar sus visitas, y su ayuda pues se trataba de familias vergonzantes que se habrían dejado morir de hambre, más bien que pedir o lamentar. Rita entraba a sus casas y llena de delicadeza, de bondad, siempre sonriente, pero sin decir una palabra, iba sacando de su bolsa o de los bolsillos de su hábito lo que había podido recoger y seleccionar para esa pobre gente, y lo iba poniendo sobre la mesa como suplicando que le hiciesen a ella la caridad de recibir aquello que les traía con tanto amor.

Todo esto le acarreaba por parte de sus cohermanas las más duras críticas. “Sí, la caridad estaba bien, ¿pero qué necesidad hay de que ande por todas partes arrastrando la dignidad de nuestro hábito? Es una campesina y nada más que una campesina. . .”

— ¡Pienso, Hermana Hermenegilda, —decía una de éstas, que esta mañana la vi yo, con estos ojos que se van a comer la tierra, que iba para la casa de Magdalena la viuda de allá abajo, llevando dos grandes bultos sobre la cabeza!

— ¡Realmente carece de dignidad y de decoro!

En ocasiones eran sus paisanos de Rocaporena quienes al venir a Casia la encontraban

llevando tales cargamentos que hubiesen debido pensar en una bestia de carga antes de echárselos encima y decían:

— ¡Quién lo hubiera pensado que a este estado habría de llegar la hija única de los Mancini! En otras ocasiones se reían frente a ella y las más pasaban cerca de ella como si no le hubiesen visto en la vida. Rita no ignoraba nada de esto, ¿pero qué le importaba? ¿Jesús no había sido también despreciado y hecho objeto de burlas? ¿No era por ventura, su único deseo el de vivir la verdadera caridad de Cristo y no sus apariencias? ¿No era su intención cuando llegó al convento, el poder vivir una vida más perfecta y no más cómoda con las rentas del monasterio?

— ¡Todo por ti, mi Crucificado, todo por ti! Con tal que tú estés contento ¿qué me importa lo demás?

Al caer de la tarde en la penumbra del corredor, cansada hasta no poder tenerse en pie, caía de rodillas ante la imagen del Crucificado y colocando su cabeza sobre los pies del Señor: “¿Jesús mío, estás contento de mí? le preguntaba. ¡Perdóname mi pereza, mi sensualidad; yo no debería darme cuenta de que hay personas alrededor mío, para no pensar más que en Ti, mi único eterno amor!”

Y de esto se acusaba, se arrepentía, prometía más reparación. . . y así aumentaba en caridad.

Por esta época cayó enferma una señora benefactora del convento y como conocía a Rita no obstante que era la que más criticaba a la santa quiso ahora que fuese ella la que la cuidase. Se daba cuenta la muy ladina que ni entre las otras monjas ni entre sus familiares encontraría quien estuviera a su lado con tanta caridad y tanta abnegación como la Hermana Rita. Pero no se crea que por eso la trataría mejor; todo se lo criticaba y llegó hasta arrojar a la cara de la santa una taza de caldo porque le pareció insípido, y una medicina muy amarga aunque era mandada por el médico.

Y Rita se deshacía en excusas con aquella señora, con sus cohermanas, a todas les pedía perdón y a quien le decía alguna palabra de consuelo por esas humillaciones sólo contestaba: "¡Pero si yo merezco más!" o también: "¡Yo no hago ésto sino por el de arriba y El por amor mío sufrió mucho más!"

Rita, con permiso de la superiora, seguía dando y dando de lo que encontraba en la despensa del convento pero parece que la Providencia se deleitase con ese siempre dar

porque al convento tampoco le faltaba no sólo para atender a las necesidades de la comunidad, sino que sobraba mucho para que Rita pudiese dar cuanto quisiese y todavía había para tantos que venían a tocar a las puertas del convento.

SIEMPRE PRONTA

Las monjas de San Agustín de Casia, se dedicaban a la oración, a la penitencia, al ejercicio de la caridad y tenían además una escuela para niñas que comprendía todas las edades: desde las más pequeñas que apenas podían andar agarradas del hábito de las monjas, hasta las que ya se estaban preparando para el matrimonio y aún aprovechaban aquellos días para coser bajo la dirección de las religiosas su ajuar de matrimonio. A estas ocupaciones se dedicaban principalmente durante el invierno y por eso cuando toda la naturaleza parecía que dormía bajo las nieves invernales, el convento en cambio florecía con tantos rostros risueños, con tanto cantar y gritar de las niñas que venían a reemplazar a los pajaritos de la primavera, inundando aquellos claustros de juventud y alegría.

Rita estuvo al contacto de todas estas almas inocentes cuando, poco después de su entrada al monasterio, fue a reemplazar a la

Hermana Serafina en la portería donde había pasado cuarenta años de su humilde y benéfica existencia. Y Rita, pronta siempre a la obediencia, aceptó la portería.

A la hora convenida ya estaba allí para abrir la puerta y recibir llena de afabilidad y cariño a las educandas; les recibía el canastico en el que llevaban su colación, les arreglaba el vestido, les componía el cabello y en ocasiones a una u otra le quitaba el mandilito y se iba a lavarlo, a plancharlo, arreglarlo, para que al regresar a la casa esta o aquella no fuesen castigadas por la mamá por haberlos ensuciado o roto.

Cuando las alumnas entraban, rodeaban a Rita y ella siempre bondadosa y gentil a una le hacía una pequeña caricia, a la otra le daba un buen consejo, les preguntaba si habían rezado ya sus oraciones y en ocasiones ella misma se ponía a enseñarles cómo debían hacer su labor de costura para que aquellas manos inexpertas no fuesen a dañar la tela. Ella misma les enseñaba a tejer y de tal manera lograba imponerse sobre ellas por su caridad y su cariño que era un gusto verlas a todas reunidas en círculo al rededor de la santa, mientras ella corregía aquí, colocaba mejor las agujas a ésta, enseñaba a desbaratar a la otra

lo tejido o a bordar sin desanimarlas, y de cuando en cuando repetía jaculatorias que las educandas repetían en coro todas animadas por el amor que se desprendía del corazón inflamado de Rita.

En veces por un motivo o por otro y no con poca frecuencia, Rita debía reemplazar en la clase a la maestra, bien con las chiquitas, o bien con las grandes, lo que ella hacía como lo hacía todo: como si su única misión en la tierra fuese esa hora con esas niñas en clase. Allí era donde su alma se expandía más intensamente hablando de Dios, de su caridad, de los beneficios recibidos; les hablaba sobre la humildad, les enseñaba a recitar jaculatorias y sobre todo a enfocar su vida en medio de tantos malos ejemplos que abundaban por fuera en aquella época, de acuerdo con los preceptos de Dios, considerando la vida como una preparación para la eternidad, como un tiempo de prueba en el que debemos mostrar a Dios nuestra fidelidad para con El, en el cumplimiento de su divino beneplácito.

A las pequeñas las preparaba para la Primera Comunión, esforzándose en que el Señor tomase plena posesión de esos corazones inocentes antes que vengan los escándalos. En ocasiones se le criticó acremente, porque

hablaba de Primera Comunión a niñas tan pequeñas, pero ella todo lo soportaba con prudencia, desenvoltura y todo lo sufría en silencio.

Al medio día las religiosas iban al comedor y Rita acudía a la portería donde esperaba a sus pobres que acudían justamente a esa hora. ¡Hermana Rita, para mis hijitos, . . . Hermana Rita, para mi madre. . . Hermana Rita, para mi enfermo. . . Dios se lo pague, Hermana Rita! Que el Señor la corone de gloria. Y cuántas veces pasó a los pobres y sin que nadie se diese cuenta su pobre y frugal comida. Los ángeles eran los únicos testigos de esas obras escondidas de caridad.

Ni se crea que se acudía a ella únicamente por implorar un pan material. Las niñas hablaban de ella a sus madres, las esposas a sus esposos, los sanos a los enfermos y todos acudían a ella en solicitud de un consejo, o para encomendar a sus oraciones un grave problema de familia lo mismo que la salud de un enfermo, como no dejaron de verificarse ora conversiones estrepitosas y curaciones merced a sus oraciones y consejos, o mediante una pequeña imagen que ella había regalado para que fuese colocada a la cabecera del enfermo; el convento empezó a verse asedia-

do a todas horas por multitud de gentes que venían en busca de la “santa”.

A todos recibía, con todos hablaba, por todos oraba sin perder un momento la paciencia y sin dar descanso a sus miembros que le pedían un poco de reposo. Cuando no estaban atendiendo a los que la buscaban, se hallaba a los pies del sagrario o del divino Crucificado implorando nuevas fuerzas para seguir adelante, y recomenzar al día siguiente sus trabajos y fatigas, implorando siempre aquellas gracias que habían sido recomendadas a sus oraciones. Cuando ya no podía sostenerse en pie, tomaba un poco de descanso tendida siempre en el desnudo suelo, o sobre el mísero colchón de su celda casi siempre vestida, para dormir un poco. Pero ni siquiera en estos momentos el demonio la dejaba en paz, venía a hacer ruido a su celda, a importunarla con tentaciones de toda clase, con fantasmas angustiosos hasta el punto de que muchas veces tenía que levantarse de nuevo para entregarse a la oración. Ella que no podía dudar de que todo ésto se debía a sus pecados, imploraba misericordia y perdón por sus propios pecados, por los de la humanidad, por los de sus hermanas en religión, por los de las personas que se han encomendado a

sus oraciones, y casi siempre sumergida en un mar de angustias y en un río de lágrimas.

Al día siguiente vuelve a sus oficios ejerciendo siempre más y más la caridad y la paciencia; soporta las incomprensiones y la frialdad de sus compañeras de claustro siempre sonriendo; se nutre con un poco de pan y de leche, no bebe sino un poco de agua en lugar de vino aun en los días más calurosos del verano, y sus ayunos son todavía más rigurosos los viernes y sábados. . . , no descansa en su trabajo ni siquiera cuando tiene que atender a las visitas de los que la buscan y por lo que de ella depende los trabajos más humildes son siempre los que ella prefiere. Como el demonio continúa atormentándola, cuando puede ella se defiende intensificando sus penitencias, su oración, sus disciplinas y en ocasiones se flagelaba hasta caer al suelo bañada en sangre. Así la encontraron las religiosas del convento privada y en un charco de sangre. La recogían entonces, la colocaban sobre su pobre lecho y ella iba poco a poco volviendo en sí y al darse cuenta de que no era el demonio el que estaba a su lado, sino sus hermanas se reanimaba y volvía a sus trabajos.

Sus conversaciones son irradiadas de una suavidad toda celestial. Las tentaciones las

tendrá sin embargo hasta el fin de su vida. Ella misma podrá escribir más tarde: “me sentía afligidísima y mi espíritu no alcanzaba la paz: afanes, penas, y mi único alimento eran las lágrimas; el tedio, la aridez, las tinieblas de la mente, la fatiga de tener que dormir sobre la tierra dura, un trabajo sin descanso y todo ésto me habían llevado a tal punto que me creía muy cerca de la muerte”. En ocasiones el demonio la atormentaba más: una noche le pareció que se hallaba sumergida en una fosa profunda, mientras salían de las tinieblas figuras aterradoras envueltas en fuego que se lanzan contra ella, armadas de macanas que descargan inmisericordes sobre su pobre cuerpo. Le parece que el pobre lecho sobre el cual se había tendido era de piedras y sus miembros le daban la impresión de estar completamente rotos. . . grita pero nadie la oye y el mismo Dios parece que la ha abandonado. A su lado no se oye sino los silbidos y los gritos del demonio que decía: “maldita”, “maldita” y continúa golpeándola con mayor fuerza y rabia.

Cuando volvió en sí no podía creer que no estuviese destrozada por los golpes, pero los dolores continuaban y su mísero cuerpo estaba lleno de verdugones. Parecía realmente

un *Ecce Homo* que hubiese acabado de salir de la flagelación.

Rita todo lo soporta con una fortaleza que parece inimitable. De sus ojos no se aparta el cuadro de la Pasión del Señor y sigue caminando detrás de las huellas de Jesús en el Getsemaní y en el Calvario, y en la consideración dolorosa del fortísimo Rey de los mártires, halla en su debilidad y cotidiano martirio, alivio y fortaleza.

EL JUBILEO DE 1425

En aquel tiempo el Lacio era muy diverso de como es ahora. Las ciudades más pequeñas, los campos más despoblados, hombres y mujeres vestidos con modas diversas de las actuales, la vida más tranquila y más sobria y hasta el territorio parece que ha cambiado. Los caminos malos, los campos convertidos en rastrojos, rípidos los montes, difíciles los senderos. La carestía, la peste, las inundaciones, las guerras continuas habían diezmado la población tanto de la ciudad como del campo. Más de las tres cuartas partes de nuestro feracísimo Lacio las componían tierras incultas, ríos que corrían sin cauce fijo y se convertían en lagunas y pantanos y Roma aparecía rodeada de desiertos muchos kilómetros a la redonda. Las lagunas pontinas no eran otra cosa que inmensos territorios infectos y mortíferos y por ende solitarias, insalubres, y peligrosas mientras en las cercanías de Ostia, Groseto y Viterbo no se veía otra cosa que

uno que otro rebaño de ovejas pastando aquí o allá. Lo demás soledad y malaria. Podríase recorrer días enteros por toda la campiña romana sin hallar alma viviente. Las casas abandonadas y mostrando todavía las cicatrices del fuego, medio derruídas otras y todo en ruinas. Ni siquiera brazos para cultivar aquellas tierras que no eran otra cosa que jarales. Las condiciones de las pobres gentes que carecían de un pedazo de tierra no podían ser más miserables: el pobre había perdido toda esperanza de poder mejorar su condición y elevar un poco su nivel de vida, hasta el punto de que no le quedaba más ilusión que el vagabundeo y si sus instintos no eran mejores que su suerte, allí estaban los soldados aventureros y aún los salteadores de caminos que le abrían los brazos. Las obras públicas paralizadas habían convertido aquellas regiones en desiertos malsanos circundados de aguas putrefactas estancadas. Este cuadro no muy alagüeño, venía a ser reforzado por compañías de aventureros, que periódicamente caían sobre los poblados, "gente dispuesta a robar más bien que a combatir, sin más pensamiento que el de asesinar y atracar". Las familias nobles y ricas se ocupaban en otro deporte no menos noble: el de hacer la guerra

los unos con los otros, o aliarse todos para hacérsela al Papa. “La misma Roma desde años atrás venía siendo el teatro de motines salvajes y de intranquilidad continua”. Papas, anti-papas, güelfos, gibelinos, emperadores, reyes, aventureros, grandes señores, duques, marqueses, barones. . . Todos los unos contra los otros y ¡el pueblo era el que pagaba el pato!

En medio de todo ésto, como para que a tantos horrores no faltase nada, el hambre diezmaba la población cuando no lo había hecho la peste. . . la malaria, las guerras y todo esto confabulado había suprimido las cuatro quintas partes de la población. A veces no se hallaba ni siquiera quien enterrase los muertos que permanecían en el campo o en las afueras de las poblaciones hasta que venían a darle sepultura, no propiamente cristiana, lobos, aves de rapiña y perros rabiosos por el hambre.

Las inundaciones eran frecuentes en la época del deshielo y la desolación se unía a la desolación: destruidos los pocos caminos que había, impracticables otros y arrasadas las sementeras y sembradíos. El mismo Tíber no canalizado aún era un peligro continuo para Roma. Una naturaleza sin freno dominaba por doquiera y las fieras habitaban en com-

pañía de los hombres hasta el punto de que los eremitas podían vivir en bosques impenetrables a poca distancia de las poblaciones y disputando su guarida a los osos y a los lobos.

Pero si la campiña romana se encontraba de esta manera, Roma no andaba mejor. Pastor escribe en la *Historia de los Papas*: "A Roma le quedaba apenas visos de ciudad: la capital del mundo no era otra cosa que ruinas y su aspecto hacía saltar las lágrimas a los ojos: a dondequiera que la vista se volvía no se hallaba otra cosa que escombros, decadencia y miseria. La guerra, el hambre y las enfermedades habían diezmado y reducido a la miseria a toda la población. Los ladrones robaban día y noche lo mismo en las callejuelas dominadas por las altas torres de las familias nobles, que en aquellas donde no quedaban sino escombros y ruinas. La miseria era tanta que ni siquiera el día de San Pedro y San Pablo se podían encender algunas lámparas en los sepulcros de los apóstoles y los eclesiásticos carecían muchas veces de ropa y de comida. Los Servitas de San Marcelo tuvieron que vender la biblioteca de su convento para poder atender a las necesidades más urgentes de la vida. El barrio habitado por estos infelices no era otra cosa que ruinas y escom-

bro y las ruinas aparecían llenas de hierba y de musgo, mientras la parte baja de la ciudad se había convertido en charcos pestilentes y malsanos. La zona de San Juan de Letrán era tan insalubre que los monjes de la Santa Cruz de Jerusalén allí vecinos, vivían enfermos; el Palatino era donde iban caballos y cabras a pastar y por el Foro andaban las vacas. Con increíble barbarie se había ido contra todo lo que fuese restos de la antigüedad: verdaderas joyas de arte antigua eran empleadas para escaleras y quicios, para levantar muros y hasta para canoas donde se alimentaba a los animales. “Benditas las estatuas que quedaron escondidas entre las ruinas”. Más adelante añade el mismo historiador citando a Gregorovius: “No podía uno imaginarse el estado de postración y de miseria en que había caído Roma. Aquella región que Petrarca contemplaba desde las Termas de Diocleciano, ofrecía el aspecto de un inmenso campo de ruinas, entre las cuales apenas se podían distinguir restos de los edificios antiguos y medievales y sólo los muros de Aureliano, ofrecían a estas reliquias del pasado un ligero tinte de unidad, que daba a la ciudad mundial algo homogéneo. “La ciudad eterna parecía más bien una cueva de ladrones que una

urbe civilizada. . ." "La Basílica de San Juan de Letrán mostraba igualmente las cicatrices de dos grandes incendios, uno en 1308 y otro en 1361", fuera de los daños que le había acarreado el terremoto de 1349. En miserables casuchas, allá entre el campo de Marte y el Capitolio o entre el Tíber y el Trastíber, vivía una población medio salvaje, pero en lo demás de la ciudad, lo que quedaba entre las murallas de Aurelio no se veía alma viviente; 43 iglesias abandonadas, y 11 completamente destruidas, otras sin techo y a punto de venirse al suelo y aun las mismas basílicas principales no daban un aspecto mejor: en las basílicas de San Pedro y San Juan de Letrán, los rebaños comían en los altares y un legado pontificio (no olvidemos que el Papa estaba en Aviñón) puso en remate los mármoles del Coliseo, para comprar zapatos y proveer de ellos al pueblo". Y todo lo demás por este estilo.

La elección de Martín V, puso fin al cisma y las guerras se habían aplacado un poco. El nuevo Papa empezó inmediatamente a arreglar su viaje para Roma y para ello se puso de acuerdo con la Reina Juana de Nápoles y en febrero de 1420, con la ayuda de los florentinos, logró también un acuerdo con el terrible

condotiero Braccio di Montone, uno de los más hábiles hombres de guerra de su tiempo, en cuyas manos estaba media Italia y quien había amenazado al Papa “de que lo obligaría a celebrar la misa por un maravedí”.

Ese mismo año de 1420, el 29 de febrero, entró finalmente Martín V a Roma, entre las aclamaciones y el júbilo universal. Un cronista escribe que por muchos días todos los almacenes aparecían cerrados y nadie trabajó. Era una luz en medio de tanta tempestad. La persona del Papa era tan venerada que como escribe Sebastián Bisticci “desde que aparecía en la plaza de San Pedro la gente lloraba inundada de emoción por la veneración que les producía ver a su Santidad”. El Papa se dedicó inmediatamente a aquello que le parecía más urgente: el Vaticano fue provisto de puertas, ventanas y se empezó a adaptar todas las salas para la curia; fueron removidas las ruinas y las basuras acumuladas en las calles; se tomaron medidas contra los ladrones que infestaban la ciudad y sus desolados alrededores; en las cercanías de Roma se hizo una verdadera limpia de los ladrones y se les destruyeron sus refugios; restauró puentes, casas, iglesias y basílicas y entre ellas principalmente las de San Pedro, San

Pablo y San Juan de Letrán; renovó el culto sagrado y restauró el esplendor de los ornamentos litúrgicos, lo mismo que el canto y las ceremonias sagradas que alcanzaron nueva y espléndida solemnidad; las reliquias de los santos volvieron a su primitivo esplendor y fueron honradas con públicas manifestaciones de fe. Floreció por obra de este Pontífice a quien sus contemporáneos llamaron el “padre de la patria” el trabajo, el arte, la religión, la justicia, y la seguridad pública. Un cronista romano escribe “que en el tiempo de Martín V ya se podía andar de día y de noche por todas partes llevando oro en las manos”.

Con el fin de levantar más el espíritu religioso quiso Martín V que se celebrase el jubileo del Año Santo en 1425 y con el fin de preparar a los romanos a tan fausto acontecimiento fue desde el año anterior traído a Roma uno de los más santos y grandes predicadores de su tiempo, San Bernardino de Sena. Este héroe del desprendimiento del mundo y del sacrificio por los demás, exhortó a aquella población medio bárbara a la penitencia. Su vida santa, su conducta pura e inmaculada y la grande elocuencia de que estaba dotado alcanzaron buenos frutos. “El 21 de julio, narra el secretario de estado, Infessura, se

amontonó en la plaza del Capitolio una inmensa cantidad de objetos de vanidad y superstición y se les prendió fuego”.

“Roma entera acudía a escucharlo y entre sus oyentes se veían cardenales y en ocasiones la misma persona del Pontífice, testimoniándole todos que su habilidad como sus obras eran realmente grandes y maravillosas”.

Así amaneció el Año Jubilar, 1425, que habría de pasar a la historia de Roma y de la Iglesia como: año de paz, de amor, de perdón y de caridad, después de tanto odio y tanta sangre. “Desgraciadamente, escribe Pastor, son pocas las noticias que nos legaron los contemporáneos, acerca de este memorable acontecimiento y de ahí que muchos han creído que los peregrinos fueron pocos relativamente, pero no fue así”. El humanista Poggio, escribe en una de sus cartas lamentando la invasión que sobrevino a Roma por parte de los bárbaros, es decir de los que no eran italianos y que acudían para ganar el jubileo y que habían llenado la ciudad de porquerías y basuras”. La crónica de Viterbo narra igualmente que había acudido a Roma con el fin de ganar la indulgencia del Jubileo un número crecidísimo de ultramontanos y lo mismo nos cuenta Angel de Tummulillis.

LA DIADEMA DEL ESPOSO

Las monjas agustinianas de Casia fueron de las primeras en corresponder a la invitación del Papa. ¡Sí, ellas también habrían de ir a Roma con motivo del Jubileo! Y entre ellas iba Santa Rita. El viaje lo hicieron en el verano.

En Casia predicó la Cuaresma un santo, Santiago de la Manca y estas pláticas cuaresmales, de manera especial cuando estaban a cargo de un gran predicador, se convertían en un acontecimiento relativamente extraordinario que atraía a los pies del predicador, se puede decir, toda la población. Después de las pláticas no era raro el ver cómo se abrazaban enemigos mortales, y a los grandes pecadores, cumpliendo la penitencia pública, que la Iglesia imponía a los penitentes en aquellos tiempos, los que lo hacían con grande edificación de todos y aprovechamiento propio; esposas que perdonaban las infidelidades de sus maridos, familias que se reconciliaban, hijos extraviados que volvían a la casa de sus

padres, ladrones que restituían lo robado; asesinos que se postraban a los pies de los deudos de la víctima, tratando de resarcir el mal hecho, en cuanto estaba de su parte e implorando un tardío pero sincero perdón.

Un cronista cuenta, que el santo llegó inclusive a hacer reconciliar entre sí individuos que estaban enemistados, haciendo que se abrasasen. . . y con tanta contrición que las lágrimas corrían por las mejillas de los circunstantes.

La llegada a Casia del célebre predicador fue, pues, un verdadero acontecimiento; la población acudió en masa a escuchar sus prédicas y los buenos espectáculos que ya se habían visto en otras partes se repitieron aquí también. Allí estaban igualmente las monjas de San Agustín sin faltar una, pues la clausura no era tan completa como lo fue después del Concilio de Trento. La muerte, el juicio, el infierno, el cielo, el pecado, la gracia, el perdón, los deberes del cristiano, la vida de Cristo mantuvieron por un mes entero en suspenso al auditorio. Las dos pláticas, empero, que más impresión causaron a los oyentes fueron la de la Soledad y la de la Pasión de Jesús.

Fra el Jueves Santo por la tarde: el sol se

había casi ocultado entre negros nubarrones que amenazaban una borrasca y el drama tremendo del Calvario, caía sobre el alma de los fieles como aludes de hielo. Paso a paso se iba siguiendo las huellas ensangrentadas de Jesús, que suda sangre en el huerto, que es traicionado con un beso de Judas, que es conducido a los tribunales y en medio de todo el odio y la envidia de los cabecillas del pueblo escogido, que querían a toda costa la muerte del Cordero Inmaculado, de él que “pasó haciendo el bien”. Allí Pilato que cobardemente lo hace flagelar y lo entrega a la muerte... Allí aquella noche en la que el divino Maestro es objeto de escarnios y vestido de púrpura, colocándole en su mano una caña. Pero El se proclamó Rey y entonces hay que coronarlo y un soldado trae una corona de espinos juncos y esas espinas penetran en la piel del Señor y las hacen penetrar más hondamente con golpes que le dan valiéndose de las lanzas, mientras la sangre empieza a correr por la frente, por las mejillas, por la nuca del mártir... y el predicador llora y el auditorio presa de la emoción y del recogimiento está penetrado del drama tremendo. Rita, entre tanto, veía aquellas espinas, *sentía* en lo íntimo de su alma aquellos dolores: ¡Oh Jesús!. . . ¡Oh

Jesús!. . . Pobre Jesús. ¡Quién pudiera ayudarte!. . . Si pudiera aliviar en algo tu dolor. . . No, no, que esas espinas no sean para ti, sino para mí que soy una pecadora. . . Rita tiembla; no puede estarse quieta en su puesto y tiene los ojos inundados de lágrimas y del pecho se le escapan los más profundos suspiros. . . no puede más. . . hace un esfuerzo más y cae al suelo sin sentido.

Afuera los relámpagos iluminan el ambiente con tétricas llamaradas. ¡Parece realmente, que se está en el Calvario a la hora de nona!...

El sordo rumor de la caída de Rita hace volver el rostro a los circunstantes, mientras las hermanas la levantan y tratan de sacarla por en medio del gentío allí reunido. Algunas personas comentan a su paso.

— ¡Pobrecita!. . .

— Es una santa. . .

El auditorio va recuperando la tranquilidad y el predicador continúa su plática.

Rita fue conducida al monasterio; una de las religiosas trata de hacerle tomar un poco de agua con vino, mas los labios están lívidos y trémulos; los dientes apretados y los ojos extrañamente transparentes parecen seguir una escena en lontananza y terrible.

Se le quita el velo, el cingulo y se le hace

que se recueste en su lecho mientras se trata de hacerla entrar en calor colocándole botellas con agua caliente, pero ese cuerpo no reacciona, cada vez más frío, parece un cadáver. La abadesa empieza a preocuparse, el corazón apenas se siente pero palpita regularmente.

Rita vuelve en sí y empieza a llorar. . . Su pena es demasiado grande y sus lágrimas fueron aquella tarde su único alimento y su única bebida. Antes de recogerse la abadesa viene a visitar a la enferma acompañada de otra religiosa.

— Gracias, madre, le dijo Rita al verla; perdone si. . .

— No, estoy bien, me siento bien. Solamente pida al Señor por mí, por los pecadores, para que no claven más espinas en la frente del Señor. . .

— Duerme tranquila, hija mía. Mañana nos veremos y si algo necesita aquí le dejo esta campanilla.

¿Qué pasó aquella noche entre Jesús coronado de espinas y el alma amante y martirizada de Rita? Sólo los ángeles podrían decírnoslo. La abadesa le había dicho que tratase de dormir, pero ¿cómo hacerlo en esta noche en la que Jesús estaba padeciendo tanto?

Sobre la mesa había una pequeña lámpara que alcanzaba a iluminar el Crucifijo pintado sobre el muro de la celda y Rita no se cansa de mirarlo y de repetir sin descanso:

— Jesús, dame a mí también una de esas espinas por los pecadores. . . para ayudarte y reconfortarte en tu agonía, dame una espina... En ese momento el Crucifijo se ilumina... se anima y una espina se desprende de la cabeza del Señor y viene a clavarse en la frente de Rita con una violencia inaudita. . .

De amor y de dolor la suplicante cae al suelo y el piso se salpica de sangre y todavía en éxtasis la hallaron al día siguiente la abadesa y la hermana enfermera.

— ¿Hermana Rita, qué pasó? ¿Quién la hirió?

Y la Hermana Rita contó lo acaecido.

¿Se le creería? En lienzos se le envolvió la cabeza y se llamó al médico. La herida era profunda; parecía que se le hubiese dado un golpe con un hierro y la sangre seguía corriendo en abundancia que ya parecía un milagro que no muriese.

Médicos, cirujanos y peluqueros, fueron consultados sobre aquella herida, cuyo diagnóstico nadie era capaz de hacer y todos a una van sometiendo a la paciente a curacio-

nes cual más dolorosas y repugnantes: sanguijuelas, fumigaciones, medicinas y Rita a todo se somete, pero sigue diciendo que aquella herida no la curarán los médicos de acá abajo. Por otra parte aunque aparecía siempre tranquila y siempre sonriente empezó a padecer fiebres altísimas, palpitaciones y a veces daba la impresión que le faltaba la respiración.

Sentimientos y palabras eran todo celestiales; con frecuencia se quedaba como estática y sólo en el rostro se notaba el fuego que la consumía interiormente, la mirada fija pero viva, alegre, inflamada; la respiración era en esos momentos ansiosa y penosa hasta el punto de que en ocasiones causaba maravilla el que no muriese. Al volver en sí prorrumpía en acentos ternísimos de amor a Dios. Sabía ella muy bien que la salud ya no la alcanzaría y sólo después de muchos experimentos los médicos se declararon impotentes de curar esa "enfermedad de santa".

Permanecía en el lecho, pero no ociosa. Sabía coser, bordar, tejer, remendar y la abadesa no le escaseaba el trabajo y era de ver cómo lo realizaba de bien a pesar de que hacía años no cogía una aguja ni una varilla de tejer. Al terminar la semana entregaba la ropa

arreglada, las medias zurcidas, fuera de las nuevas que había hecho; los hábitos remendados o hechos del todo, encajes y bordados hechos con premura y buen gusto y todo esto lo hacía, claro está, a mano, ya que las máquinas no existían, ni ella habría podido coser en máquina. La superiora y las religiosas le aumentaban el trabajo y Rita parece incansable hasta el punto de que ella misma se admiraba de lo que hacía. Este trabajo no le impedía tampoco su oración, pues si no podía hacerla durante el día como ella acostumbraba, la hacía de noche y así fue mermando poco a poco, hasta lo posible, el tiempo de que disponía para el descanso.

En ocasiones no eran únicamente las costuras de la comunidad las que se le encargaban, sino que las hacía también para las iglesias, y para los pobres, y así le traían trabajos nuevos a cada momento. El sábado por la tarde se recogía el trabajo realizado: todo estaba listo, todo limpio, en orden y hasta bien planchado. Cuando las monjas venían a acompañarla un rato, ella no interrumpía su trabajo y así sucedió que en cierta ocasión, apoyada como estaba sobre una montaña de cojines, pues la respiración le era muy penosa, conversaba con algunas religiosas y otras perso-

nas que habían entrado a verla, mientras iba tejiendo unos calcetines. De pronto, sin interrumpir el trabajo se quedó como estática. Las agujas seguían tejiendo, tejiendo hasta que el pie de la media adquirió proporciones más bien de bolso que de calcetín.

—Pero, Hermana Rita, ¿qué es lo que está haciendo? Mire lo que está tejiendo. . .

La santa vuelve en sí y toda avergonzada empieza a pedir excusas. Ya ven, les dice, no sólo no sé hacer nada, pero ni siquiera tengo educación. Así son estas almas de santos que parecen niños en su humildad; de sí mismos tienen un concepto tan bajo que hasta creerlo es difícil.

ROMA

La primavera había ya pasado y el verano empezaba con sus largos y bellos días. La fecha en que se debía emprender el viaje para ganar el Jubileo en Roma se iba acercando y Rita sentía como que no iba a llegar nunca. Antes le habían dado permiso para ir, pero ahora. . . Enferma y con esa herida en la frente. . . Haz, Señor, que yo pueda también postrarme a los pies de tu Vicario, que yo pueda también venerar las reliquias de tus mártires, que yo pueda también lucrar el perdón del Jubileo. . . si ello puede redundar en gloria tuya. Tú, Señor, lo puedes todo.

La cosa no podía negarse, habría aparecido como algo irrealizable. Del lecho no podía levantarse hacía mucho tiempo, y cuando lo hacía ni siquiera podía salir de la celda y con una debilidad que no le permitiría emprender tan largo y penoso viaje, pues, era más que imposible, y para las personas que la habían de acompañar insoportable y ya ella mis-

ma se había resignado. Pero estando en oración, le pareció que Dios la invitaba a ir a Roma y si Dios la quería allí ¿quién se lo impediría? Así que resolvió manifestarlo todo a la abadesa.

— Sí, hija mía, yo me sentiría feliz si pudiese ir con las otras, y por lo que a mí toca le puedo asegurar que no habría dificultad, pero es necesario que se dé cuenta: con esa llaga en la frente, que a muchos es repugnante, con la debilidad que tiene. . . Yo no veo cómo se pueda pensar en semejante viaje.

— Es verdad, madre y sin embargo Dios me llama a Roma. En todo caso yo voy a orar más y si es la voluntad de Dios El hará que todas las dificultades vengan a ser solucionadas.

— Sí, a Dios nada es imposible, pero no se olvide que el viaje es a pie, somos pobres y no podríamos costear una carroza hasta Roma. Por otra parte esa llaga es molesta no sólo para ti sino para los demás; el mismo alojamiento para una persona como tú sería muy dificultoso. . .

— Sí, madre, estoy de acuerdo, pero Dios todo lo puede.

El tiempo seguía corriendo y Rita seguía orando.

— Señor, ¡cómo lo deseo! Si es tu voluntad haz que se cumpla. Tú lo puedes todo.

El día establecido para emprender la marcha había llegado. Las peregrinas tenían todo listo, inclusive víveres para el camino, dinero, bastones de peregrinas.

— ¿Y la Hermana Rita? Vamos a despedirnos de ella y a decirle que rogaremos mucho por ella. Al entrar a su celda la hallaron en pie, vestida y lista para irse ella también. En la frente no se le veía ni sombra de la llaga que antes había tenido y se sentía tan fuerte como cualquiera de sus compañeras.

— ¿Qué pasó, Hermana Rita?

— Nada, madre, el Señor. . .

¿Quién iba a temer por su salud si el mismo Dios dejaba ver de una manera tan clara su voluntad? Era el 22 de julio festividad de Santa María Magdalena.

Cantada la misa, después de haber todas comulgado y recibido la bendición del capellán y de la madre abadesa, las piadosas peregrinas van ya a ponerse en camino; Rita entra un momento a su celda, descuelga un pequeño Crucifijo que mantenía sobre su lecho, lo cubre de besos y luego se lo cuelga al pecho y así sale llena de alegría como una desposada el día de sus bodas. El bastón de peregrina iba

llevando el compás de las pisadas de todos, pues a las religiosas se habían unido otros peregrinos que querían ir con ellas a Roma. El sol entre tanto ya había subido bastante en el horizonte. Durante el día y mientras se iba moviendo la piadosa caravana, se oraba, se cantaba. A la orilla de algún riachuelo y a la sombra de los árboles tomaban sus ligeros alimentos y luego andar... orar... cantar... Entrada ya la noche se pensó en que, en dónde se irían a alojar, ya que las posadas no siempre estaban al alcance de pobres mujeres poco habituadas a caminar tanto, por eso era necesario que se adaptaran a lo que encontraran, pagando desde luego el hospedaje y por eso fueron a ver qué les habría dado la abadesa para pagar los gastos del viaje y así le preguntaron a Rita, que era la más grande y hacía las veces de superiora, que cuánto tenían; pero esta pregunta le pareció a ella inútil. ¿Qué podía importar lo que la madre les hubiese dado? Al fin y al cabo el cajero no era ella sino el buen Padre Celestial y a la providencia no se le hacen cuentas. Rita no quiso que se pensase en esto, ni dejó abrir la bolsa común, más aún pasando en ese instante por encima de un río sobre un puente que lo atravesaba, dejó caer al fondo del agua aquel

dinero. Las hermanas se quedaron como estupefactas.

— ¿Qué vamos a hacer ahora, Hermana Rita?

— Confiar en Dios porque el que confía en Dios no quedará burlado.

— ¡Sí, pero la prudencia también es una virtud!

— Pero no dijo, acaso, Nuestro Señor, que no nos preocupásemos ni por lo que comeremos, ni por lo que beberemos, ni por lo que vestiremos. Estando al servicio de Dios ¿qué podremos temer? ¿No hemos hecho, acaso, voto de pobreza?

— Sí pero. . .

— Y para poner término a aquella discusión, Rita quiso que las religiosas se pusiesen a cantar himnos y salmos. Desde ese día no volvió a faltarles ni alojamiento, ni comida y en todas partes se lo daban por amor a Dios hasta llegar a Roma. Y las gentes les regalaban tanto de comer que les sobraba muchísimo para darlo a los pobres o a otros peregrinos más pobres que ellas. “Cada día trae su afán” había dicho el Maestro y así la discípula obraba en consecuencia. En Roma fueron recibidas en un convento de su misma comunidad. Descansaron un poco y luego se fueron a

visitar las iglesias. Roma no era en aquel tiempo lo que fue más tarde por obra del renacimiento y del humanismo. Pero era siempre tan atrayente por la belleza de sus montes y colinas, por sus monumentos antiguos y por su cultura ya que seguía siendo el centro de la civilización cristiana.

Las santas peregrinas sólo pensaban en la sangre de los mártires, en la gloria de los antiguos cristianos. Con fervor oraron en las basílicas de los Príncipes de los Apóstoles, de Santa María la Mayor, de San Juan de Letrán. Al llegar a las sagradas basílicas, lo primero que hacía la Hermana Rita era irse en busca del altar del Santísimo Sacramento y allí en un rinconcito, con los brazos abiertos o cruzados sobre el pecho permanecía de rodillas horas enteras sin moverse, como una estatua. Las gentes no podían menos de caer en la cuenta de conocer esa santa religiosa tan devota, pero ella no se daba cuenta de nada.

Feliz se sintió Rita al poder subir de rodillas la Escala Santa: había allí algo realmente tangible para su amor sobrehumano y así va colocando sus labios sobre las gotas de sangre divina e indeleble. . .

“Haz, Señor, que por los méritos de tu pasión que tuvo comienzo al subir los peldaños

de esta Escala para entrar al pretorio, nuestras almas asciendan también, las de mis hermanos, las de todos los hombres, las del Purgatorio y que todos lleguemos a Ti. Haz que todos los días de nuestra vida ascendamos la escala de la perfección para llegar hasta Ti y cantar en el cielo tus alabanzas por toda la eternidad". Las religiosas fuera de estas visitas que hacían, se unían también a los peregrinos que andaban de una basílica a otra: eran gentes humildes, pobres mujeres campesinas, a veces príncipes y señores, siervos y obreros, soldados y burgueses; mendigos y forasteros de todo género y condición e interminables filas de monjes, sacerdotes, religiosas, clérigos y seminaristas que andaban salmodiando devotamente. . .

Señor, ten misericordia de nosotros.

Y los versos solemnes del "Miserere" y de los otros salmos penitenciales resonaban en las calles de la urbe encontrándose y cruzándose por las diversas peregrinaciones que los iban repitiendo al salir o al entrar de una basílica, generalmente caminando detrás de una grande cruz de palo, llevada en alto por religiosos y eremitas con los vestidos más extraños y sucios. Era la expresión de una humanidad anhelante de perdón.

Los oradores sagrados nombrados de antemano . . . improvisados, dejaban oír su voz en las iglesias, en las basílicas, y en las calles. Se veían los penitentes públicos con grandes cruces sobre los hombros y que se encomendaban a las oraciones de los peregrinos, los disciplinantes, revestidos de una túnica blanca que se iban flagelando y gritando: "paz y misericordia" y no era raro el que sintiéndose inspirados subieran, sobre una piedra, sobre un antiguo capitel románico y empezaran a arengar a la multitud, exhortándola a las buenas obras y volverse luego a Dios, pidiéndole su bendición para él y para sus oyentes.

Días de gloria vivió Rita, pero el tiempo de regresar llegó también para nuestras santas peregrinas. Una visita más, unas oraciones más en aquella tierra santa, una mirada de despedida a la Alma Mater y a sus colinas, un nuevo acto de agradecimiento a Dios por la gracia que les había concedido y ahora a regresar a Casia, de jornada en jornada, alegremente, siempre cantando y comentando las cosas extraordinarias que habían presenciado y las impresiones que todo ello había dejado en sus corazones.

MISION DE AMOR Y DE DOLOR

Fatigadas pero inundadas de alegría, las buenas monjas llegaron a Casia una tarde al caer el sol. Sus compañeras de claustro las rodearon al punto y todas querían saber más y más de todas las maravillas que las peregrinas debieron de haber presenciado en Roma. Al rato la campana daba la señal de que ya se debía guardar silencio y así dirigiéndose a todas la Madre abadesa les dijo:

— Ya por hoy ofrezcamos al Señor una mortificación y vayamos todas a la celda. Mañana nos acabará la Hermana Rita de contar sus peripecias en la hora del recreo y así se retiraron todas en silencio.

Al otro día Rita no apareció por ninguna parte, así que después de los oficios religiosos del día, la Madre abadesa fue a su celda para ver qué pasaba y ¡oh dolor! La halló casi inmóvil en su lecho: la llaga de la frente abierta de nuevo con atrocidad mayor y el lecho parecía todo bañado en sangre. Se llamó al mé-

dico, se trató de curarla; Rita a todo se prestaba pero manifestaba que todo sería inútil y que esa sería la cruz que Dios le enviaba ya que de ello moriría. La fiebre había vuelto a aparecer. En el lecho del dolor comenzó Rita a cumplir su misión de sufrimientos sobre la tierra.

La misteriosa herida lejos de mejorar se ponía cada vez peor y más repugnante hasta el punto que la sangre, la puz, los más repugnantes humores emanaban los lienzos, los vestidos, las sábanas de su pobre lecho. Las mismas monjas, que no dejaban de abrigar una gran veneración por la estigmatizada, ya casi no podían entrar siquiera a su celda para acompañar esa pobre enferma que hacía el ambiente absolutamente insoportable.

Las visitas tan frecuentes antes y que le impedían su oración y su trabajo con ese recogimiento que ella misma deseaba, se hicieron más escasas hasta cesar por completo; la única que allí entraba era la hermana enfermera que lo hacía porque era su obligación, pero se demoraba poco, y así, después de decir a la santa unas palabras de consuelo y de ánimo, más por formalismo que por otra cosa, volvía a salir y no se dejaba ver en todo el día sino un momento antes de retirarse a su celda.

La enferma se daba cuenta perfectamente que ya no era sino una carga para la comunidad. La misma abadesa no se asomaba por su mísera cámara. Cuando Rita tenía necesidad de hablar se veía obligada a llamar una y varias veces.

— Oiga una cosa Hermana Rita, la madre no puede venir porque ha estado muy ocupada. ¿No ve que aquí están las monjas de Asís? Por lo demás le manda decir que inmediatamente que se desocupe vendrá. Que esté tranquila. . .

— No, no, ¿cómo se le ocurren esas cosas? Cómo se imagina que va a ser usted un peso para la comunidad. . . Hasta luego Hermana Rita, ¡ya volveré!

— ¡Dios mío, que se haga tu santísima voluntad! Yo también estoy abandonada de todos como lo estuviste Tú en la Cruz, pero que no me faltes Tú, y nada me faltará.

Y volvía a ensimismarse en la consideración de la pasión del Salvador. Oigamos a este propósito lo que dice el proceso de canonización: "Por esta época alcanzó Rita tan alta contemplación, que en ocasiones pasaba quince días seguidos meditando en un solo misterio de la Pasión de Cristo, y en ocasiones entregándose a la meditación al ponerse el sol no termi-

naba sino al día siguiente cuando la luz entraba a raudales por la ventana de su celda, y no pocas veces las hermanas la hallaron al entrar a ella, exánime, bañada en lágrimas y completamente extasiada en su contemplación”.

Su oración en esta época era por todos y de manera especial por las almas del Purgatorio. “Se las imaginaba sumergidas en el lago de fuego y que le pedían socorro alejadas como estaban de su Dios que tanto amaban; inventa entonces nuevas penitencias, va siguiendo a Jesús hasta el Calvario, enrolada entre las santas mujeres; en espíritu se traslada a la capilla y allí visita al Santísimo como lo hace también en todos los sagrarios de la tierra. ¡Para ti Jesús no hay vallas que valgan y las distancias no existen!” Trata de acompañar a Jesús en su soledad eucarística, y trata de desagraviarlo por la soledad en que lo dejan la mayoría de los hombres, y en ocasiones se está horas enteras en una inmovilidad absoluta para acompañar a Jesús en su inmovilidad de la cruz y del Tabernáculo; la oración vocal dura en ocasiones horas y horas, tratando de unificar todas las lenguas de la humanidad suplicante y se industria para ganar todas las indulgencias posibles. Si logra le-

vantarse un rato besa primero el pavimento de su celda y sus ansias de amor son tales que desearía tener todos los corazones de todos los hombres que existieron, existen o existirán para amar con ellos a su Dios; desea para sí los ardores de los querubines y serafines, los deseos de la Virgen Santísima, la sangre de todos los mártires, el candor de todas las vírgenes, el celo de los Apóstoles para poder ofrecerlo todo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a su Dios, para poder honrar su santo nombre y para que por todas partes se haga su santísima voluntad. Si, ella quisiera. . . pero ¿quién es ella? No es nada, no es nadie y es entonces cuando ofrece al Padre Celestial la Sangre de su Hijo para que por esa Sangre Divina acepte su miseria y sus pequeños dolores. . .

Cuando piensa en los pecadores, la angustia la oprime más que nunca. Se postra de rodillas en el suelo, junta su frente con el polvo y así permanece horas enteras, inmóvil como si fuese la estatua del dolor sobre una tumba de mármol. “¡Piedad, Señor! ¡Piedad! ¡Perdónales que no saben lo que hacen!. . . ¡Despedázame a mí, hiéreme a mí, mándame toda clase de dolores y de penas, pero ten misericordia de ellos! ¡Sálvalos, Señor, por tu Sangre San-

tísima, haz que se arrepientan y que vayan un día al cielo a cantar tus misericordias!"

— Acuérdate, Jesús, que veniste a la tierra por ellos... que dijiste que no quieres la muerte del pecador sino que se convierta y viva... todos, Señor todos...

¡Todos!... pero qué pocos son los que te conocen... Señor que venga a nosotros tu reino. Multiplica las vocaciones sacerdotales, multiplica tus apóstoles en todo el mundo... Tú eres el único que sabes lo grande que es el mundo... Tú sólo conoces lo que necesita y lo que hay que hacer... Haz de mí lo que quieras y si es necesario conviérteme en cenizas, pero que todos te conozcan, te amen, se salven... Descarga sobre mí el peso de tu justicia pero a ellos ¡sálvalos!

Y Dios escuchaba sus oraciones y sus súplicas y descendían sobre ella dolores, crueles agonías, terribles convulsiones, dolores insoportables en las articulaciones y en la cabeza, vértigos y de su herida se desprendía un hedor insoportable. En ocasiones se le paralizaba la garganta hasta el punto de no poder pasar ni un trago de agua; los ojos le ardían y en medio de todo sufría una soledad y un abandono completo. A las monjas se les parecía como otro Job que había sido entregado

por Dios al demonio para martirizar y maltratar su pobre cuerpo. Y estas penas no eran nada en comparación de los dolores que padecía su alma. Dudas, penas interiores, incertidumbre, escrúpulos, todo la hacía sufrir. Ora era un mal pensamiento que le asomaba a la mente, una pequeñísima falta de caridad, que no había reprimido instantáneamente, y mil sutilezas que a nosotros no llegan siquiera a hacernos caer en la cuenta. El demonio la atormentaba con imaginaciones, pensamientos, a veces movimientos impuros que parecían iban a precipitarla en un vértice de pasiones carnales, y aunque ella permanecía inmóvil en su Dios, en ocasiones no podía saber siquiera si aquellos ríos desbordados no la habrían salpicado al menos y temblaba de pavor ante el pensamiento de que ese alud de miserias, no acabaran por arrastrarla como arrastraba a tantos.

— Me creen una santa y no saben que soy una miserable, indigna de llevar el vestido nupcial de las esposas de Cristo. ¡Las tentaciones son constantes, constantes! Y si no fuera por la misericordia de Dios ya me habría sumergido en los más tremendos pecados.

— ¡Si mis pobres compañeras de claustro se dieran cuenta de lo que soy interiormente,

me arrojarían del monasterio como a una leprosa!

Su oración va en aumento como adelantaba más y más en el recogimiento, la penitencia, el trabajo, nuevos espasmos de amor, más exámenes de conciencia y a cada instante renueva y confirma su voluntad absoluta de odio mortal al pecado y de un total abandono en Dios.

La oración y aun los éxtasis no le daban siempre el consuelo a que aspiraba, porque en ocasiones el cielo aparecía por espacio de días enteros y aun semanas cerrado para ella. En esas horas sentía el cansancio de la vida que se le hacía intolerable e inútil mientras se imaginaba que iba a condenarse cayendo en la desesperación.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? gemía entonces. ¡Si la muerte viniera a sacarme de estos tormentos! Señor llévame contigo, pero no se haga mi voluntad sino la tuya. Sólo la muerte lograría arrancarme de estos despojos de muerte librándome del peligro de pecar. Oh muerte amada, ven ya y ponme en posesión de mi Amado, pero, Señor, que no se haga mi voluntad. . .

La tempestad amainaba y entonces apare-

cía sonriente el rostro del Padre Celestial que venía a consolarla después de tanta lucha.

Ya no come, ni duerme y los sufrimientos son cada vez peores. Su cuerpo flaco, débil, da la impresión de un esqueleto al que sólo le haya quedado la piel pegada a los huesos por las penitencias, las vigiliass, el trabajo constante, y siempre revestida de humildad y mansedumbre; delante de sus hermanas se manifestaba siempre tranquila, siempre llena de confianza, siempre dando la impresión de una hostia ofrecida al Dios de los vivos. A todos sonreía, con todos se manifestaba gentil y a todos les decía una palabra de consuelo o de ánimo, de paz y de amor. Cuando los médicos y la superiora le imponían nuevos medicamentos les contestaba: "Haré lo que mandan, pero yo no me curaré de ésto, esto me llevará a la tumba".

Se encomendaba a las oraciones de todos y a todos les prometía oraciones, a su vez sin más deseo que el de poder recibir diariamente la Sagrada Comunión y hacer la voluntad de Dios. Postrada por el mal pero no vencida, Rita no conoció nunca debilidad alguna ni con relación a ella misma ni con relación a los demás. Era una hostia y como una hostia se ofrecía al Padre Celestial por la Iglesia, por

las almas, por la gloria de Dios, para cumplir su santísima voluntad y para que viniese al mundo el reino de Dios. La peregrinación a Roma le abrió nuevos horizontes ya que en el Alma Ciudad había visto a la madre de la cristiandad y a la cuna de la religión y había percibido los horizontes infinitos del Reino de Dios, lo mismo que el abismo que había que llenar para que viniese este reino. Y era por él por quien sufría, trabajaba, oraba, amaba.

SATANAS EN ESCENA

En este siglo de hierro, y de fuego, de sangre y de lágrimas todo había contribuido un poco para alejar a la humanidad de los caminos de Dios, de la vida de la paz, de la prosperidad y del bienestar social: la esclavitud de Aviñón, las luchas de los partidos, las guerras que habían destruido en parte el patrimonio, el trabajo y la riqueza de generaciones enteras. Estos males, a pesar de todo, no eran otra cosa que el fruto de otros males más profundos, aunque menos perceptibles: la destrucción del patrimonio moral e intelectual de los pueblos, por obra de las herejías de los años precedentes y en Italia de manera especial por la de los llamados "Fraticelli"; agréguese a ellas las herejías de Hus y de Wicleff que se habían engañado sobre todo principio de fe y de autoridad; la teoría peligrosísima de que el Concilio era superior al Papa y como corona de todo ello, el humanismo pagano, llamado renacimiento, que so pretexto de renovar el

estilo y la filosofía, había logrado infiltrarse en la mente y en los corazones la corrupción antigua, lo que trajo una horrenda depravación de costumbres. Y fue precisamente en esta atmósfera de corrupción y de vicio en donde vinieron a germinar los más grandes ingenios de la época: novelistas, poetas, artistas. Ello tuvo su comienzo en Italia a finales del siglo XIII, extendiéndose luego por Francia, los Países Bajos, Alemania, merced a los mutuos intereses comerciales y ello trajo como consecuencia lógica una renovación de la moda dentro de una grande tendencia al lujo y a otros vicios que inficionaron toda suerte de gentes. "A partir del siglo XIV, se manifestó ya un debilitamiento de la autoridad pontificia en el espíritu mundano del clero, en la decadencia de la filosofía y la teología escolástica y en las tremendas sacudidas de la vida política y civil".

Corrompiendo el sentido cristiano de la vida, fue este período de prueba para los que veían en la vida una preparación para la eternidad, para los que deseaban permanecer fieles a Dios, ya que la vida no tenía más sentido que el de que era para gozar y para abandonarse cada uno a toda suerte de locuras; ya no se sabía exactamente qué era lícito o

ilícito, justo o injusto y se llegó a considerar los tiempos pasados como tiempos de ignorancia, en los cuales no había quién se sacrificase por un bien superior o por una esperanza ultraterrena. Representantes de estos tiempos tan dolorosos y a pesar de todo tan gloriosos, un Boccaccio, un Beccadelli, un Valla, un Poggio. Oigamos a Pastor: "Las obras de Boccaccio transportan al lector a la deletérea atmósfera de la sensualidad pagana. Es realmente espantoso el ver cómo ese genial maestro de la forma y de la pintura, de los caracteres se burla de la modestia y del pudor cristianos. . . , sus libros contienen cosas increíbles por lo que respecta al cinismo más nauseabundo". Y Scartazzini escribe "que ni siquiera los más modernos en literatura realista habrían podido llegar a superar las infectas descripciones del vicio que se hallan en estos libelos".

Eclesiásticos, monjes y monjas son los predilectos de Boccaccio, a los que cubre de ridículo con tan fino sarcasmo, que nadie le iguala presentándolos como modelos de hipocresía y de inmoralidad.

Es Beccadelli de Palermo, autor de una serie de epigramas tan obscenos y nauseabundos, que superan en mucho a las peores pro-

ducciones de la antigüedad. Todos los vicios de la antigüedad pagana, vicios que entre cristianos no se pronuncian siquiera, vienen a ser glorificados por este autor. Los ágiles versos del poeta retozan, con una sensualidad tan disoluta que producen vómitos, y ésto como si se tratase de los temas más inocentes. Valla, por su parte, "contribuyó con sus venenosas doctrinas a enmarañar en grado sumo y casi a destruir los principios de la moral cristiana". "El evangelio del Placer" afirma que cuando se trata del culto de los sentidos, la moral y el pudor no pueden ponerle límites y que hay que acabar con ellos como con algo inhumano". Y se lanzan contra la virginidad con proposiciones horrendas e increíbles.

Hasta Valla los escritores, se habían concretado a atacar la parte, dijéramos así, externa de la vida monacal, poniendo en la picota prevaricaciones, verdaderas o falsas de los individuos, pero Valla se lanza contra la vida religiosa en sí misma, rechazando la doctrina sostenida por la Iglesia, o sea que la vida monacal, en igualdad de circunstancias, es más perfecta que la de los laicos. Pero no se detiene aquí: se lanza igualmente contra la institución del papado.

“Valla es el autor de aquella afirmación tan repetida luego, de que el Papa es el verdadero autor de todos los males que padece Italia, olvidándose, como más tarde dijo Maquiavelo, que la Iglesia y sus Pontífices, fueron los salvadores para la humanidad de los mejores elementos de la cultura antigua, suavizando la barbarie y coronando el derecho popular en la edad media. Se olvida, de que los papas eran hombres y no ángeles”.

Poggio Bracciolini, por su parte, fue una de las figuras más sucias de esa época, en él se cifran todos los vicios que reinaban en su época tales como la inmoralidad y la más vulgar maledicencia.

Las clases superiores andaban a la caza de todos estos escritos infames, los que leían ávidamente con esa curiosidad morbosa, que es propia del pecado y de los placeres prohibidos, ya que esas clases “ávidas de placeres se dejan seducir más bien de los placeres de Epicuro, que de las máximas del Evangelio del Salvador, de la religión, de la continencia y de la mortificación”.

Los frutos envenenados de estas doctrinas no se hicieron esperar. Oigamos una vez más a Pastor: “Los vicios más tremendos que un tiempo fueron la maldición del mundo, reina-

ban como una peste moral en las mayores ciudades de Italia y de manera especial entre las clases más acomodadas. Nápoles, Florencia, Siena, Lucca, Venecia, parecían más profundamente contagiadas. Y si nos vemos precisados a confesar que muchos de estos se volvieron a Dios a la hora de la muerte y murieron después de haber recibido los sacramentos, ello no obstante causaron grande mal, destruyendo en las almas y en los cora- nes todos los fundamentos de la fe y de la moral”.

Las clases altas, fueron infectadas en su totalidad y lo que es más doloroso, una parte muy importante del rebaño de Cristo, el clero, que connaturalizándose con la época y siguiendo el ejemplo que las clases altas le daban, se dejó enlodar de una manera espantosa y arrancar sus más preciosas gemas: la disciplina y la moralidad, especialmente el celibato, sustituyéndolo por el lujo y la sensualidad”.

EL DEDO DE DIOS

Todos los Pontífices se habían preocupado por esta situación haciendo cuanto estuviese a su mano para que las dignidades eclesiásticas fuesen el premio de la virtud y no de la sangre.

Santa Catalina de Siena no tuvo escrúpulos en señalar con las más duras expresiones la conducta de los malos pastores de la Iglesia, excitando al Papa a proceder enérgicamente contra los indignos "que están manchando y corrompiendo el jardín de la Iglesia".

Humanamente hablando el mal parecía incurable. Pero Dios suscitó hombres santos e ilustres para su celo y por la santidad de su vida, para luchar contra la corrupción y en defensa de la cultura y de la Iglesia de Dios, quienes se atrajeron la admiración aún de personas que no pensaban como ellos, tales como Bernardino de Siena, Antonio Rímmini, Silvestre de Siena, Juan de Prato, Antonio de Bitonto, Roberto de Lecce, Bernardino de Feltre,

Miguel de Milán, Antonio de Vercelli... todos franciscanos.

Estos santos varones recorren, incansables, ciudades y aldeas predicando, y casi siempre con grande éxito, a multitudes inmensas, la conversión y la penitencia, la mansedumbre y la paz. Frecuentemente el recinto de la Iglesia es pequeño para contener las multitudes que entonces se reúnen en las plazas públicas donde miles de personas esperan a veces horas la llegada de los predicadores. Toda oídos aquella multitud, oye en silencio largas conferencias, sin que vengan a interrumpirlas otra cosa que los sollozos o el grito de "misericordia". Los resultados son extraordinarios debido a la popularidad de los predicadores, a sus imágenes y comparaciones siempre impresionantes, a su vida santa y todo coopera a los más insólitos resultados. Ni se piense que los asistentes a estas misiones, son únicamente las clases humildes de la sociedad, sino que a ellas asisten aristócratas, príncipes y personajes importantes. Fuera de los predicadores había otros santos que con su vida enseñaban a la gente a vivir del Evangelio, Santa Catalina de Bolonia, el beato Tomás Bellaci, Mateo de Girgenti, Gabriel Gerretti, Angel de Calatafimi, Antonio

de Estroncone, Pacífico de Cerdeano, Pedro de Molino, Angel de Quivaso, Angelina de Marsiano, Angela Catarina. . . todos beatificados y pertenecientes a la orden de San Francisco.

La orden de los dominicanos dio a la Iglesia las siguientes lumbreras en el cielo de la santidad: San Antonino, obispo de Florencia, quien halló en el beato Fray Angélico de Fiésole un gran cooperador, para que por medio del lenguaje del arte, moviera con dulce violencia los corazones hacia lo eterno, de la misma manera que lo hicieron los místicos con sus escritos, fuera de éstos, los beatos Antonio Neyrot de Nápoles, Constanzo de Fabriano, Juan Dominici, Jeremías de Palermo, Antonio de Eclesia, Bartolomé de Cerveüs, Mateo Carrieri, Andrés de Pesquiera, Cristóbal de Milán, Bernardo Scarmarca y entre las mujeres Santa Catalina de Siena, la más grande de su siglo, Margarita de Savoia, Cristina Visconti. . . Fuera de estos se pueden contar santos entre los jesuitas, agustinos, camaldulenses, cardenales como Albergati, arzobispo de Bolonia, y en Roma santa Francisca Romana y el gran taumaturgo San Francisco de Paula en la Calabria.

Frutos de éste género, no se dan en árboles

corrompidos hasta la médula, como decían de la Iglesia sus detractores en sus escritos mentirosos. Por obra de estos apóstoles, de estos santos, una gran parte del pueblo, pudo permanecer inmune a la corrupción general y aún de ella se escaparon muchas familias nobles que conservaron las virtudes cristianas en su hogar.

Típico representante de esta edad y de la premura de la Iglesia por la educación cristiana de la juventud, fue el gran Victorino de Feltre. Este varón santo y sabio con la ayuda del marqués Francisco de Gonzaga, fundó en Mantua la llamada "casa de juego", gracioso instituto de educación al que dedicó toda su persona, aquí se enseñaba a la juventud a pensar y a no delirar. Victorino vigilaba con grande cuidado la conducta religiosa y moral de sus alumnos ya que, como él mismo lo decía, la verdadera cultura no puede encontrarse sino donde se hallan en íntima unión la ciencia, la religión y la virtud. Cuando un monje pedía a Eugenio IV que le permitiera ir al instituto de Victorino el Pontífice le contestaba: "Ve, hijo mío: te confiamos al más piadoso y más santo de los hombres". A su escuela acudieron nobles, no sólo, de todas las regiones, sino de Italia y Francia, Alemania y los

Países Bajos. Federico Urbino, notable por su ciencia y su cultura, hizo pintar en su palacio un retrato de Victorino de Feltre con esta inscripción: "Al santo maestro, Victorino de Feltre que con sus enseñanzas y ejemplos me enseñó la dignidad humana".

El sexo débil dio igualmente ejemplo de vida cristiana y evangélica y no hablemos siquiera de aquellas santas mujeres cuyas virtudes heróicas han sido reconocidas por la Iglesia, sino de aquellas que viviendo en medio de una atmósfera totalmente viciada permanecieron fieles a su bautismo y supieron llevar una vida santa en medio del esplendor y de la riqueza. Por ejemplo Battista de Montefeltro (1384-1448) hija del conde de Urbino y esposa de Galeazzo Malatesta, señor de Pérsaro. Un antiguo manuscrito de la biblioteca de Pérsaro cuenta: "Madona Battista fue una mujer de grande santidad en su vida y costumbres y el espejo de su siglo por la fama y por la virtud. Después de casada siguió llevando una vida santa y muy piadosa; leía con frecuencia las Sagradas Escrituras y de ellas sacaba grande fruto. Muy caritativa con los pobres a los que socorría con frecuentes limosnas. Vestía siempre de paño de lana y era muy penitente. De lo que a ella pertenecía

daba por amor de Dios, constantemente y siempre con licencia de su marido.

Pertenecía a una familia de las más nobles de Italia, pero renunció al mundo, a sus obras y vanidades y quiso morir para el mundo y vivir para Dios. Fue tanta la fama de sus virtudes que muchas mujeres se convirtieron por su vida santa y cambiaron de costumbres por su ejemplo. Movía no sólo por su ejemplo, sino también por su palabra pues fue elocuentísima y así perseveró hasta el fin de su vida, la que terminó santamente como había vivido.

Excelentes humanistas cristianos atacaron a sus adversarios paganizantes con las mismas armas de ellos, y en su mismo campo echando por tierra el pedestal de su desmesurada ambición. Merece recordar a Gianozzo Monetti, Ambrosio Traversari, Jorge Carraro, y con ellos un gran número de doctos eclesiásticos. Pastor escribe al propósito: "fueron los ministros de la Iglesia los salvadores en medio de las grandes catástrofes del siglo, de las estupendas obras de arte antiguo, tratando de ponerlas al servicio del cristianismo. En especial los monasterios fundados y protegidos por los Papas, realizaron grandes proezas con tal de salvar los tesoros intelectuales de la antigüedad.

No hacían ellos otra cosa que seguir las directivas de la Iglesia. “Los escritores paganos se han de estimar no sin medida y de una manera apoteósica, pero prudentemente y encaminarlo todo al espíritu cristiano. No ver en ellos la parte unilateral únicamente de la forma sino que se ha de utilizar de acuerdo con los intereses de la religión y de la moral. La erudición se ha de fundar con la conducta cristiana”.

La Iglesia, entretanto, se preocupa no sólo por vivir, sino por llevar la vida a otros pueblos. Un escritor no por cierto muy desapasionado escribe: “En el vértice mismo del precipicio ella piensa no solamente en salvar a los cristianos que se hallan en peligro en las playas de Marruecos, sino que su pensamiento vuela también a los que todavía no se han convertido y vela por ellos con el mismo celo con que trata de defender a la cristiandad amenazada”.

NIMBO DE AMOR Y DE ORO

El invierno del año de 1439 —el último que pasó Rita en este mundo— se caracterizó por lo intenso y rígido. Las nevadas en Casia eran abundantísimas y de Rocaporena no venía nadie, pero como la santa se agravaba por momentos casi, la abadesa pensó que era conveniente hacerlo saber a la única pariente, que tenía en su pueblo natal por si deseaba verla por última vez. . . Vino, en efecto, y Rita la recibió llena de alegría.

— Pero miren a quién tenemos acá. . .

— Sí, Rita, tuve que venir hasta Casia y no quise regresar sin venir a verte. ¿Cómo sigues?

— Bueno. . . como Dios quiere y como lo quiero también yo.

Conversaron por largo rato plácida y tranquilamente y ya para salir la buena mujer le dijo:

— Si se te ocurre algo para Roca estoy a las órdenes: al fin yo tengo que volver aquí dentro de unos diez días.

— Sí, sí, le contestó Rita. ¿Te acuerdas del jardincito de mi casa? Pues bien, creo que no sea mucha molestia. Entra en él y allí encontrarás una rosa roja, me la traes.

Bueno, ponerse a discutir con una moribunda no es lo más sensato del mundo, y se limitó a responder:

— Estamos en pleno invierno y seguramente no regresaré aquí antes de la primavera, pero puedes estar tranquila que las primeras rosas serán para ti.

— Dios te lo pague, respondió la santa, y que la gracia del Señor ande siempre contigo.

— ¿Por qué se afana por esto? dijo a la pariente la superiora. ¡No se da cuenta que la pobrecita no sabe siquiera lo que dice, está tan grave! La pariente volvió a Roca caminando por en medio de la nieve y entre tanto iba pensando: ¡pobre Rita! Antes que las rosas florezcan en el jardín de su casa, ya no estará en este mundo, si consiguiera la rosa se la llevaría, es una santa. . .

Para llegar a su propia casa tenía necesariamente que pasar delante del jardincito de los Mancini, y como por no dejar volvió a mirar hacia adentro y lo que vio casi la hace perder el sentido: en medio de la cándida nieve

se destacaba el rosal y en él vio una bellísima rosa color de fuego.

Se acercó a él, como puede uno acercarse a una reliquia, cortó la rosa separándola delicadamente de una rama que parecía muerta, se la llevó a los labios como si fuese una flor caída del cielo mientras las lágrimas inundaban sus mejillas. De la rosa se desprendió al punto un tan exquisito aroma, como no lo había sentido nunca, como nunca había visto tampoco una flor más bella.

Conmovida hasta lo más íntimo de las entrañas no pensó ya en otra cosa que en volverse a Casia.

— Mira, Rita, mira. . .

— Gracias, querida, pero no es para mí; ponla a los pies del Crucifijo, es para El y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Al entrar la primavera la misma pariente volvió a Casia y como la otra vez preguntó a Rita si algo se le ofrecía para Roca. En esta ocasión tampoco deseaba nada para ella, pero, óyeme, le dijo: me gustaría que la madre abadesa probara los higos de mi huerto, ¿por qué no me traes unos cuantos?

— Con mucho gusto, pero no se olvide que estamos en mayo y que los higos no empiezan a madurar hasta fines de julio. . .

Nada importa, ya verás como vas a hallarlos. En esta ocasión la pariente que había tenido la experiencia de la rosa creyó y llegada a su pueblo corrió al huerto a buscar los higos mirando por debajo de las hojas y separando las ramas.

— ¿Qué está buscando? le preguntó una vecina.

— Higos maduros.

— ¿Usted está loca, o está bromeando?

— Ni loca ni bromeando. Higos había, bellísimos y completamente maduros.

Rita recibió los higos de las manos trémulas de su pariente, los dividió entre la abadesa y las demás religiosas y todas estaban de acuerdo que nunca habían comido higos tan dulces ni tan perfumados.

¡Cómo es Dios de delicado con sus siervos!

Unos días más y Rita está en vísperas de sus Bodas Eternas. La lámpara del Señor daba sus últimas llamaradas en este mundo, pero no menos luminosas que las primeras. Su ofrecimiento era completo, voluntario, absoluto.

LA ESTRELLA VA A OCULTARSE

Es su último día.

Alrededor de su lecho, se hallaban el médico, el confesor, las religiosas. Se le trae el Santo Viático. . . Señor, yo no soy digna de que tú entres en mi pobre casa. . . Sal de este mundo, alma cristiana. . . Yo quiero que se rompan estas ataduras. . . Señor no se haga mi voluntad sino la tuya. Delante de su mente volvía a pasar toda su vida. La casa paterna, el padre, la madre, el esposo, los hijos, el valle lleno de sol, y las colinas llenas de olivares, el río Corno. El camino que tuvo que recorrer aquella noche horrible, su tierra querida, las tumbas amadas e inolvidables, la sangre de su esposo derramada allí en esa callejuela en esa noche tremenda. . .

La madre abadesa empezó a recitar las primeras oraciones de los agonizantes rodeada de todas las monjas quienes traían cirios encendidos.

“Ven, esposa de Cristo, a recibir la corona...”

Todos lloraban, sólo ella permanecía tranquila y serena. ¡Cuánto había deseado aquella hora para poder unirse con su amado!...

Un tranquilo recogimiento se manifestaba en todo su ser. Quién hubiese podido pensar que fuese tan dulce morir. Sonó el Angelus y recitó con las otras la salutación angélica.

Dirigiéndose a la abadesa le dijo que ya se acercaban sus últimos momentos.

— No, Hermana Rita, el médico y el padre espiritual dicen que no está tan grave.

Ella callaba, pero bien sabía que uno bien se puede morir aunque el médico o el padre espiritual no lo crean o no lo sepan.

Al atardecer las religiosas vuelven a rodear su lecho; una conmoción inusitada hace que todas se sientan traspasadas de dolor: ella las mira a todas tiernamente. Yo voy al cielo les dice, si mis pecados no me lo impiden... pero confío en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

La abadesa se le acerca:

— Hermana Rita, ¿no tiene que decirme nada que le pueda servir a la comunidad?

— Madre mía, ¿qué puede decir esta miserable que es la más ignorante de todas?

— Un consejo que nos pueda ayudar para mejor observar nuestra vida religiosa.

— Si me lo pide le diré esto: Una comunidad donde cada uno piense en su propia santificación sin preocuparse más que por hacer lo que se le manda es un paraíso. . . Las peores religiosas son aquellas que andan a todas horas llevando chismes a la superiora. . . Las que se quejan de todo y de todas son indignas de llevar el hábito de las esposas de Cristo.

Se quedó un rato como dormida, abrió luego los ojos y levantando los brazos exclamó como quien ve acercarse una persona muy amada: “ya voy, Dios mío. . . ya voy. . . ¡Oh, cuánto te amo!”

Y cerró los ojos, tranquilamente, dulcísimoamente, adormentándose como niño que se queda dormido en el seno de su madre.

Su alma se había separado de ese cuerpo al cual había reducido a la servidumbre, al cual había anonadado con su penitencia, con el sacrificio, con la renuncia total de los bienes sensibles y volaba como una paloma para unirse con su Bien Supremo.

Las monjas entonaron el “De Profundis” y luego se retiraron de la celda, mientras la enfermera preparaba el último vestido que habría de lucir: el de la tumba; las cándidas tocas monacales rodearon aquel rostro que parecía ahora como el de una niña.

Cuando estuvo ya preparada, la abadesa volvió con todas las monjas para estudiar allí las lecciones de la muerte. Se abrió la puerta de la celda y apareció allí extendida en su mísero lecho como una víctima que acaba de ser sacrificada, bella, con toda la belleza de la niñez. La superiora no puede ya ocultar su dolor; aquella religiosa era carne de su carne y hueso de sus huesos y empezó a llorar como una madre que acaba de perder su único hijo. Pero era un dolor que traía el consuelo de la esperanza pues sabía que ya tenía una intercesora en el cielo. Un dolor humano no habría hallado consuelo alguno.

Se le puso el manto de la orden y se la colocó en el suelo sobre una alfombra, sobre su pecho llevaba el santo Crucifijo.

Cuatro días estuvo expuesta a la veneración de los fieles que acudieron de todas partes para orar a su lado. Era gente de Casia, de los alrededores, sacerdotes y religiosos y todos experimentaban el suave aroma que se desprendía de su cuerpo... fragancia extraña que embriagaba y atraía a todos.

PETALOS DE ROSA

Los visitantes se detenían ante el sagrado cadáver conmovidos y admirados; objetos piadosos eran tocados a los santos despojos de la santa, y conservados, luego, como una reliquia; entretanto corrió la voz de que se había verificado un milagro y la multitud fue tal, que hubo que colocar gendarmes para contenerla. El milagro era cierto: aquella pariente suya que le había llevado la rosa y los higos, tenía desde tiempo atrás, un brazo totalmente paralizado; se había acercado al cadáver y tratando de tocar con él el cuerpo de la difunta; al punto sintió como una fuerza extraña e inmediatamente empezó a moverlo como el otro. ¡Estaba curada!

Se le dio sepultura en la iglesia del monasterio en presencia de una inmensa multitud, de todo el clero de Casia y del obispo de Espoleto. Poco después todo el mundo empezó a recurrir a Santa Rita en casos desesperados o reputados como tales: enfermedades incu-

rables, causas difíciles, pestes, incendios, situaciones irremediables, pecadores empedernidos, restituciones; obras de caridad inesperadas se alcanzaron por su intercesión. ¡Para la abogada de imposibles todo era posible!

Su sepulcro se veía lleno de ex-votos que llovieron desde los primeros días y que hoy no cabrían en ninguna parte si manos sacrílegas de soldados extranjeros no los hubiesen retirado de allí.

Ya para el año de 1457 la comunidad había hecho construir un sarcófago digno de la santa con las limosnas y ex-votos que continuamente llevan sus devotos al sepulcro, y desde el año de 1490 empezó a dársele título de "Beata", aún la Iglesia no había dicho nada al propósito. En 1520 por intercesión de Santa Rita se libró la región del terrible flagelo de la peste bubónica y las autoridades civiles siguieron celebrando el aniversario de este favor con una procesión y un ex-voto de varias libras de cera. En 1577 se construyó la primera iglesia en su honor y en el año de 1595 también empezó a celebrarse su fiesta; el 22 de mayo, dándose principio a las continuas peregrinaciones de toda Italia que desde esta fecha no han cesado nunca y en ac-

ción de gracias por haberse librado Casia de un terremoto que azoló toda la región, la municipalidad de aquella ciudad empezó a celebrar una procesión de penitencia cada año. En 1625, se hizo el reconocimiento de su sepulcro habiéndose hallado el cadáver de la santa completamente incorrupto como si se le acabase de dar sepultura, mientras en 1627 el Papa Urbano concedía a las diócesis de Espoleto y Módena el privilegio de poder celebrar la misa votiva en honor de la Beata Rita de Casia extendiéndose este privilegio más tarde a toda la orden de San Agustín.

El 16 de julio de 1628 fue solamente beatificada y el año de 1900 el Papa León XIII la elevaba finalmente a la dignidad de los altares con el título de Santa.

Su culto sin embargo se había extendido por todo el mundo: España, Portugal, las Islas Filipinas, América, Asia, Africa. . .

Bajo todos los cielos, en todas las latitudes, a lo largo y a lo ancho, no quedó ángulo de la tierra donde no se invocara a Santa Rita de Casia, especialmente en los casos más desesperados por lo que todo el mundo empezó a llamarla "abogada de imposibles".

Ahora, no me queda sino desearte a ti, amigo lector, que nos encontremos un día, al

salir de este mundo (no es que tenga afán de ello propiamente, pero al fin y al cabo es inevitable) reunidos con Jesús que es nuestro Salvador, pero también será nuestro Juez. Lo único que puedo asegurarte es que esa entrevista será feliz para los dos si luego de haber vivido lo que Dios quiere en este mundo como condenados a muerte, hemos podido imitar las virtudes de Santa Rita de Casia, la abogada de imposibles.

NOVENA A SANTA RITA DE CASIA

Por la señal + de la Santa Cruz, de nuestros + enemigos, líbranos + Señor Dios Nuestro. En el nombre del Padre, + y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ACTO DE CONTRICION

Señor mío y Dios mío: reconozco que soy pecador; he pecado contra mi prójimo. Me arrepiento del mal que he hecho, porque me hice indigno de tu amor y merecedor de tu castigo. Confío en tu misericordia porque tu Hijo Jesús murió por mí en la cruz. Te pido que me perdones e imploro tu gracia para cumplir mi propósito de no ofenderte más. Amén.

ORACION PREPARATORIA PARA CADA DIA

Señor Dios omnipotente y misericordioso, conviértete para que me arrepienta de mis pecados. Tócame para que me levante y vaya a tí y tengas misericordia de mí. Líbrame, Señor, de todos los males presentes y futuros, concédeme la paz espiritual y temporal. Bendice al Papa, a los Obispos y a los Sacerdotes para que guíen con acierto al Pueblo de Dios, ilumina a todos los que tienen en sus manos los destinos de nuestra Patria, para que gobiernen conforme a los principios del Evangelio, dales un corazón recto para que no se aparten del camino de tu justicia. Te pido me concedas el remedio de mis necesidades que ahora te presento..., y que pongo por intercesora a santa Rita de Casia, a quien invocaré en este NOVENARIO. Dame, Señor tu gracia, para que un día pueda cantar tus alabanzas en el cielo. Amén.

PETICION A SANTA RITA DE CASIA

Bendita y abogada de imposibles, santa Rita de Casia, luminoso modelo de paciencia, azote de los demo-

nios, refugio de los necesitados, y ejemplo de vida cristiana; esposa muy amada de Cristo, coronada con una de sus sagradas espinas, te ruego, si es para gloria de Dios y bien de mi alma, que me obtengas de Dios lo que te pido en esta NOVENA; sobre todo alcánzame una conversión total y que pueda enmendarme de mi mala vida por los méritos de mi Señor Jesucristo y los méritos de su Santísima Madre. Amén.

DIA PRIMERO

ORACION

Dios de bondad, Señor de los ángeles, refugio de los que en tí esperan, escucha mis súplicas, por los méritos de todos los santos y en particular por los de santa Rita de Casia, ya que siempre estuvo dispuesta a cumplir tu santa voluntad. Por su intercesión, te suplico me concedas vivir siempre como auténtico cristiano, esperando me otorgues la gracia y el favor que te pido en esta NOVENA ..., si es para tu gloria y bien de mi alma. Amén.

Aquí se rezan veintidos Avemarias a santa Rita de Casia. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

PALABRA DEL SEÑOR

Jesús te dice: "Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos ustedes cuando los injurien, los persigan y di-

gan cosas falsas de ustedes por causa mía. Alégrense y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos" (Mateo 5, 3-12).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia.

GOZOS A SANTA RITA DE CASIA

Pues de Dios eres estimada
de imposibles protectora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

Tu nacimiento y nombre
por un ángel fue advertido,
porque antes de haber nacido,
ya tu grandeza asombra,
y pues tanto a Dios agrada
tu nombre y le enamora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

El día que te bautizaron,
de tu boca advirtieron,
que abejas blancas salieron,
donde un enjambre formaron,
en él se miró cifrada
la dulzura que atesora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

Por más que lo resistieses,
por tus padres casaste,
y en marido encontraste,

martirio en que padeciste,
fuiste de paciencia armada,
de sus furias triunfadora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

Cuando faltó tu esposo
las ansias te renacieron,
y dos hijos se te murieron;
del estado religioso
de Agustino la morada
quieres ser habitadora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

Aunque por viuda te negaron
aquel hábito divino
Juan, Nicolás y Agustino
en el convento te entraron,
si era imposible la entrada,
y por ti Dios la mejora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

Cristo en la frente una espina
de su corona te fijó,
y con ella te coronó
reina y esposa divina;
y pues eres tan señalada
de este esposo imitadora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

Dios quiso alimentar
tres años con forma expresa
sin llegar a otra mesa
que la mesa del altar,
y pues eres tan regalada,
del dulce pan que enamora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

Del sepulcro son despojos
tus perfecciones bellas,
y logramos ver estrellas,
si te hacen abrir los ojos
la vida queda encargada
donde el arca te atesora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

En el amor del Esposo
haz que todos te imitemos
y que en él perseveremos
hasta gozarle glorioso;
que el alma sea librada
del pecado sin demora.

*Bendita y abogada de imposibles,
sé nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

ORACION FINAL

Gloriosa santa Rita, tú que de prodigiosa manera participaste de la dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, alcánzame que sufra con resignación cristiana, las penas y dificultades de esta vida y protégeme en todas mis necesidades. Amén.

DIA SEGUNDO

Se reza todo como en la página 227. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

Jesús te dice: “El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amará mi Padre, yo también lo amaré y me manifestaré a él” (Juan 14, 21).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia, página 229.

ORACION FINAL

Dios, Padre Santo, a quien adoran y alaban los coros angélicos, y a quienes me uno, te ofrezco y consagro todos los méritos de santa Rita de Casia, protectora y patrona mía, especialmente el gran amor con que te amó, el desprendimiento y abandono en que tuvo todas las cosas y honores del mundo, solamente por consagrarse a ti. Te pido, Señor y Dios mío, por el amor y los méritos de esta santa portadora de paz para tu Iglesia, escuches mi petición que te hago en esta NOVENA..., si es para gloria tuya y bien de mi alma. Amén.

DIA TERCERO

Se reza todo como en la página 227. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

Jesús te dice: “El que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14, 27).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia, página 229.

ORACION FINAL

Te pido, Señor, por intercesión de santa Rita, que lles de luz y de gozo mi corazón y que me concedas por sus méritos, el favor que te pido en esta NOVENA..., si es para gloria tuya y bien de mi alma. Amén.

DIA CUARTO

Se reza todo como en la página 227. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

Jesús te dice: "Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande a sus amigos que el que da la vida por ellos. Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando..., que se amen los unos a los otros" (Juan 15, 12-17).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia, página 229.

ORACION FINAL

Concédeme, Señor, que a imitación de santa Rita de Casia, pueda siempre mostrarme lleno de amor y comprensión hacia mis hermanos, como ella vivió observando tu gran mandamiento y practicando los consejos evangélicos. Hoy te ofrezco, Señor, sus sufrimientos y méritos, y por su intercesión te pido me concedas vivir siempre como hijo tuyo, para que dé testimonio de ti en todas partes y me concedas lo que en esta NOVENA te pido..., si es para mayor gloria tuya y bien de mi alma. Amén.

DIA QUINTO

Se reza todo como en la página 227. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

Jesús te dice: "Tomen sobre ustedes mi yugo y aprendan

de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas" (Mateo 11, 29).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia, página 229.

ORACION FINAL

Te adoro, Dios mío, y te amo de todo corazón, tú que remedias todas nuestras necesidades, te alabo, te amo y te bendigo con todos los ángeles, como a mi Dios y a mi Creador; te presento todos los méritos de tu sierva santa Rita de Casia, patrona y abogada mía, a quien concediste el don de pacificar los corazones difíciles, y de poner paz en las familias. Humildemente te suplico, Dios nuestro, que por su intercesión, pueda unirme más a ti y me preserves del pecado y de todo mal, concediéndome la gracia que te pido en esta NOVENA..., si es para tu gloria y bien de mi alma. Amén.

DIA SEXTO

Se reza todo como en la página 227. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

Jesús te dice: "Al árbol que no produce frutos buenos se le corta y se lo arroja al fuego. Por sus frutos los reconocerán" (Mateo 7, 19-20).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia, página 229.

ORACION FINAL

Dios nuestro, a quien adoran todas las criaturas del cielo y de la tierra, como a su Señor, yo me uno para alabarte y bendecirte y por amor a ti, amo a mi prójimo como a mí mismo y perdono todas las ofensas recibidas. Te ofrezco los méritos de tu sierva y protectora mía, santa Rita de Casia, a quien otorgaste innumerables gracias, para vencer las más difíciles empresas, te pido

me concedas por su intercesión no ofenderte más y huir de las ocasiones próximas de pecado, favoreciéndome con lo que te pido en esta NOVENA..., si es para tu mayor gloria y bien de mi alma. Amén.

DIA SEPTIMO

Se reza todo como en la página 227. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

Jesús te dice: “¿De qué servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde y arruina su vida?” (Lucas 9, 25).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia, página 229.

ORACION FINAL

Dios nuestro, que otorgaste a santa Rita, la gracia de seguir gozosamente a Cristo en una vida de pobreza y de humildad, te ofrezco todos sus méritos, particularmente su paciencia y su penitencia; haz que, a ejemplo suyo, sea mi preocupación principal en esta tierra, la de amar y seguir a tu Hijo, Jesucristo. Ahora humildemente te ruego me concedas lo que te pido en esta NOVENA..., si es para tu mayor gloria y bien de mi alma. Amén.

DIA OCTAVO

Se reza todo como en la página 227. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

Jesús te dice: “Yo haré lo que ustedes pidan en mi nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Juan 19,13).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia, página 229.

ORACION FINAL

Escucha, Señor, nuestra oración, y perdona mis pecados, para que tu misericordia se manifieste una vez más y así pueda recibir tu perdón y tu paz. Te ruego por intercesión de santa Rita de Casia, mi protectora y abogada, a quien concediste el don de amarte y servirte, me concedas lo que te pido en esta NOVENA..., y así poderte servir con renovado entusiasmo y disfrutar continuamente de tus beneficios. Amén.

DIA NOVENO

Se reza todo como en la página 227. Después se lee LA PALABRA DEL SEÑOR.

Jesús te dice: "Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse" (Lucas 15, 7).

Reflexiona unos minutos y después reza los Gozos a santa Rita de Casia, página 229.

ORACION FINAL

A ti, Padre Santo, que siempre escuchas a tus hijos, y nos concedes más de lo que pedimos, te alabo y te bendigo junto con todos los coros de los ángeles, que llenos de tu amor, te aman y quieren que seas amado, te consagro en este último día de mi NOVENA, todo mi ser, con mi inteligencia, mi corazón, mis sentidos, para que nunca cometa el pecado y me libres de toda desgracia corporal. Te ofrezco los méritos de todos los santos, especialmente los de mi protectora y abogada santa Rita de Casia, que quisiste asociarla a los sufrimientos de tu Pasión. Concédeme por su intercesión, lo que te pido en esta NOVENA..., si es para tu mayor gloria y bien de mi alma, y así un día pueda participar de tu gloria eterna. Amén.

CUATRO DOMINGOS A SANTA RITA DE CASIA ABOGADA DE LOS IMPOSIBLES

Las oraciones son las mismas para los cuatro domingos.

En el nombre del Padre, + y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ACTO DE CONTRICION

Señor mío y Dios mío: reconozco que soy pecador; he pecado contra mi prójimo. Me arrepiento del mal que he hecho, porque me hice indigno de tu amor y merecedor de tu castigo. Confío en tu misericordia porque tu Hijo Jesús murió por mí en la cruz. Te pido que me perdones e imploro tu gracia para cumplir mi propósito de no ofenderte más. Amén.

ORACION

Santa Rita de Casia, modelo de esposas y de madres de familia, yo recurro a tu intercesión en los momentos más difíciles de mi vida. Tú ves como a menudo la tristeza me oprime, porque no sé encontrar el camino para seguir adelante en tantas situaciones materiales y espirituales. Alcánzame del Señor, las gracias que necesito, especialmente una serena confianza en Dios y una paz interior. Haz que yo pueda imitar tu dócil mansedumbre, tu fortaleza en las pruebas y tu heroica caridad. Haz que mis sufrimientos puedan ayudar a todos y a mis seres queridos, para que todos puedan alcanzar la salvación eterna. Amén.

Se rezan cinco Padrenuestros, Avemarías y Glorias, diciendo antes las siguientes oraciones:

1. Alabado sea el Padre Eterno, por haber suscitado en este mundo a santa Rita de Casia, para ser modelo de jóvenes cristianas.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

2. Alabado sea el Hijo de Dios, que con su gracia hizo a santa Rita modelo de esposas.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

3. Alabado sea el Espíritu Santo, por haber iluminado a santa Rita con sus luces, con las cuales alcanzó a vivir una vida de soledad pura, penitente y ser maestra de vida espiritual.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

4. Alabemos y demos gracias a María Santísima, por la especial predilección con que distinguió a santa Rita.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

5. Alabemos y demos gracias a san Juan Bautista, a san Agustín y a san Nicolás de Tolentino, por la protección amorosa que dispensaron a santa Rita en el convento de Casia.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

ORACION FINAL

Señor, Dios mío, que has adornado a tu Iglesia, con el ejemplo de vida cristiana de santa Rita, y a mi me has concedido la gracia de tener por protectora y abogada a tu sierva; concédeme, Señor, el favor de imitar la santidad y virtud que practicó en todos sus estados y la gracia especial que te pido por su intercesión. (*Exprésese lo que se desea*). Esposa admirable del Crucificado, de quien recibiste como regalo una de sus dolorosas espinas que vino a clavarse en tu frente, ayúdame ahora y en la hora de mi muerte. Amén.

INDICE

PRIMERA PARTE

Campanas de fiesta	7
La más Bella Flor de Rocaporena	11
Margarita	13
Un vuelo sobre Italia	16
Sombras de infierno y luces de aurora	24
Las abejas de Margarita	31
La edad feliz	34
La Niña	36
El primer encuentro con Jesús	40
Vida Angélica	44
Sacrificada	48
La Madre	71
Hambre de Dios	82
Enfermedad de Pablo	87
Pidan y recibirán	95
La muerte atroz	100
La mujer prudente	106
Viuda y sola	116
Instantáneas	120
Señor ¿qué quieres que haga?	124

SEGUNDA PARTE

La religiosa de San Agustín	131
Tuya para siempre	140
Vida de fervor	143
En la Luz de Dios	149
Siempre pronta	158
El jubileo de 1425	166
La diadema del esposo	175
Roma	184
Misión de amor y de dolor	192
Satanás en escena	202

El dedo de Dios	208
Nimbo de amor y de oro	215
La Estrella va a ocultarse	219
Pétalos de Rosa	223
Novena a Santa Rita	227
Cuatro Domingos a Santa Rita de Casia	
Abogada de Imposibles	237

Se terminó de imprimir en los talleres de
EDITORIAL ALBA S.A. DE C.V.
 Calle Alba 1914 San Pedrito Tlaquepaque, Jal.
 El 25 de enero del 2002. Se imprimieron
 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Bajo todos los cielos,
en todas las latitudes,
a lo largo y a lo ancho
no quedó ángulo en la tierra
donde no se invocara
a Santa Rita de Casia,
especialmente en los casos
más desesperados
por lo que todo el mundo empezó
a llamarla "abogada de imposibles".

ISBN 970-685-021-X



9 789706 850218